Seix Barral

Juan Carlos Kreimer

La ingrata tarea de no dejarme querer



La ingrata tarea de no dejarme querer

Seix Barral

Juan Carlos Kreimer

La ingrata tarea de no dejarme querer

Kreimer, Juan Carlos
La ingrata tarea de no dejarme querer / Juan Carlos Kreimer. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-6691-65-1

1. Narrativa. I. Título.
CDD A860

Esta novela está basada en hechos reales.

© 2025, Juan Carlos Kreimer

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: noviembre de 2025

ISBN 978-631-6691-65-1

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

Ella me lo prohíbe explícitamente: No me menciones en ninguno de tus relatos. Después lo amplía: No uses nada nuestro como base para nada. No me muestres lo que estés escribiendo. No quiero leer nada de lo que publiques.

A mí, en verdad, ese pedido me libera.

En sus últimos días, las condiciones cambian. Una noche que me quedo a acompañarla en la clínica le pregunto:

¿Qué le dijiste a tu hija hace un rato?

Que te autorizo.

¿A qué?

A que juntes mis diarios y tus notas.

Hasta ese momento yo no sabía que ella llevara un diario. Me pegó la idea de reunirlos como forma de recuperar lo que habíamos vivido. No pude evitar consultarle:

¿Y querés que también ponga tu nombre?

No. Ya soy nadie.

Al transcribirlos, me voy dando cuenta de que ella escribió lo que decía que no podía escribir. Sobre sus muchas vidas. Y a la luz de sus palabras, siento que dicen mucho más de lo que compartimos durante los ocho años.

Sigo creyendo que no leía mis notas.

No sé si poner a dialogar lo que hablamos con lo que callamos. Solo haría más visible cuánto nos amamos.

2013

Los hechos se encadenan de otro modo. Se desocupa este PH que tenía alquilado y me adapto a 43 metros cuadrados, mis bártulos ocupan más de la mitad, hija se muda a la vuelta, vecino me ofrece un jeep por el que me babeo desde hace años, lo compro con un poquito más de lo que me corresponde de la Gol familiar por la separación.

El martes pasado me convocan a un almuerzo en una fundación psicoespiritual recién inaugurada y los cuatro del staff me reconocen como el puntapié inicial del movimiento. Días después Lorena, la médica directora académica, propone que arme grupos de redacción sanadora.

Más numerosos que los que das en tu casa, sin ocuparte de nada, solo venir y darlos como se te antoje, me dice.

Los míos son de expresión escrita, insisto.

No ve la diferencia.

Necesito volver a remar. Antes de comprarme un bote averiguo precios de guarderías en Tigre y un hombre que casualmente está en el portón de un club me invita a asociarme.

Mis editores quieren reeditar uno de mis primeros libros y me encargan un post scriptum. Hace más de treinta años que lo escribí.

¿Volver a ese que fui? ¿Para qué?

Hoy a la mañana, el empleado de una casa de colchones me convence de que uno de alta densidad me cambiará la energía.

Ahora escucho horas y horas a Cafrune sin que mi ex me interrumpa con ¿No te cansa tanta melancolía?

22 de abril

La noche no es negociable, tampoco la base del peronismo, ni este espacio de mí.

Lunganski sugiere que lo explore si de veras quiero tener algo de claridad. Yo soy psicóloga como él y sé que por ahí solo se ve una cara, hay otras en mí que me miran.

Jardín de casa de Adriana. Hoy las del círculo celebramos a la Pacha. Cada una enterró un mensaje profundo de nuestro ser mujer. En mi hojita puse Te devuelvo tu amor, devolveme el mío. Cuando se los leí no me dijeron nada. Saben bien de quién hablo. La virgen negra no se rinde, me dijo Adriana al terminar.

Hoy también es el aniversario de la muerte de mamá. Enterrar a la madre. Cómo trataba ella a las mujeres. Espacio chico que ella me proporcionaba a mi espacio chico para la mujer. Mamá me pedía que yo le calmara la angustia. Vos sos mi consuelo, decía. Yo me acerqué para recibir mimos y ya tenía algo que hacer: ser el consuelo de ella.

Nunca sentí su contacto en el pecho.

Nada alcanzaba, excesiva demanda. Ser el consuelo lleva a la falta.

Yo pido al otro que me calme y creo que el otro espera que lo calme. El otro-otro no me pide eso, el otro sí. La escena fue real, no la imaginé.

Lunganski insiste en que la falta de ese espacio hizo que me ocupara tanto de mi espacio interno, que mi noche no me dejó energía para ocupar el espacio externo.

Yo no estoy para calmar la angustia de nadie. Nadie está para calmar mi angustia. Mamá pedía eso, que la calmara. En el fogón hablamos de lo sagrado de mover lo sagrado.

Para papá sagrado era la familia, el clan, no la mujer. Para mamá la mujer tampoco era sagrada. Lunganski dice que luego de la muerte de la madre es un buen momento para ver qué mujer quiero ser yo. Su presencia y la marca de mamá son muy fuertes en mi vida. En el último tiempo si le decía mamá, ella apretaba los labios, solo me dejaba acercarme si la llamaba por su nombre. Recuerdo sus llantos, su impotencia, ya vieja e inválida, en relación a las ofensas de papá.

Suficiente por hoy…

Bar El Clásico. Si no estás con nadie es porque no le interesás más a nadie. Nadie quiere estar con vos. Fuiste muy intolerante con las mujeres. Por suerte ya no escucho tanto esa voz. En otras épocas me avergonzaba de no tener una al lado, ahora le descubro cierto encanto a estar solo. Tampoco me aburro. Puedo esperar. Que pase algo o nada es lo mismo.

No tengo mejor programa que venir con un libro y el cuaderno. Repaso los contactos del teléfono, llego a la z. Cuando atardece ocupo una silla en cualquier mesa cerca de la ventana.

Es la escenografía ideal. Cada cual en lo suyo. Solo de tanto en tanto alguien me reconoce y se arrima, nos damos un poquito de charla, raro que ofrezca sentarse. Con algunos me levanto y nos abrazamos. Otros pasan y me sonríen a través del vidrio.

Pasé por la misma escena en muchas ciudades del mundo. Aquí y ahí, un sábado a la noche, un bar. Elegantemente solo. Sobrio, sereno. Con todo lo doméstico encausado, con la mejor ropa desde la mañana, bien comido.

Durante el día estuve en el club. También voy algún día de semana. Remo, juego algún doble al tenis, ocupo durante horas una reposera con la computadora en la falda. Ni los que ya me conocen se acercan a interrumpirme.

Busco cada vez menos una mujer. No quiero ser yo el que da ningún paso al frente. Dejo de provocar el encuentro. Cedo la iniciativa, chicas.

15 de mayo

Soy una cabeza muy abierta y un corazón cerrado. Siento dolores de panza, etc. Lo asocio con lo que me dijo Gerda Boyesen: para qué seguía adelante a pesar de tener indicaciones claras de que no estaba con el hombre correcto. Raúl se parecía mucho a papá. Ella dice que el amor se aprende con el padre. Raúl era un hombre maleable, se adaptaba a mis deseos, preponderaba el vivir juntos. Yo ordenaba todo, casa en el Delta, campito en Mercedes, grupo,

escuela, viajes, reformas en el depto, etc. Salvo la docencia, nos movían los respectivos intereses. Su mundillo representaba (lo conocido, e hiperbien), el mío exploraba.

Cuando me dijo que buscaba una relación tranquila no lo escuché, automáticamente me polaricé. Encarné la pasión. No es Venus, no es Lilith. ¡Es Milderman en mí! No pude pensar que no me lo estaba haciendo a mí, es él que no puede ser de otro modo.

Aunque "me falte" alguien al lado, mi estrategia es ofrecerme lo contrario. No buscar, que me busquen.

El buscador buscado escribe en espera.

En algunos momentos me parece estar bajando una escalera. En otros, preparándome para una oportunidad, diferente a todas las anteriores, verás. Puedo ~~aguantar~~ aguardar.

¿Podré de veras? ¿O sigo descendiendo?

Ya estuve aquí…

Detrás de mí, en un cuadrito, un hombre con el menú en la mano dice: Mozo, tiene un olvido. Y el mozo, con la bandeja redonda bajo el brazo le responde: Eso no tenemos, pero le podemos ofrecer una ausencia que no duela más. Es como si me viera en una selfie.

26 de mayo

Mi bisabuelo se casó con una india y le enseñó muchas cosas. Papá hizo lo mismo pero su india no se dejó enseñar, se resistió, defendió su dignidad. Él estaba por sobre ella en el mal sentido. Es muy masculino casarse con una tarada para sobresalir.

Yo era el objeto de disputa entre la línea charrúa-francesa y la genovesa, lo que uno quería el otro quería lo contrario. ¿Qué necesidad había de tanto reconocimiento y prestigio en papá que tenía que someterla a ella para sobresalir él?

Lunganski dice que yo veo a mamá desde los ojos de papá. Que la desprecio y no veo el alimento que me dio. Que yo me construí

como la mujer que era ella para sufrir por un hombre. Y que lo logré. Y a qué costos. Tal vez.

También dice que estoy registrando mi necesidad de ser querida y contenida, debo extrañar el lugar de refugio de mujeres que era Cris, la bella Cris, para mí. Y va rápido al tema de mi homosexualidad sin nombrarla. Cris ya no me sirve de refugio ni la extraño. Termino dedicándole a Cris una sesión que no le dediqué a ningún hombre. Cris me hacía sentir culpable por lo mismo que representaba para mamá. Me idealizaba, me envidiaba, se daba cuenta de que no podía tener lo que yo tengo y deseaba todo lo mío, no a mí.

Terminamos hablando de mi nieta y que me siento requerida por ella. Lunganski dijo que no sería ella la que debe ocupar el lugar de la que me tiene que querer. Insistió con descongelar a mamá.

Mamá no me amó, papá no estuvo a mi lado. ¿Quién entonces?

¡Quiero que una mujer me ame! ¡O un hombre que me ame como una mujer! Alguien que me ame desde la dulzura.

¡Qué confusión! ¡Sé tantas cosas que ordenarlas se me hace muy difícil!

Lunganski no entiende mi noche.

Algo parece haberse destrabado desde que me separé y vine a vivir a este PH. Escritores y amigos de toda la vida con quienes solo nos vemos para los cumpleaños empiezan a invitarme a sus casas con más frecuencia, han de verme solo.

Pulsiones del pasado vuelven para que las retome en otra dirección. Como si las hubiera congelado mientras estaba en pareja.

Dos o tres mujeres que acabo de conocer esperan que las llame para salir. O venir aquí.

15 de julio

Anoche tomé planta y vomité hasta el ADN. Gracias, Sacha, cuando me acariciabas la cabeza recordaba a papá, yo tocándolo a él, viejito

y niño a la vez. Él se dejaba, me miraba como cuando no podía hacer nada por salvarme de mamá. Después desaparecía.

Siempre me las arreglé por mí misma.

Gracias, Raúl, gracias a todos los que quisieron a la que yo no quiero de mí.

Ahora solo quiero viajar. Volver a comer jamón crudo en un yate sobre el Mediterráneo.

Ya estoy hecha de tantas cosas, dos o tres más y lista para despegar. Quienes no lo entiendan, asunto de ellos.

Ya no me pregunto si esto sirve para algo. En algún momento, prácticamente desde mi adolescencia, lo hago: depender de la aprobación de los que me leen para considerar algo en términos de valor. Por lo general, recién al terminarlo me doy cuenta de si funciona. Pero no me alcanza. Y por lo general, me equivoco.

Lo que más me parece que tiene algún valor es considerado como algo excesivamente personal, y lo más ajeno, lo escrito sobre otros, para otros, es lo que me abre caminos, me hace llegar a otros.

Me gusta hacerlo, después me odio porque suele creerse que yo solo sirvo para escribir eso.

¿Qué hago con esto?, me pregunto. Con lo que de veras me importa.

18 de octubre

Antes de ir a terapia pasé por Plaza de Mayo, me hizo bien ir. Me corrieron los gorilas por la calle. Y después me siguió un urso de montaña. Parate sobre tus propios pies, me dije y di vuelta y con cara de piedra le saqué una foto con el celular.

Lunganski dice que si me paro sobre mis propios pies y no sobre los de papá, acaso pueda ver a mamá con otros ojos.

Lo de pararme sobre mis propios pies lo aprendí cuando dejé de fumar sola. No me había dado cuenta.

Necesito vivir en el mundo donde todos somos (no seamos) iguales. Todavía creo en la transformación social.

Estoy ansiosa. Lo registro al salir de sesión.

Lunganski me agota.

Sombra Negra me espera a la salida de yoga. Hace un mes que me recrimina haberla dejado partir de mi vida. Insiste en volver conmigo. Empieza a acosarme con mensajes. Menos respondo, más presiona. No entiende que no me interesa más estar con ella.

¿Por qué no?

No me veo a su lado. No me produce deseos de verla.

Lo mismo con tantas. Ay. Reconozco mis ganas de abandonarlas antes de acariciarlas.

22 de octubre

Ella se lo busca, dice la preceptora de mi nieta y mi hija no le da importancia porque piensa que eso también la fortalece. El bullying hace actuar por reacción. Si lo sabré. De eso no se vuelve, lo padecí cuando todavía se llamaba verdugueарte.

Para mamá y mis hermanos yo era la que todo mal. En el pasillo de todos, las otras nenas directamente me ninguneaban. En la escuela, para colmo, sobresalía en todo.

Hoy no pude conmigo ni con el ¡No te metas de mi hija! Tuve que gritarle: ¡También es mi nieeeta! ¡Hay que hacer algo! ¡La situación la está formateando a la defensiva, después ni ella misma podrá entrar en esa zona oculta de ella! Sí, yo siempre con teorías.

Esta vez al menos mi hija se dignó a escucharme. La sigo yo, respondió como tantas veces.

Sí, ellas también son diferentes. Debería alegrarme de que lo sean.

2014

Hice bien en venir un mes a Villa Las Rosas. Traje todos los apuntes, revistas, libros y cds de mi época punk. Si le saco el wifi y la pileta común, la cabaña tiene algo de Walden. No siento la menor necesidad de ver ni estar con nadie. No llamo a amigos ni a amigas que viven en el valle. Si tenemos que encontrarnos nos encontraremos en la calle o en la feria de los sábados.

Me parece tan lejano lo que tengo que escribir. Hace muchos años que prácticamente le saqué el ojo al punk, casi cuarenta. ¿Qué más puedo contar de entonces?

Estoy sentado contra un árbol de la plaza, plena feria de artesanos y comidas, miro pasar. Hay cientos de historias paralelas más significativas ocurriendo en este mismo lugar que en el Londres del 77.

Escribo las de muchos personajes que conocí allá y entonces. Las contextualizo y novelizo una a una. Aunque con alguna variante, siempre hago lo mismo. Cada tanto compruebo que terminé otro cuentito.

Las copio y pego a continuación en un Word, al comenzar pensaba que estaba haciendo cualquiera.

Estoy en edad de revalorizar ese cualquiera. Puedo hacer lo que se me cante. Cualquiera no significa irresponsabilidad, sino aplicar lo que aprendí, hacer uso consciente de la libertad. Ir como dicen aquí: Por donde te sople el viento.

Este mes no tuve un solo día igual al anterior. Salí casi todas las noches.

Me prometo menos vida social para los que me quedan.

18 de marzo

Anoche volví de Samanawasi. Los ancianos quechuas dicen que si quiero entrar en contacto real con la tierra necesito limpiar mis casas.

La separación de Raúl me costó perder a un compañero de vida. También nuestro piso antiguo con terraza, mi soltura económica, las ganas de confiar, estos bosques oscuros, mi lugar de trabajo, podría seguir.

Ahí, en el espacio que me cedió en su escuelita de actores, me daba el gusto de hacer del Sistema Milderman lo que se me chiflaba. ¡Y funcionaba! Los chicos que venían ganaban una plasticidad que los otros ni por asomo. No hacían del personaje que les tocara. Eran. Hasta formé un grupo para padres.

Cuando me dejó, vendimos todo y materialmente quedé tranquila, pero perdí la chacra, mi lugar en el mundo. Había puesto tanto en hacerla vivible. Iba sola los viernes, llegaba al oscurecer y lo primero que hacía era tirarme sobre el pasto y mirar las estrellas. Raúl venía el sábado al mediodía con la carne, yo le tenía preparado el fuego.

Parece que alguno de esos viernes empezó a engancharse con esa chiquita.

No me di cuenta hasta que me lo confesó.

Lunganski dijo que yo me había polarizado.

Al volver a casa el sol ya era una promesa. Y yo quería creerla. Aunque supiera que volvería a pasar lo mismo. Con una y con otra mujer.

8 de abril

Necesito:

acotar el sufrimiento espiritual,
saber por qué sufro,
encontrar músicas que evoquen esta tristeza.
Escribir mi versión del Sistema Milderman. Hacerlo claro, actualizarlo.

No creo que vuelva a enamorarme nunca más, si acaso alguna vez lo estuve. Podría, sí, llegar a amar a una mujer. Y tener juntos un grado de intimidad que nos contenga. Requisitos: además de gustarnos, tener vida propia, tiempos propios, aceptarme como soy, no tener vergüenza de que conozca mis peores aspectos, poder aburrirnos juntos…

Entre tanto, ¿qué hago con esta necesidad de amar que tengo? ¿Volcarla en otros? ¿Amar a todos? Ponerlo en práctica no me resulta tan fácil como escribirlo. Me gustaría, sí.

Cuando sentí sus dedos apretándome los músculos de los hombros, supe que esos dedos me acompañarían hasta el último de mis días. Abrían recuerdos indecibles, esenciales. Recuerdos que me recordaban que venimos de ahí…

Me gusta porque también está herida. En ella reconozco una matriz de dolor y fortaleza. No puedo explicarme qué me hace creer que tendremos algo fuerte, que ella me corresponde. Tiene algo que admiro.

Ella trabaja en la fundación desde el comienzo. Haber entrado después me da una sensación de paracaidista.

Veo a todos los docentes desde otro lugar.

Me ven caer desde otro lugar.

Siempre soy el otro.

4 de junio

En las reuniones mensuales se me sienta al lado, antes ha saludado y abrazado a todas. A Tetas de Plástico se la aprieta fuerte, Cande no le saca los ojos, Betina lo considera de su propiedad, varias se lo transarían. Al saludarse con algún docente varón él les pega el cuerpo.

Siempre hablamos uno a continuación del otro. Retomamos lo dicho como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Yo más frontal, él más político. Interviene como si supiera qué va a pasar. Haber hecho

la Uno Mismo lo autohabilita para hablar sobre cualquier tema que aparezca.

El resto del tiempo se la pasa anotando en su agenda. Responde mensajes de texto. Habla como si tuviera puesta la camiseta de la fundación y la misión de cuidar su esencia. Conciencia y energía. Ja, ja. No muestra deseo de liderar, parece satisfecho con compartir solo sus percepciones. No todos pueden seguir sus razonamientos, igual comparten sus conclusiones. Varias le agradecen que objete el manejo de la institución, nadie se anima. Se adelanta a lo que pasa.

La ronda sigue y entre nosotros queda flotando cierta complicidad. También nos susurramos comentarios.

Se levanta para ir a buscar una gaseosa y me trae un vaso lleno.

Todos los docentes venimos de las escuelitas propias. Somos francotiradores. Hay una cierta paridad que nos contiene.

Se va antes de que termine. Mueve la mano desde la puerta.

Volví del baño, parece que me desvelé. Estoy de costado, con las rodillas contra el pecho, hecho un ovillo, calentito. No hay nada en especial que me preocupe: cuentas al día, cursos llenándose, ahora tengo un representante que se ocupa de vender los derechos de mis libros desde su propia agencia, en Bremen. Guenter se ocupa de mí solo.

Desde que me pusieron el stent tengo más energía y desapareció la verruga del dedo chiquito del pie. Si no duermo no pasa nada, lo que importa es descansar. Dejo que actúe la fuerza de gravedad del colchón. Podría pasar el resto de mi vida así, en este hueco, sobre el costado derecho. Solo que me cambien el agua caliente de la bolsa en los pies. Y mantener esta calma.

Escucho los tacos de la mujer del fondo. Deben ser las tres y media. Trabaja en un puticlub pegado al Hotel Alvear.

De tanto en tanto se me quiebra algún pensamiento o escena que creo estar viviendo como real. No puedo reconstruirlo. Queda solo una imagen inconexa. Recién, yo le apretaba el brazo a una mujer muy flaca, nada antes, nada después. Esto ocurre con frecuencia.

Estar entre el edredón y el colchón es como volver a casa. De aquí a morir es solo quedarme dormido. Podría ser.

6 de junio

Me despierto a las 4. Me atrapa la mente y vuela loca. La acompaña el ritmo acelerado del corazón. No entiendo nada. Distinto a siempre. La mente se impone y trae como si fueran certezas, la teoría de un gran amor. ¿Y si el amor no fuera teoría?

Un hombre al que apenas conozco. Un hombre al que conozco todo. Que al mirarlo siento verle el alma, o para ser más precisa, siento reconocer la mía en él… Un amor desconocido. Que se expande y me expande… Y de pronto las paredes de la habitación son cielo abierto e infinito y ya no importa por quién late el corazón sino que de nuevo late. Agradezco a quien corresponda. Que estoy viva, que es un nuevo día. Y me reflejo en el hombre que no está y me asalta la alegría genuina del verdadero amor, ese amor que no tiene nombre. Pero la mente vuelve y me aprisiona y me duele, y me dice que lo quiere para mí, que ese hombre tiene nombre, Raúl, que lo quiero tocar y besar. Me abrazo a la almohada y juego que es él. Necesito que esté. Pero si lo tengo y está, ¿sigue siendo amor? ¿Qué importa? Inspiro profundo varias veces y espiro el aire intentando acariciar con la exhalación el cerebro para ablandarlo. Respiro de nuevo y ya son las 6:30. Pasaron más de dos horas. Siento algo parecido a la felicidad. Ya puedo levantarme. El anhelo de él me invadió la madrugada y empiezo el día sintiéndome viva.

Abro lo que ella me envió por mail solo para ver qué es, tengo que salir en cinco minutos. Pero no paro hasta la página 7. Atrapadísimo.

¿Quién es realmente esta mujer? ¿Por qué me llega tanto? ¿Venimos del mismo lugar? ¿De la misma tocada de fondo?

Es extraordinariamente bello y conmovedor lo que me mandaste como adjunto, le respondo. Seguiría leyéndote, pero tengo que irme. Sigo después.

Flash: creo que la quiero desde mucho antes de conocerla, desde antes de nacer.

8 de junio

Me gusta. Las chicas del Círculo se sorprenden. Es la primera vez que aparece un candidato desde que me separé. Casi diez años de abstinencia. ¿Y…?, me preguntan. Prefiero no explicarles que todavía estamos en su todavía no. Me hago la desentendida.

Hoy me lo crucé en el pasillo y nos dimos un beso al pasar.

Evito imaginarme a su lado. O teniéndolo al lado.

Sensación de familia. Mientras fui parte de una, no recuerdo haber registrado esa sensación casi nunca. Más bien me pesaba. Ahora la encuentro en el club, con algunas parejas de amigos, hasta en la fundación siento que todos los docentes venimos de un mismo lado y nos queremos por eso. Nos unen nuestras negruras, a todas las docentes le gusta repetirlo. Si conoceré las mías.

6 de agosto

Papá escribió la historia imaginaria de nuestra familia francesa. Un delirio tras otro. Cuando nos lo leía todos nos reíamos de él. Yo rescato su intención, me parece tan tierno, lo escribía en los ratos libres que tenía después de almorzar en Obras Sanitarias. La única copia es un enorme cuaderno contable con muchas columnas, en la tapa tiene impreso Mayor con letras doradas. En esa mirada tan imaginativa entendí todo de una vez. Él vivía en ese mundo igual que yo en los míos.

Lunganski dijo que eso es lo que estaba tratando de hacerme ver desde el primer día que entré a su consultorio.

Antes de irme me salió con que todavía quiero ser mejor que papá.

Yo: Creíamos que eso lo habíamos enterrado el año pasado. Usted no entiende, estoy dándole otra vida a mi viejo, a la que siempre aspiró y no pudo.

Lunganski: Si le resulta más fácil descalificarme que ver más allá de lo que le digo, no pierda más tiempo conmigo.

Después de tomar planta con Sacha todo lo que Lunganski me venía diciendo me parece mecánico, desprovisto es poco. Aproveché que me iba a Francia para suspender por dos meses. Marcamos para hoy, primer martes de agosto. Durante el viaje me olvidé de él y sus sesiones.

Aprieto varias veces el portero. Lugansky no me abre. Es martes, son las 11, por la puerta veo que el ascensor sigue en la planta baja. Le mandé un mensaje. Lo llamé. Nada.

Estoy en la Zurich, pedí un licuado de manzana y naranja y un sándwich de lomo. Es lo que me ahorré de pagarle.

Lo estaba terminando cuando me entró el mensaje, enviado desde su celular. Decía que el Dr. Lunganski había sido enterrado quince días atrás. Me quedé sin poder agradecerle todo lo que me hizo ver. Lo mismo a Susana Milderman. Lo mismo a papá.

Águeda, la que da Jung, me invita a salir. Después del teatro vamos a comer una pizza. Varias veces necesito preguntarle si lo que me cuenta fue con el primero o con el segundo ex. También se me confunde de quién es cada hijo, si estuvo involucrada con los hechos de violencia que cuenta en sus libros o son solo fruto de una investigación. Cuando me cuenta de un boliche que regenteó en un pueblo de provincia parece la historia de otra persona, lo mismo cuando menciona algunos hechos que le pasaron recientemente. No puedo distinguir si fueron significativos o meras anécdotas. Todo parece haberle ocurrido sin su intervención. A su favor: mientras la escucho puedo servirme las porciones que me corresponden antes de que se enfríen. Creo que en toda la noche no me hace ninguna

pregunta puntual sobre mí. Miento. Hace una: si me gusta el flan con dulce de leche, porque uno entero es mucho para ella.

Aborrezco la parte de conocerse en las primeras veces.

Es lo único que me sale decirle cuando nos despedimos en la puerta de la pizzería.

19 de agosto

Trabajo de Diálogo con compañera en grupo Milderman jueves. Nos gritamos insensible, cara de piedra, manipuladora…

No me duele ninguna parte del cuerpo, me duele donde nadie puede verme, algo oculto bajo cincuenta capas de cotidianeidad, en lo más vital de lo vital. Donde no me reconozco, donde hasta yo misma me niego. Hay mucho que podría descubrir ahí, debajo de mis caretas.

Llamalas defensas.

Podría mirarme con más ternura, ¿no?

Sí.

(Adaptar esto para los alumnos).

Terminé diciéndole (diciéndome) Sí, yo me quiero casar. Tan convencida como asustada. No sé de dónde me salió decírselo.

Si no estás preparada para que te ame, seguí tu camino.

Yo habré perdido tiempo (con vos), vos te perdiste a mí.

No podemos compartir nuestras voces, muchacha.

Este cartero llama una sola vez a tu puerta.

Lo que más extrañaré de vos es tu nombre, Águeda.

20 de agosto

Quién se cree este talante para contarme lo que me cuenta, por quién me toma, qué sabe de mí, qué espera. Me cita a dos cuadras de casa, en el bar Conde, y al minuto me está explicando su

situación. Separado hace un año, reencontrándose consigo mismo después de treinta años de matrimonio, no puede evitar que le reaparezcan modelos viejos que no quiere más para él. Sale con una, con tal otra, prueba, imagina lo que sería su vida junto a ella, así… No quiero más eso, dice. Y se justifica: Todavía no puedo comprometerme a sostener nada en el tiempo.

Se lo interpreto: Nomadismo de deseo.

Lo admite. Y agrega: Necesito aprender a prescindir del otro.

Lo veo venir, otro Blablisky que reconoce sus imposibilidades y las vuelve arma de levante. ¡Estoy harta de convertir mierda en crema chantilly!

La sigue: Por primera vez estoy frente a una mujer con una soledad parecida a la mía.

Me habla de la que lleva por dentro desde la adolescencia, cuando también probó el Sistema Milderman, y que por esas cosas de la vida fue dejando de lado e impostando personajes que agradaban a todos.

¿Para qué me lo cuenta? ¿Usa lo de Susana para acercarse? Mueve la boca para todos lados.

Siento que quiero tener algo con vos y que si lo tengo ahora te meto en la misma bolsa que a todas, concluye.

¿Me tomás por boluda, Juan? ¿Pensás que a mi edad no aprendí a cuidarme de eso?

Todavía no estoy lo suficientemente libre para otra relación. Pagarías los platos rotos. Necesito un año al menos.

Y otras boludeces por el estilo.

Acabo de despertarme con la sensación de que me olvidé de hacer algo importante. Siento que algo se me está escabullendo, que por ahora no me afecta pero me traerá consecuencias. Abstracto y a la vez conocido, demasiado conocido. Si no me ocupo, eso no tendrá retorno. Y todo puede venirse abajo en un instante. Como que me hubieran eliminado de una escena anhelada. Y sin avisarme.

Todavía no son las cuatro, no fue la vejiga la que me despertó. Es esto, la presión de esto.

Revisé todos mis aspectos, mis compromisos, lo que puedo considerar pendiente. Como si no hubiera agendado algo esencial.

Estos días vengo tan relajado que algunas cosas se me empiezan a borrar. Estoy distraído. Y siento que no puedo dejarme caer.

En esta también estoy solo.

2015

5 de abril

En la reunión de docentes él planteó la necesidad de que los que coordinamos grupos también produzcamos materiales escritos. Algunos lo cuestionaron. Para qué dejar constancia, importa más lo que transmitimos en vivo, etc. Pensé que iba a decir por ~~pertenecer~~ a trabajar en este lugar. No. Dice algo así como que es una forma de compartir lo que decantamos por nuestra cuenta y reconocer a los alumnos lo que aprendemos con ellos. Compro, me suena a hacer red.

Nunca pude escribir sobre mi trabajo con plantas. Ni yo sé qué quise decir en algunas notas que escribí durante la toma y en los días siguientes. Empiezo con algo y me pierdo por las ramas.

También quiero documentar los trabajos que hago conmigo, como hacía Susana, es otro de mis pendientes. No quiero llevármelo a la otra vida. El Sistema no es solo trabajo corporal, como piensan en la fundación.

Se ofreció, él, a coordinar un grupo semanal para quienes queramos. Ocho levantamos la mano.

Desprogramarme de mostrar siempre mi lado correcto.

Osar.

Coraje como tuve para separarme. Permiso para vivir todo lo que me hablo. Esto me mueve más que lo que ocurra en los cursos. Este es mi trabajo personal.

19 de abril

Si lo persigo, sé que se va a escapar. Tampoco quiero que me ande detrás. Mantener esta distancia me pone neutra. ¿Hago o dejo hacer?

- *Si hago: le muestro lo que me pasa ante él, le doy el poder. No, no quiero. Tengo miedo de que me rechace y volver a ser la nena todo mal.*

- *Si lo dejo hacer: él propone, yo decido, tengo el poder. ¿Y si no puedo con todo el poder que me da? ¿Cómo me protejo?*

Imagino, quiero imaginar, que los dos estamos tironeados por la misma disyuntiva. Por ahora nos mantenemos a una distancia manejable.

Soy el malo de mi exmatrimonio. El que se fue y la dejó. Relato contra relato, ella no puede fumarse el despecho. Ni que la haya primereado.

Sus hijos se irán dando cuenta por sí mismos por qué no pude más con lo que se había creado entre nosotros. No alcanzaba con estallar cada quince días. Amenazar, encularse, volver poco a poco y período de armonía hasta el siguiente estallido.

Ahora se opone a que reinvierta más en nuestra editorial. No lo considera necesario para mantener en movimiento el fondo de libros, ni que me corresponde un salario por mi trabajo full time. Mientras estábamos casados ni yo me había dado cuenta de que no cobraba sueldo.

Concretamente se opone a que reinvierta en nuevos títulos. Igualmente voy a seguir adelante con el libro sobre Pensamiento Nacional. A Jauretche le debo mucho. (Ver con Galasso cómo pinta lo que estamos preparando, pedirle que intervenga cuando sienta que falta destacar algo).

Escucho a sus hijos mayores preguntarse cómo pude dejar a una mujer como su madre. Siempre me consideraron de otro pozo. El permiso para entrar en su familia era provisorio. La pareja estable de mami, el nuevo marido, mi papastro… ahora soy el ex. No hay

sangre de por medio. El cariño que pueda haber entre ellos y yo, por fidelidad, se inclina hacia el bando materno. Ya se darán cuenta de quién es cada uno.

Que ella se contente con que los primeros días de cada mes le sigo mandando la planilla con todos los números. Tenés las claves de la cuenta bancaria, ya debés haberlos corroborado. El resto es tu vida. My best.

Heladera con todo lo que me gusta y necesito, ningún rincón de la casa con polvillo. Ahora voy llenando el lavarropas y cuando hay sol lo pongo en marcha, yo mismo cuelgo en la terraza. Puedo no salir de la cama hasta el lunes, o cerrar la puerta con la traba e irme hasta cuando se me cante.

Cuando entro y no hay nadie puedo tolerarlo. Pero por momentos me descoloca la falta de eco humano, por eso me escapo a algún bar. Y descargo aquí.

¿Para qué necesito alguien como él?
¿Me dará un espacio seguro para ser vulnerable?
¿Aguantará una relación fuerte?
¿Podrá no señalar ninguna de mis incapacidades?
Tengo límites que no quiero compartir.
Y secretos.
Yo tendría que no importarle demasiado.
Quizás pueda volver a confiar.
Quiero.

Grupo Ponerlo en Palabras. Decirles: No quiero hacerles perder el tiempo. Voy a dar por sentado que ya escriben.

De hecho, algunas ya me han mandado algunos archivos. Vamos a retomarlos.

Adaptar y circular cuestionario.

Crear grupo de mail.

21 de abril

1. ¿Por qué quiero hacer el curso?

Uno de mis objetivos para este año es poder ordenar el caos de ideas que tengo en la cabeza. Primero con Casa XI, después con Susana Milderman, después con los Ensueños Dirigidos, después con el instructorado del Sistema, después con las revelaciones de Antón Ponce. Todo lo que trabajé se me mezcla.

Necesito escribirlo para entenderlo mejor. Detenerme un poco, encontrar una manera de ir diciéndomelo.

Transmitir la experiencia ayuda a los que vienen detrás.

Háganlo, nos pedía Susana. ~~Para que sepan por qué una se volvió loca.~~

También me vendría bien a mí misma.

Nunca supe escribir, me entusiasma hacerlo.

2. ¿Para qué quiero escribir…?

Para tener una nueva aventura.

Preguntar al grupo: ¿Quieren escribir libremente o que les dé consignas? Lo que elijan está bien.

Recordarles que no tomen mis propuestas como un sistema cerrado. Busquen crear sus propias rutinas expresivas. Háganlas parte de sus vidas.

Cuenten como si mandaran una carta a alguien que quiere saber.

10 de mayo

Hola querido grupo. Aquí va mi escrito como adjunto, introduje algunas de las sugerencias del profe. No sé si funciona. Abrazo grande.

Adjunto:

<u>En los baños también puede revelarse una verdad.</u>

Recuerdo la primera vez que Susana me habló: fue en un baño.

Yo tenía 33 años, vivía en Palomar, viajaba en tren y colectivo hasta Constitución para tomar sus clases. Ella vivía en una casa vieja, un primer piso en la calle Caseros. Estaba comenzando de nuevo, no tenía casi alumnos, se había ido de Greyg, institución que había fundado con otros. No era la primera vez que después de crear nuevos grupos los abandonaba y se iba sola con dos o tres colaboradores a empezar de cero. Los ciclos quedaban asociados al nombre de la calles donde funcionara su estudio.

En esa época yo ya trabajaba como psicóloga y buscaba espacios de libertad. Desde hacía poco, tambien asistía a la Multiversidad, pero no era suficiente. Alguien me comentó que había unas viejas medio escondidas que eran geniales, y fui a comprobarlo. La primera clase lo constaté: este es mi lugar, me dije.

Volví a la semana siguiente. Luego de la clase fui a cambiarme al único baño que había, baño grande, raro, viejo, de alguna manera transformado en baño con vestuario. Ella usaba ropas largas. Ese día apareció con una túnica azul celeste, lo recuerdo muy bien. La Susana que desde mi desconocimiento de entonces yo llamaba vieja loca vino hasta el baño, se plantó frente a mí, me miró fuerte y me dijo: Vos sos muchas, no te olvides de que vos sos muchas, vos sos muchas, vos sos muchas. Lo repitió cuatro veces, dio media vuelta y se fue.

Sentí miedo y un cierto alivio a la vez: siempre me resonó como hermoso que alguien me habilitara el ser muchas. A los 33 años yo ya había sido muchas. Susana me lo dijo para que dejara de culparme. Yo tenía culpa por la dispersión y la búsqueda y los divorcios y los estudios y las hijas chicas y todo eso que pasa en una vida joven que está saliendo, además del proceso militar y las mordazas. También mi parte psicóloga escuchó eso, pero no lo tomé desde ese lado. Quien la escuchó fue mi ser profundo. Desde entonces soy muchas con conciencia de ser muchas. A veces con resignación y las más con alegría.

Vuelvo a salir. Primero con una relación que nunca prospera más allá de algunas bicicleteadas hasta el Museo de la Memoria. Después con

otra. Soy fan de sus novelas, también ella pasó por Milderman. Divinsky nos ha presentado en París, en un cóctel de argentinos. Nos reencontramos en el Museo Evita, presentación de un libro de amiga común. A la semana me invita a cenar a su casa con dos amigas. Único varón. Me mantengo fine & dandy, las escucho hablar de veras. Yo no quiero beber.

Con ella tenemos bellísimos cruces de miradas. Tal vez nuestro encuentro es solo para eso, apreciarnos con los ojos, y no ir solos al teatro y a algunas presentaciones.

Divinsky me lo advierte cuando me pregunta: ¿Hay peores mujeres que las psicólogas? Sí, las socias, respondo. No, me corrige, las escritoras.

Ella es muy clara:

Estoy en pleno proceso. No tengo espacio para vos, conservemos el cariño.

Ya no sé si vale el esfuerzo preguntarme qué me está pasando.

Hoy retomo Milderman. Quiero volver a mover el cuerpo. Yo como alumno.

25 de junio

Anoche se apareció en pantaloncitos y remera, ya descalzo. Tiene las piernas bastante arqueadas en la parte inferior y clava los talones al caminar. Con todo, para sus años avanza derechito.

Baila como un carromato. Traba la cintura. No sale de cuatro o cinco pasos. Mueve los brazos desde los omóplatos. No se larga. Tampoco le salen más que cuatro o cinco caras. Se va de viaje por su mundo, intercambia poco. No se anima a establecer contacto corporal con los demás. Es un raro apolíneo.

A medida que la veo moverse entre nosotros, o hablamos, ella se me revela cada vez más como una mujer amable. No amable como atenta o considerada, amable como mujer atractiva para amar.

Al terminar los encuentros, cuando todos nos tomamos de la mano y miramos a los ojos, ella siempre parece retener algo.

Creo descubrir quién está detrás de su escudo de guerrera.

15 de julio

El domingo a la tarde escribí la consigna que nos había dado como si fuera una tarea para el hogar de la primaria. Me gustaban tanto esas dos horas. Era el único momento que en casa nadie me molestaba, jugaba Independiente y todos se iban a lo de mis primas a ver el partido en la tele.

Lo llamo por teléfono. No atiende. Me manda un emoji con una pluma en la mano. Yo también estoy escribiendo, estúpido, andá a freír churros, digo en voz alta mirando el celular y le mando el archivo por mail. Sin palabras. En asunto pongo Solo para vos, pero lo corrijo dos o tres veces. Finalmente queda Adjunto ej 4.

Pienso en voz alta: A ver si te das cuenta de una buena vez a quién estás leyendo.

Tengo varios escritos sin terminar, ninguno me tira a seguirlo. Quiero animarme a un transgénero. Narrar sin preocuparme si estoy haciendo ficción o ensayo, autobiografía o crónica. Ni por cómo seré leído.

Desde esa libertad también me prometo leer lo que me mandan.

Aplico el modelo que tomé de sus clases de movimiento: trabajar con lo que aparece. La llamo por teléfono y se lo comento. Eso se llama expresar, me explica. Sacar afuera lo apresado. Como le parece obvio, agrega: Expresar tus ocultos, lo que ni siquiera te decís a vos mismo, mi querido.

Ah.

Ejercicio 4

Yo medito mientras pelo las papas, nos contó Susana Milderman en una de las escasas sesiones de preguntas que hacíamos con ella. Nunca nos daba teoría ni nos enseñaba, salvo a través de sus escritos y el ejemplo de su práctica de experiencia permanente. La teoría consistía en ronda de preguntas. Luego de leer los apuntes, cada uno preguntaba según su necesidad.

Nos juntábamos para leer porque el lenguaje y las temáticas eran bastante crípticas. Muchas veces ella respondía con gestos y no con palabras. Nunca con explicaciones… Eso nos irritaba bastante, nosotros queríamos saber.

Trabajamos mucho la paciencia, la espera, el quedar sin entender desde el intelecto y aceptar una comprensión por el momento nebulosa.

Un día, alguien le preguntó algo sobre meditar. Yo medito mientras pelo las papas, dijo. Cuando vamos con Franca al mercado a hacer las compras y vemos qué alimentos nos llaman, lo mismo cuando cocinamos, para mí eso es meditar.

El hacer haciendo, la meditación en la acción, es lo que quería transmitirnos. No creía en sentarse a meditar porque, decía, que luego al levantarse uno volvía a los mecanismos de la personalidad habituales. Prefería el hecho de estar conectada y consciente en las tareas cotidianas: lavar lavando, caminar caminando, escuchar escuchando, pelar pelando…

Me llama por teléfono.

¿Qué te parece cómo viene, profe?

¿Por qué me lo mandás a mí solo, sin copia al grupo?

Porque no es esto exactamente lo que quiero escribir.

Algunos escritos funcionan como la puerta que nos abren a otros escritos. Por eso son necesarios.

¿Lo rehago? Le sale voz de nena.

Todavía no corrijas nada, eso vendrá solo, más adelante verás. Seguí contando.

19 de julio

Hola profe. Susana sigue pelando papas, enseñándome algo cada vez que la invoco, gracias por recordármelo. Quiero enganchar esto que sigue con lo que ya te mandé. ¿Estoy transmitiendo la esencia del Sistema? ¿Me lo verías, che…?

Adjunto

Todos los días a las cinco de la mañana Susana y Franca se levantaban a escribir. A veces a partir de algo de ella, otras a partir de una elaboración conjunta.

Susana canalizaba y hacía escritura automática. Recién después revisaba y se informaba. Sostenía que había que utilizar el hemisferio izquierdo para corroborar lo que la intuición abría. Así leía todo cuanto llegaba a sus manos sobre psicología, espiritualidad, esoterismo, salud, etc.

El estar presentes. Hacer la experiencia primero y luego elaborar. Gran desmitificadora del lugar del maestro, ella se apartaba de la enseñanza y sostenía que, habiendo concebido la idea-acción correspondiente a la necesidad del momento, a lo que uno tiene que disponer como espacio de la experiencia del alumno, solo resta confiar en que el ser humano sabe y que el cuerpo sabe. Se trata de quitar lo aprendido y no de ponerle más conocimientos. Como decía Da Vinci, "per vía di Levere" y no "per vía di Porre". Más escultura que pintura. Quitar para que aparezca, no pintar encima. También esto lo decía Freud y fue otra de sus genialidades.

Hacerse a un lado de la personalidad, del modelo y también del deseo del maestro hacia la experiencia del alumno, esto nos recomendaba. Evitar la tentación de ser modelo y saber, que es muy grande en todo ser humano, seamos maestros, padres, tíos, teóricos o lo que fuere, menos modelos.

Nosotros le reclamábamos publicidad, protagonismo. No lo necesitaba: su vida era investigar qué detiene la evolución del hombre. Ahí aparecían las prácticas para reconocer la mecanicidad, los criterios inconscientes familiares/sociales que nos conducen y nos

desvían de lo propio, la repetición estéril de los hábitos corporales, afectivos, sociales, intelectuales… y así…

Despojarnos en lo posible de los filtros que nos separan de la intuición y confiar en las capacidades de todos para atravesar esa membrana y acceder a este plano son las bases de la práctica del Sistema.

Agradezco tus sugerencias.

El grupo de escritura decidió rebautizarse como Membrana. Me gusta, es mucho más jugado.

Algunas docentes que no participan y nos escuchan hablar de Membrana perciben que entre nosotros hay cierto código. No recuerdo quién se queja de que excluimos al resto de docentes. Varias quieren entrar, preguntan si pueden. B, justamente B, que hasta ahora no compartió ningún trabajo, ofrece su casa para que nos reunamos. Somos todas mujeres, comenta una. Sí, le respondo y guiño un ojo a un profe gay.

Cuentan lo que querrían escribir y lo que les ocurre al intentarlo. Cuando llega su turno, Cande, una mujer muy reconocida por sus canalizaciones y contacto con los registros akáshicos, descalifica abiertamente mi propuesta y propone que nos conectemos directamente con la fuente. Hace tantas objeciones a mi propuesta y tan en tono de desafío que cuando se calla y ve que nadie le dice nada solo le queda una opción: levantarse e irse. Los neumáticos de su auto chirrían como en las largadas de las carreras.

Durante el almuerzo, evitamos hablar del incidente.

Quizás Cande haya captado algo que nosotros no captábamos.

2 de agosto

Solo es valiente para escribir sobre sus muertos punk. Reacciona en diferido. Es más de tragarse las heridas. No las rumia, parece olvidarlas. Conozco bien a los tipos como él, después estallan de

golpe. O se hacen una papa en el estómago. Y en el fondo, nunca reparan nada. Hacen cortes, se hacen cortes, se cortan solos y a otra cosa mariposa.

¿Qué le pasó que no pudo frenar a Cande y decirle que quien coordinaba era él? ¿Por qué no le dijo que en todos sus posteos ella siempre repite la misma idea con otras palabras babosas y todo lo que escribe parece ya leído, aunque acabe de bajarle de la memoria del cosmos y nos lo comparta de puro generosa?

Sé lo que me dirá: que el tema de la inspiración es todo un tema porque hay una corriente muy fuerte que considera el trabajo sobre los escritos como algo más especulativo que expresivo, que hay que dejarlo tal cual sale, bla, bla.

Hay momentos en que se pasa de aceptador, y no es su libra ni su zen: lo que tiene es miedo. Miedo a poner límites, a actuar ya, miedo a que no lo quieran si confronta. Pacifista, las pelotas. No sé si le falta trabajo sobre sí, pero le falta grupo, grupo de pares, grupo de pertenencia, hacer grupo con otras voces… Le resultó más fácil dejar hablar a Cande y hacerle una verónica que desenfundar la espada. Que la tiene, se la vi sacar en el grupo de los martes y en las reuniones de docentes.

Cuando me llamó el domingo enseguida me notó indignada y no le quedó otra que sacar el tema de Cande. Recurrió a su estrategia habitual: reconocerlo. Sí, pude haber reaccionado de otro modo. No es la primera vez que me pasa. Me dormí. Estaba muy metido en lo que estaba proponiendo… Algo tengo que aprender de esto…

Yo aprendí a permanecer aparte de situaciones que no me involucran directamente. Pero si me lo hubiera hecho a mí, Cande volvía a su casa con las siliconas de las tetas chorreándole por la boca.

¿Lo hubieras hecho?, me preguntó. Sí, le contesté. Pero no por vos, sino por mí. Solo porque no me trago a los que se creen que tienen la verdad. Ni te cuento en todos los quilombos en que me metí por ser así.

¿Y qué me responde el muy cobarde? Sí, por favor, contá esos kilombos. ¿Te animás?

Es lo que dije: todo lo literaliza. A los que viven para contarla Lunganski los llamaba tigres de papel.

No se lo diré, que lo descubra por las suyas… No quiero ponerme en el lugar de la que le dice cómo son las cosas, nunca más.

A la tarde me entra un mensaje de texto. Noviecita de adolescencia, enterada de que estoy libre, propone vernos en Las Violetas, donde solíamos pasar tardes enteras. No sé si tengo ganas de reencontrarla. Le pongo no leído.

A la noche entra otro de ella y respondo: Disculpas tardías por haberte seducido y abandonado, recién ahora empiezo entender lo que es amar y que te corten el juego. Que duermas bien.

16 de agosto

Hoy él llegó a la clase mientras yo repasaba la playlist. Se sentó en el banco a mi lado. Lo vi preocupado, le pregunté si le pasaba algo. ¿Viste cómo Macri está subiendo en las encuestas?, me contestó. No hizo la menor mención al ejercicio corregido que le mandé.

Respeta espacios, otra a su favor.

Al terminar, esperó a que se fueran todos, se acercó ya vestido y me sonrió confirmándome que estábamos teniendo algo extrarrelación en clases, sin especificar qué.

Para evitar malentendidos, le pregunté si podía hacerle una consulta sobre el ejercicio.

Mandámela por mail, me dijo.

Bajamos juntos, él salió con su bici.

Lo que escribe me llega a lo profundo, hasta su estilo me resuena. Esto se me mezcla con tener algo con ella. Nos admiramos mutuamente, somos cómplices. Ella está abriendo algo conmigo, algo se está abriendo en mí… Como sea, no puedo ni quiero controlar lo que surja.

La noto poco dispuesta a conversar sobre esto.

La grieta

La grieta donde está el Único.
El Único acecha.
¿Acecha para ser visto?
¿Acecha para que algo de su presencia me llegue?
No puede acechar para SER, porque obvio: ES.
Acecha para poder colarse en mi corazón y mi entendimiento.
Todo está ahí acechando. ¿Cómo me abro para recibirlo?
Dispongo de un espacio de libertad para quien viene a hacer la experiencia en mis clases de pulsar en todos los cuerpos. Ellos no lo saben al principio, se supone que es físico y etérico… Parece baile, parece juego. ¿Cómo hacer para que comprendan todo lo que hay detrás de ese comienzo, si se quiere demasiado elemental? ¿Vienen a bailar?
¿Es libre este espacio? Sí, yo con mi idea y con la música que conduzco. ¿Es de libertad este espacio?
Los que recién llegan piden, los que ya están piden… El hábito es que haya alguien que sabe y alguien que aprende. Piden indicaciones técnicas. No las doy, digo que busquen y se entreguen al suceder. Doy ideas-acciones, verbos…

No es el fin de todo. Todo lo real se transfigura, rompe nuestros relatos. El amor transfigura todo. Me repite: Todo amor es una ficción, uno inventa al otro.

13 de septiembre

Domingo a la noche.
Reconocer.
Cuando respiro y habito mi cuerpo con aire, presencia y vacío, las acechanzas del Único me alcanzan. Me vuelvo gaseosa. ¿Mis encuentros con el otro son difusos? ¿Delicados? ¿Inefables? ¿De inmenso amor? Mi ser se funde en un ser común con los que estoy. Absoluto silencio del runrún. Estoy y soy en ese espacio y en ese

tiempo. Felicidad, espacio de no conflicto. El cuerpo es parte del espacio, es penetrado y penetra en él, aparece la unidad.

Solo este pequeño tiempo en cada encuentro hace que valga el esfuerzo de ir todos los jueves, desde hace tanto tiempo, a encontrarme con mi grupo de práctica autogestiva que ya lleva veintitrés años.

Lo formamos cuando Susana partió. Fue mi maestra diez años antes de esta experiencia íntima y grupal que todavía sigue.

Salir de la mecanicidad. ¿Cómo pasar esto al cotidiano? Mi práctica es rara.

Me manda el ejercicio 4 a mí solo. Necesito decantar lo que transmite. Lo leo sin detenerme en algunas cuestiones de puntuación. Me conmueve su transparencia, me recuerda a Jimi Hendrix y a Angela Davis, la naturalidad con que expone sus runrunes. Me ato los dedos para no enviarle mail ni wap.

Apenas termino de leerlo le mando un Podés hablar. Al rato recibo un Ahora sí, estaba con una carta natal. Me atiende con su voz más maquinal:

Sí. ¿Qué querés decirme?

Que estoy aprendiendo mucho de lo que vos escribís. Remarco el vos.

¿Solo para eso me llamás?

Lo que venís escribiendo no sé si es representativo o no de lo que querés decir, pero igual muestra bastante el espíritu de Susana y el tuyo.

¿A todas tus alumnas las llamás cuando te gusta algún escrito?

No. O a veces.

¿Seguís con intenciones de levantarme?

Puede ser, qué sé yo, pero igual, lo que escribís va de profundo en profundo.

¿De veras te parece eso?

Sí…

Me cuesta creerte.

Lo sabés y jugás a no darte por enterada. ¿Es parte de tu estrategia para frenar mis avances…?

Puede ser, puede ser…, repite haciéndome burla. Puede ser, pero igual, solo te pido una cosa: no me seduzcas encomiando mi trabajo. Tratame como a las demás.

Después que cortamos grito: ¡Ay!

¡Ay iay iay!

El martes, no bien llega al curso, me levanto de la silla, me acerco a ella y le doy un abrazo, un abrazo más apretado y prolongado que los de siempre. Le digo: No estás sola, los verdaderos amigos nunca se pierden. Si no te toleramos así como sos, qué podemos esperar para nosotros.

Las chicas que llegaron antes y escuchan lo que le digo no se dan cuenta de qué hablo. No le saco la mirada. Cuando nos sentamos, todas nos miran, imaginan que se perdieron un capítulo y le preguntan, directamente a ella, qué paso…

No responde. Me mira para que sea yo el que hable. Le pregunto si puedo leer en voz alta lo que me envió. Nunca lo hago, a lo sumo cuando un escrito es muy emotivo y el autor empieza a quebrarse.

No parece gustarle mucho mi propuesta. Piensa unos segundos y extiende la mano con dos hojas. No, quiero que leas este, dice.

El grupo empieza a sospechar que hay algo entre nosotros.

Lo que menos me importa es haber roto el encuadre.

20 de septiembre

¿Escuchamos con la cabeza o con el corazón?

Toda la vida le di mucha importancia a tener razón. ¡Pero desde las tripas! ¡Lo de la última reunión de docentes lo viví de una manera dramática, dolorosa! Discusiones eternas, retóricas, repetitivas, en donde tener razón es lo más importante. Eso genera que quedo aislada, disgustada, sola. Y me ocurre y me ocurre y me ocurre.

También ocurre que a veces escucho con el corazón y eso es un bálsamo. Como si cayera agua fresca sobre mi cabeza y me aliviara del incendio.

Hace muchos años que vengo trabajando mis mecanismos, la idea de la humanización, de la escucha abierta, del silencio interno cuando se disparan el gusto y el disgusto, la idea de la aceptación del diferente. Es apenas un barniz. Cuando me descuido aparece La Mona, la primitiva. La de Barracas: el runrún también es ideológico.

Pienso en los refugiados, en los que piden asilo en otros países… Me pongo a mí misma sobre el tapete: si en una reunión me exaspera un modo distinto al mío, ¿qué me pasará cuando las papas quemen y tal vez tenga que cobijar a quien no conozco en absoluto? Esto que me pasa a veces cuando percibo que se ataca a lo que siento MÍO es la semilla de la guerra, de la exclusión. ¿Qué haría yo con un refugiado que trae otro idioma, otras necesidades? ¿Cómo lo escucho? ¿Y si me viene a decir qué tengo que hacer y cómo lo tengo que hacer?

Desconfio de mí.

Confío en el runrún. Me avisa algo. ¿Qué hago con ese llamado desde las tripas?

Jugar, jugar… No tomarlo tan a pecho…

No te creas tan importante…

Marte en Aries.

No quiero seguir dañando, que mi fuego salga desproporcionadamente, y el otro salga quemado.

Me excedo con el otro innecesariamente.

¿Cuándo me sirve soltar el caballo y cuándo tomar las riendas?

Para jugar necesito aire…

Pocos me toleran. Me quedo sola…

Abrazo colectivo alrededor de ella.

No sé de dónde me sale decirle Ahora vos sos más vos que nunca, ahora vos sos Susana, y lo que estás queriendo, me parece, es transmitir no su enseñanza sino desde el mismo lugar que lo hacía ella. Enhorabuena. ¿No importa lo que salga…?, me pregunta.

La idea no pide permiso, acciona, digo. No le importa de quién es. No sé… Veo…, me despacha en su tono habitual de descreída.

2 de octubre

Pasa de llamarme una o dos veces por semana a día por medio o todas las noches. Llego de dar clases o de salir con las chicas y también siento el tirón de contarle y saber de él. Se volvió parte de mi cierre del día. Él me cuenta siempre más o menos lo mismo. La agenda. Que lo llamaron de tal lado para pedirle tal cosa. Para hablar en medio de un festival de punks. Que el distribuidor volvió a pedirle paciencia con los pagos. Que voy a hacer una columna para Radar. Me van a traducir al ruso… Vive en el hacer, en los logros. Siempre engancha relaciones de esto con esto otro. Solo a través de cómo reacciona con la acción puedo ir descubriendo quién es, qué le pasa. Todo le parece natural. No conoce estar triste. ¿Triste… yo?, repite burlándose de su incapacidad.

Todavía no lo hice subir a mi departamento, ni él me llevó a conocer su PH.

Teatro Vorterix. La banda de Pil desarma sus instrumentos para que la de Stuka pueda armar los suyos. Me arrimo por la coulisse y doy a cada uno un ejemplar de la nueva edición, pero de repente me arrastran del brazo hacia adelante y quedamos bajo los reflectores. Me presentan y me pasan el micrófono para que hable. Como todos son cincuentones, me parece una buena oportunidad para decirles que ese chico malo que fueron, por el que muchos familiares y novias se apartaron de ustedes y por el que los miraban raro por la calle, bueno, ese chico fue el mejor de cada uno de ustedes y ahora, aunque sea en este rato que estamos juntos, sigue vivo. Levanto el puño y todos me imitan. ¡Por la actitud!, grita Pil mostrando mi libro. Stuka se me cuelga del hombro de manera que la tapa queda en primer plano.

Me veo en la foto y no puedo creer que yo sea ese. Sí, por momentos también soy este payaso.

25 de octubre

Salimos tres viernes seguidos. Anoche fuimos al Roxy a escuchar a sus amigas, las Kumbia Queers. Somos los viejitos entre cuatrocientos chicos y chicas que se divierten como en un cumpleaños de domingo a la tarde. La única pareja hetero. Nuestra mirada amorosa parece gustarles, varias se acercan y bailan con nosotros. Mis movimientos las sorprenden, no se imaginan la infinidad de músicas que movieron este cuerpo veterano.

Al irnos, en el hall, una chica se me arrima, tiende los brazos y me besa en la boca, después lo besa a él. Gracias por venir, nos dice. Que él venga y se deje fotografiar del hombro con muchas que lo reconocen puede hacer sentido. Lo tienen muy leído. ¿Pero conmigo? Soy yo la que tendría que sacarme una foto con ellos y mandárselas a mis nietas.

A la salida compra un CD y me lo regala. Un aporte para tus clases, dice. Muy caballero, le digo. No le gusta que le diga caballero. Le hace acordar al "para el bolsillo del caballero y la cartera de la dama".

En la primera esquina me pide detenerme al borde del cordón de la vereda. Él baja a la calle y se pone para que le pase los brazos por el cuello y le haga bufanda. Bufanda, su cabeza contra mi pecho y mis brazos rodeándolo, es uno de sus recursos para resignificar lo que hayamos vivido en cualquier salida. Nuestras caras se rozan sin que eso signifique nada, ni se convierta en un beso.

El de la puerta de casa es de mejilla. No sé si no tiene apuro, si no tiene ganas, si su estrategia es la de la araña o que con eso se conforma.

Me quedo con una sensación extraña. No sé si me gustaría tener algo con él o si me alcanza con saber que él está ahí y puedo llamarlo cuando quiero.

Me siento un poco menos sola dentro de mi soledad.

30 de octubre

Ayer fue a cenar a lo de Marcela, su hermana del alma, 80 años. Cincuenta que se conocen. Me gusta que siga haciendo su vida sinmigo, me habilita a hacer la mía. Ninguna de mis amigas sabe que sigo saliendo con él.

Hoy me invitó a cenar a La Fonda del Polo, la mejor carne de su barrio. Los mozos lo conocen por su nombre.

Después me muestra el PH en dúplex donde vive, su escritorio, la mesa de carpintero, el dormitorio en el piso superior. Muy delicado, se planta en el borde de la escalera. Está en mí avanzar o volver a la cocina. Puso agua a calentar. Al bajar me hace quedar sobre un rellano que hay antes de un escaloncito que baja al living y se pone para que lo abufande. Mientras lo hago junta sus manos por detrás de mi espalda y me retiene bastante más de un minuto. Lo dejo.

Así hasta que me acuerdo de que ayer era jueves y que hoy tenía que levantarme temprano para ir a mi grupo. Además, me tocaba coordinar a mí. Tengo que volver, dije. No hace la menor maniobra por retenerme.

Camina adelante por el pasillo de los departamentos.

Espera bajo el marco de la puerta a que arranque el auto. Mano levantada.

13 de noviembre

Ahora ya es casi viernes y se quedó dormido en mi cama. Fue un día largo, para los dos, y a la tarde, cuando respondí uno de sus mensajes, se me dio por invitarlo a tomar una sopa a casa. Nada, no traigas nada, le ordené, dejá que una vez yo me ocupe de todo.

Llega con un Alma Mora. Él no bebe. A lo sumo se sirve dos dedos y los baja de a sorbos cortos. No quiere mezclar. Durante el

día da dos o tres pitadas de porro. Dice que también puede colocarse con un click mental.

Comemos en la única mesa que tengo, la ratona del living, frente al sillón. Él se acomoda en la sillita matera y calienta las manos con el cuenco de barro. No usa la cuchara. Después me pide una naranja. La pela impecablemente, un corte horizontal arriba, otro abajo, el cuchillo va y viene sacando lonjas de cáscara. Después la troza y se lleva a la boca los gajos con el tenedor. Al más carnoso, lo mete en su copa de vino, intacta, y me la ofrece.

Camina sobre las rodillas, se acerca al sillón, hunde su cabeza entre mis tetas. Besa el huequito. Me pasa la lengua. Sube hasta mi boca. Sus labios chupan los míos.

Lo llevo de la mano al cuarto.

Me coge. Lo dejo. Sus dedos saben dónde tocar. Se le baja, se le sube. Vuelve a metérmela. Termina sin jugo. Los rayos bombardearon mi próstata, comenta como si dijera uy está lloviendo. El rato que se queda adentro es flotar en agua tibia.

No podía pasar mucho más tiempo sin que lo hiciéramos.

¿Tengo que volver a casa o puedo seguir acá hasta mañana a la mañana?, pregunta. Al volver del baño, me atrae hacia su cuerpo. Quedo de espaldas.

Hoy, cuando despierto, ya no está. La cocina reluce como si recién se hubiera ido la empleada.

Faltan dos semanas para que termine el año y salgamos del modo docente-alumna y docente-alumno. Venimos haciendo todo lo posible para que lo nuestro no se comente.

Durante el brindis de Fin de Año en la fundación ninguno de los dos da ningún indicio en público. Fuera de eso, el resto también dentro de lo esperable. Una noche en cada casa, salir una vez en su auto, la otra en el mío. Más que franeleo, mucho abrazo. Más que altas performances, mucha ternura. Todo lo más práctico. Quedar abrazados después de hacerlo, irnos despegándonos a medida que nos quedamos dormidos, entrecruzar las piernas. Comer lo que hay.

Por abrir una botella de vino es capaz de subirse al auto y manejar hasta encontrar un chino abierto. Discutimos mucho sobre algunas cuestiones políticas y las diferentes lecturas que hacemos de los hechos. Algún teatro con cena posterior. La invito a remar. Le gusta tirarse al agua desde el bote.

3 de diciembre

Mientras nos bañamos en el río le pregunté dónde pasaría las vacaciones.

Hasta marzo club, después voy por una semana a España.

¿Solo por una semana?

Mi editor catalán quiere que presente el libro de la bici en Barcelona, Madrid, Valencia, no sé dónde más. Después me voy a ver a mi hijo a Brooklyn.

Para esa misma época, yo planeo viajar a Francia a ver a mi hija y a mis nietos.

2016

3 de marzo

Le encanta que lo consideren autor, lo entrevisten y escuchen sus explicaciones, entre naifs y sabihondas. Se le agrandan los ojos achinados. Por más que quiera evitarlo, el interés comercial, ayudar a que sus libros no sean un clavo para Kairós, se le mezcla con los deseos de comunicar lo que descubrió. Su editor, la chica de prensa, Guenter, su agente alemán que vino especialmente a Barcelona, Joan Garriga que lo prologó… todos actúan según un montaje preestablecido. Ahora o nunca. Sembrar, nunca se sabe… Les agradece la movida, le dicen que él, o su trabajo, lo merece. Yo me organizo salidas sola. Mirá por los dos, me pide.

Susana decía que no había que publicitarse, que el trabajo sobre sí debía autopromocionarse. Que no había que inducir a otros a tomar la decisión, solo estar disponibles cuando vinieran. Si venían. Y después no hacer nada por retenerlos.

Otra vez me veo en el rol de acompañante de hombre al que lo invitan por lo que hace, no por quien es en esencia. O lo saben y por eso. Otra vez escucho mi voz de aprovechá gaviota. Me gusta vivir en un hotel desde el que se ve todo el puerto de Vigo, en el centro nocturno de Valencia, y ser guiados por ciudades que visito por primera vez, alojarme en un hostal estudiantil en Barcelona…

Cada mañana la chica de prensa le pasa la agenda del día. Sin mí se siente más cómodo, menos observado, y se larga más. Solo le prometí ir a la presentación en el Institut Gestalt. Y cumplí.

Me quedé en una segunda fila, establecí complicidad con su agente, le escuché decir más o menos lo de siempre. A los que esperan que diga algo espiritual, les habla del pedaleo, de lo que

ocurre en el cuerpo, en lenguaje bien de barrio. A los miembros del club de ciclismo de Vigo, les habla en modo zen. Va directo a los puntos clave. Conmigo hace lo mismo. Me cambia permanentemente el personaje. Como si no quisiera que lo atraparan.

Después, entre vinos y varios tipos de aceitunas, alguno de sus amigos me pregunta cómo es mi trabajo y le doy una idea. Él siente que mi explicación dice poco y agrega que el Sistema entra por el cuerpo y llega a lo trascendente. Sigue un poco más hasta verme la cara.

Me saca que hablen de mí por mí. Prefiero llenar mi copa con un vino torrontés que jamás me compraría.

Eso. ¿Qué mierda hago yo aquí? Otra vez al lado del mismo modelo. ¿Otro Figuretti…? No, esta vez no caigo.

Se acostó tarde, pensé que estaba enojado conmigo porque lo había atacado cuando dijo que perdimos las elecciones por culpa nuestra, no porque nos hubiera ganado Macri. Se quedó escribiendo en el hall del hostal. O haciéndose el ofendido. Como haya sido, apenas llegó a la cama me pegué a su espalda y sin decir nada empecé a respirar a su ritmo, también se la agarré y la tuve un rato largo entre los dedos. Despertó hablando como si fuera un bebé, frases como upa, quiero teta.

Hace cuatro días, al volver del bar, nos parecía estar adentro de una película romántica: ella con el piyama de señora rica que le regaló su nieta, yo envuelto en una robe de chambre blanca impecable. De repente me recrimina:

Creaste una situación incómoda para mí. Si yo hubiera querido decirles algo más, lo hubiera hecho. Vos ocupate de tus cosas, yo de las mías. Prefiero pasar de discreta que por una imbécil que no sabe hablar, etc. No me interesa que me conozcan a través de lo que hago.

Son mis amigos, te quieren incluir. No solo les gusta saber en qué ando, también con quién.

Aunque haya aceptado acompañarte, cada uno es cada uno. No me pongas en el papel de pareja también exitosa.

Lo dijo y calló.

¿No querés que te conozcan?

Si quieren saber de mí, que me pregunten ellos… ¡La concha de tu hermana!

Se mete en la cama, como si no hubiera pasado nada, y desde ahí, displicente, comenta: Necesitar y no necesitar al otro. Algún día tendrías que escribir sobre esto.

Cuando repite Escribirlo para darte cuenta, le cambia la cara. Parece acordarse de algo. Sentate que vamos a aclarar otro punto, ordena.

No quiero que tomes nada de mí ni de lo que pueda haber entre nosotros como base para ninguno de tus artículos, libros, posteos, lo que mierda fuera. Y si lo anotás, que no puedo impedírtelo, que no salga de tu agendita. Grabátelo como si lo tuvieras escrito con mayúsculas.

Sigue: Sí, y no pienses que cambiándome el nombre no me voy a dar cuenta, ni que tomes cosas que vivimos juntos y las edites con otras experiencias que tuviste por ahí. Nada. Y ya que estamos, tampoco quiero que divulgues públicamente que estás o estuviste conmigo, nunca. También te prohíbo que subas ninguna foto en las que estemos juntos. Ninguna.

Lo que me pide me deja inmóvil. Solo para confirmarlo le pregunto:

¿Vos querés que te ignore…?

No, pelotudo. Quiero que me cuides.

¿De qué…? ¿De quién…?

De mí, de vos. No me conviertas en otro de tus personajes.

Siempre algo se inmiscuye… Tuviste otros autores…

Por eso mismo te lo pido antes.

Ella bautizó Eladia a mi Mac. No me atrevo a abrirla, tampoco a la libretita negra. Siento el gusto de la saliva.

La frontera es cuando aparece ella en mi historia. Acepté que nunca usaría nada de ella ni de lo vivido con ella en ningún escrito. Ahora mismo estoy trasgrediendo el acuerdo y se lo diré: Voy a usar tu aceptación total de que a veces no se me para la pija. Y agregaré algo que puede encularla: Cuando ocasionalmente hacemos el amor, siento la misma satisfacción que cuando se me paraba. No sé aún si en mi proximo libro (¿*Prosa caníbal*?) voy a incluir su comentario: Con ese poquito de pija me alcanza, más sería demasiado para mí ahora.

Tampoco sé qué porcentaje de mí quiere conocer. Al no poder contarte cosas de este mundo donde paso tantas horas por momentos te siento lejos.

En verdad, tendría que agradecércelo. Me contagia independencia. Ergo, puedo escribir con más libertad.

Hasta las cuatro de la mañana no vuelve a la cama. Se arrima de espaldas para que la abrace. Con esto me alcanza, me dice.

7 de marzo

Tren por las montañas de Cataluña. Quiero dejar de pelear. ¿Contra quién peleo? Contra mí, que si sigo así nunca podré escribir lo aprendido de Susana. Esto ya lo logré en el trabajo, con alumnos y coordinando a pares. Me gustaría dejar de luchar contra eso, me lo debo. Necesito poner lo mío en lo aprendido.

Eso es todo. Es su fórmula. No tengo su perseverancia.

Cafetería Ruta Mariana, al costado de la Plaza Santa María. Aquí quedamos con mi prima española. Ya está por empezar la visita de las 11 en la Basílica y si esta no viene me pierdo de ver a la Virgen de Montserrat. Esta también me la debo. Mi segundo nombre viene de esa rama.

Faltan dos semanas para su día (21-4). Los preparativos ya contagian el espíritu. En ninguna leyenda veo que es la patrona de

los delincuentes. Soy la anteúltima de las ciento cincuenta que podemos entrar en cada visita.

Adentro:

La coordinadora se demora en la iconografía y con cuentitos históricos. No vengo a evocar, vengo a conectarme a través de ella. En su piel negra encuentro mi negritud.

¿Vengo a ofrecerte mi desolación o mi libertad?

En una mano la Virgen sostiene el cosmos. Apenas entro en contacto con la energía que le entra por la mano, la coordinadora ordena que nos levantemos y la sigamos hacia las cuevas. Fui, pero me quedo con ganas de más Virgen. Al salir tampoco encuentro a mi prima en la cafetería. Su último mensaje decía: Vengo demorada. Entendí que estaba viniendo.

Vuelvo a entrar con el grupo de las 14. Apenas me siento, me empiezo a escuchar.

Frases como: Puedo esperar todo lo sea necesario, No quiero plegarias, Yo soy la niña sentada en su regazo.

Solo le digo que a Figuretti no lo quiero solo por un rato.

Pierdo el tren de vuelta. La coordinadora me invita a su casa.

París. Café Les Éditeurs. Ella salió de compras con su hija, yo me regalo pasarme una mañana frente a una ventana. Carrefour de L'Odeon no es cualquier calle. Miro nevar.

Cinco minutos antes de las 11, hora en que combinamos que pasaría a retirarme, compruebo si salieron los mails que envié y descubro uno dirigido a mí. Asunto: Tomate. Sin ningún mensaje. Solo un adjunto, también llamado Tomate.

Llega sola. Me muestra un tapado negro. Me lo pasa. Mientras acaricio la tela, ella gira la compu hacia su lado. Quiero comparar el precio, justifica. Al volver del baño veo que lleva puestos los borcegos de charol que le regalé para el cumple.

Toda la semana dormimos en el cuarto de su hija y su yerno. Durante el día cuidamos a los chicos. Ella le arma el tren eléctrico a

su nieto. Se deja pintar los ojos por su nieta. Los dos me miran sin saber quién soy. Deliberadamente, ella no les explica nada.

10 de abril

Volví a Buenos Aires. Sola. Figuretti trianguló la vuelta por Nueva York. Hace dos años que no visita a su hijo, todavía no conoce a su nieto de año y medio. Volverá en una semana. Raro de pasar de dormir juntos quince días seguidos a no tenerlo al lado. Mi departamento sin cosas suyas me recuerda algo que no quiero recordar y tampoco sé bien qué es. Necesito unas vacaciones de madre y de mujer unida por algo a un hombre. Retomar rutinas, recuperar ritmos, hacer un poco de oficina, pagar tarjetas.

Reviso los mails que se juntaron, respondo algunos, borro los que no me interesan. Al bajar, el cursor queda en uno que me envié desde su cuenta, lo del tomate. Lo escribí en Barcelona, un día que una monísima catalana de la RAE pasó a llevárselo para filmar una entrevista en bici y preferí que fuera solo.

Me intriga lo que pude haber puesto. Abro el adjunto Tomate. A medida que leo, corrijo como lo vi hacer a él. ¿Te das cuenta?

Cada día la tengo menos presente. Mi hijo y su mujer quieren saber de mi nueva partner. Me alojo a dos cuadras de ellos. Varias noches me piden que les cuide al baby y salen. O me lo dejan un rato en la cafetería. Es el otro de tus abuelos, le dicen para convencerlo. No es algo que al chico le importe saber. Más le interesa el capuchón de mi Lamy. Me la saca del bolsillo de la camisa y la mordisquea de costado.

Tomo el metro a Manhattan y vuelvo a mis cuadras favoritas. No la siento caminar a mi lado. Tampoco dialogo con ella. Pienso en ella y dudo: ¿Me copo o no me copo? No la necesito. Me gusta. La quiero. Sí, la elijo. Me gusta el personaje que soy con ella.

Ser su compañero es más que ser su novio.

24 de abril

¿Qué significo yo para él, que dice aceptarme tal como soy? Si no me conoce… ¿Qué le muevo? Anoche cuando llegamos y abrí el Don David que compramos en el chino de abajo, se lo pregunté. Dijo algo así como que mi no transar le sirve de referencia.

Desconfío de sus intenciones. Odio que me tomen como ejemplo, que me reconozcan, que quieran entrar en mi escondite. ¡No soy ninguna llave! ¡Por favor, no me admires! Buscá otras formas de castigarme…

¡No quiero ser la que te incentiva a más!

Todo le parece bien, comprende cualquier cambio de planes. Le confío los miedos que me alejan de él: hace lo que quiere. Años atrás hubiera sospechado que tenía otra.

Aceptó que viajemos a algún lado apenas pase el frío. Y agregó: Una vez que termine este libro.

Siempre tiene uno, empezado o por terminar. Puso todo el adelanto que le dieron en nuestro pozo común.

Papá siempre quiso ir a Cerro Colorado. Le digo y se prende al toque.

Solo mueve las piernas, como si las hiciera flotar a centímetros del piso. Del torso a la cabeza es una pieza única. Cuando toma velocidad, abre los brazos a media altura. Y baila entre sus alumnos.

Su forma de moverse no es caminar ni bailar. Se desliza.

La imito. El aire me lleva. Nunca había probado este paso.

El Sistema es una metáfora, le digo al despedirme. Sonríe y por lo bajo me pide que me quede. Sí, el cuerpo es una metáfora de lo que hace la mente, dice al pasar y sigue juntando bártulos.

Falta una cuadra para llegar a su auto cuando ella dice: Lo que quería decirte es que no voy a ir más a tu grupo, la escritura es tu

lugar.

Siempre existe la posibilidad de que alguien deje el curso, en su caso me confronta con nuestro vínculo.

Yo sí quiero seguir en el tuyo, le cuento.

Es tu responsabilidad, dicho en tono exageradamente sardónico.

Pedaleo para acá cuando su auto me pasa y a través de la luneta veo su mano saludándome.

¿Habré hecho algo que la puso en alerta? Siempre tiene un plan de huida.

¿Sabrá o no sabrá esta mujer de lo que soy capaz de ~~hacer~~ ser cuando un carnero se me pone adelante?

30 de abril

Cómo contar que esa tarde, la tarde del tomate, más temprano, yo era un animal que se arrastraba y gemía, y era pura hembra en celo y no podía dejar de serlo, como un lejano observador mío pedía. Cómo contar que gracias al amoroso cuidado y al agüita que me tiraron en la cabeza, agüita es un decir, porque fue casi un baldazo… pasé a ser una mujer bella, humana, plena, que unía la Tierra con el Cielo y era parte del Todo. Que desde ese lugar de integración, producto de más de ocho horas de trabajo en el monte, pude encontrar ese tomate que dejaron al final del día y percibirlo así, como el corazón de toda existencia.

Tengo pudor. Yo misma me metí con estos temas que no cuento nunca, que no se cuentan. Shhh. ¿No se cuentan? Así me enseñaron con su silencio mis maestros. El chiripiari shipibo me dijo: No podés ir más lejos de lo que tu cuerpo soporta… Eso es todo lo que me dijo en nueve días de trabajo en la selva… Silencio.

Lo que no puedo contar es la avidez por ver más allá, la necesidad de hacer estas experiencias. ¡Necesitar es la palabra justa! ¡A mí no se me presenta lo numinoso meditando o por pura sensibilidad! ¡Soy gallo que no se cuece en el primer hervor! ¡Ni en el segundo! La experiencia a partir del cuerpo físico es la puerta de

entrada a otra conciencia. El aquietamiento del cuerpo no es mi vía y ese deseo de acceder y ese imposible me llevaron a buscar por ahí. Luego se despiertan los otros cuerpos.

Veo sus caras, la atención amorosa que ponen al escuchar. Siento que escribo para quienes estoy conociendo de una manera tan nueva para mí.

El corazón tiene presencia.

Mail a ella. Conmovido por lo que contás y cómo lo contás. Bellísimo… preciso… conmovedor… Qué claridad emocional… Si este tipo de prosa era la que buscabas en el taller, a mi entender ya tenés el registro… Por ahora no tocaría nada. Circulalo, así como está, a todos los Membrana, o leénoslo el primer martes que nos reunamos, como prefieras. ¿Vas a venir a despedirte del grupo, no? Abrazo.

3 de mayo

Cuando terminé de leerlo, nadie se atrevió a decir nada. El silencio duró medio, uno, tal vez dos minutos. Él estaba en la otra punta de la mesa. Se acercó y me pidió que me levantara, y delante de todos, cerró los ojos emocionado.

¿Se abrazó a mí? ¿Lo abracé?

Me dan ganas de llorar, yo también, de alegría. Pude escribir sobre la planta. Un montón de brazos y cuerpos nos rodearon y abrazaron con tanto calorcito, no sé qué más pasó después.

Acaba de entrarme un mensaje de mi ex. Me acusa de haber tenido algo con una amiga de los dos. ¿Cómo se demuestra que uno no tuvo algo con alguien? Con alguien que los dos sabemos que sí escarceó con otro amigo.

¿De dónde lo sacaste?

Me lo dijo una pacienta.

Creo que tu pacienta no me quiso joder a mí sino a vos. Punto.

Llego a Milderman con la tensión que me deja ese contrapunto de mensajes. Ella lo nota antes de que me acerque a saludarla. Sus ojos dicen: No aplaqués. Ocupate.

Bailo con la presencia de mi ex delante. Le hago todas las muecas que me salen, uso su mandíbula de puchingball, la pisoteo, camino sobre ella sacando la cola como ella, le imito gestos que hace con la cara, me burlo de su desdén como si ella me diera repulsión, me arrodillo y le pido: Por favor, soltame, soltame… Sacame tus fantasmas de encima… Bailo un vals con uno de esos fantasmas, el de sus celos, y al cambiar la música a *Malevaje*, cantado por una mujer, le doy una patada en el culo como cuando el arquero quiere que la pelota llegue al otro arco. No me importa lo que estén viendo mis compañeros en mí. O sí. Me importa, y por eso mismo exagero las mímicas. Bailo con una, bailo con otra, me tomo de los brazos con alguno de los varones y caricaturizamos un minué, después pegamos nuestros pechos y nos movemos juntos.

Tras pasar por cien o doscientos estados diferentes, la mayoría imposibles de recordar, llega un Vangelis (¿*Le singe bleu*?) suave, y todos nos acostamos donde estamos y dejamos que el piso soporte nuestro peso.

En medio de la relajación me viene a la mente su escrito. Una frase, en especial: *todo lo que nunca pude contar*. Para mí es todo lo que me impidieron/me impedí/me impido aún soltar en el cuerpo.

En casa nadie se soltaba. Ni los viejos ni mis hermanos expresaban ninguna gran alegría o una bronca. Nadie hacía piruetas ni morisquetas. No jugábamos físicamente, no cachorreábamos, no nos abrazábamos, no bailábamos entre nosotros. A lo sumo en vacaciones alguna noche nos dejábamos ir con la música, tirados en las reposeras. Ni en broma hacíamos lucha libre. No saltábamos, no nos revolcábamos ni sobre la alfombra. Ni la lengua nos sacábamos. Ni siquiera éramos conscientes de que no manifestábamos las emociones. Nunca nos dijimos te quiero.

¿Vamos a tu casa o a la mía?, le pregunto al salir de la clase. Me parece que tendrías que volver a la tuya, dice y me hace un poquito de bufanda. De una mano le cuelgan las llaves del auto. No hay

beso. Aprieta la alarma, abre la puerta, se mete adentro. Todavía estoy viendo a su auto alejarse por Soler.

Me pregunto: Vivir juntos… ¿para qué, no? Si así…

Ojo: si ella pone la distancia y yo mi abandono, esto se va a pique.

Aquí estoy, mujer, con Eladia encendida sobre la falda. A puro word. Abrazo y enter, me despacha él a las 01:23.

Mi respuesta sale a las 08:11 de hoy: El modelo constreñido se nos hace engrama. El tuyo necesita muchas más horas de expresar con el cuerpo. En el Sistema a eso lo llamamos permitirnos sacar personajes. Montones de personajes viven en nosotros sin que los dejemos salir a escena. Un verbo tal vez te pueda ayudar a evocar esa necesidad: payasear. Repetítelo en infinitivo. Como un mantra. No, mejor hacé como si tuvieras una pelotita de ping pong roja en la punta de la nariz.

Dice que lo llevo escrito en la cara, en las palabras que digo de manera inconsciente, en lo que muestro, en cómo me comporto. Y que yo no puedo observarlo.

Dice que mis creencias disfuncionales se proyectan en mi campo de energía y sabotean mis esfuerzos por crear el tipo de mente que mi mente busca desesperadamente.

Todo porque en casa no hay vino y debimos ir a comprarlo a un restorán del barrio. La botella que trajimos ya está por debajo de la mitad.

Dice que soy una señora amarga, como la tónica con un dedo de Cynar que me preparo.

Dice que de repente se pregunta quién es este tipo, qué hace en su vida, para qué estoy con él. Se refiere a mí.

Que ella peleó mucho su espacio de autonomía y no querría tener que remontarla otra vez.

No, no voy de víctima, dice, me sobrevivo. Y no sé hasta cuándo podré seguir haciéndolo si me salgo un poquito así de mis rutinas de sola.

Cuando logro meter el corcho en la botella, ella entrecierra los ojos y me pregunta: ¿Vos estás hecho para encajar en mi vida?

No sé si por el estado en que está o porque de veras le preocupa saberlo, me pide que lo piense bien.

¿Estás hecho para encajar en mi vida?, repite. Porque yo en la tuya todavía no.

Y aprieta la copa vacía con las manos.

10 de julio

Papá con una hija como yo, que lo supera y sabe unir muchos puntos del dibujo sin necesidad de números. Yo lo animé a arriesgar el ansia. El ansia en él aparecía como viajar, subirse a un ómnibus de larga distancia y aparecer en La Quiaca y recién ahí, al bajar, ver qué hacía en ese paraje.

Mamá le pedía que no lo hiciera más, que era una inconsciencia. Mis hermanos me culpaban de su locura. Estaban convencidos de que yo lo había inspirado.

Nunca les conté lo que siempre papá me pedía. Que en el momento en que me lo pidiera, le diera pastillas de cianuro con whisky. Sos la única que puede conseguirlo. Me lo rogaba.

Yo estudiaba y trabajaba de visitadora médica, él lo sabía. Yo era la única que podía comprenderlo sin cuestionarlo.

Yo ya sabía que el hijo sana al padre como vía de sanarse. Pero de ahí a matarlo…

Paso la semana entera limpiando escritos de los últimos años. A medida que los termino de peinar y guardo en un archivo común, compruebo que van creando un libro propio.

No sé si me gusta, si se va a entender. Olvidé lo que me gustaba a mí. Tampoco entiendo su sentido profundo. Mucho menos, lo que vengo viviendo.

¿Hasta dónde es necesario gustar a los demás? A veces, logro poner a los demás entre paréntesis y me animo a lo que va saliendo.

Sin importarme lo que quede escrito.

El único destinatario de archivos como este es esta parte de mí olvidada.

En los formularios, como no me animo a poner escritor, elijo editor o gerente editorial. Tampoco me considero un artista. Todavía me da cosa pensarme como tal. Busco maneras de disimularlo.

17 de julio

Lo que transmití de la planta se liga directamente con las clases de movimiento. La actividad, lo que yo llamo nuestro arte efímero, se toca muchas veces con lo inefable, ese estado donde la armonía del Ser con el Todo se hace presente.

Me cuido mucho de las palabras que le pongo. Solo las menos posibles y confiar, como en los trabajos con plantas sagradas en el inconsciente, en el proceso subterráneo. Y solo portar la experiencia en algún lugar recóndito de la conciencia.

Ahí también con su silencio la planta me enseñó a callar.

Me galopa el corazón.

¿Amigovios… amantes… maestra-alumno con derecho a roce… viejos garchadores que ahora hacen lo que pueden… compañeros de camino… enemigos íntimos… hijos de distintas épocas de Susana… gladiadores que bajaron las armas… cómplices…?

Nos une el amor y el espanto, y somos la y griega. Me lo dice a 130 km por hora por la ruta 14, ya entrados en Córdoba. El jeep tiembla tanto como mis piernas.

Vinimos a Traslasierra a buscar un lugar para el próximo verano. Nos ofrecen una casa sobre el Camino Real. Es enorme. Alquilémosla y que puedan venir nuestros hijos, sus parejas, nietos, tus hermanos con sus mujeres… Una semana cada uno, cabemos todos, dice. Todavía no tocaste un euro de los anticipos que te consiguió tu agente, acota ella.

Una vez que señamos la casa, seguimos viaje rumbo a Cerro Colorado. Yupanqui todo el tiempo en los parlantes del jeep. Su papá también lo amaba. Ella canta sobre el audio.

La noche nos cierra el camino. Estamos en San José de la Dormida, faltan cincuenta kilómetros. Paramos en el primer motel donde vemos luz. Una hilera de cuartos fantasmas con las ventanas cerradas. Catre doble, mesita, silla (una), ducha junto al inodoro.

Conocer la casa de Yupanqui es un sueño que tengo desde chica. Vos me ayudás a cumplirlo. No me importa que estemos en este hotel de mierda, dice feliz.

Sentado frente al arroyito donde Yupanqui compuso tantas canciones, ahora la escucho soplar en la quena. La quena parece venir de lejos. Suplicarle al aire, pudo haber escrito él en este mismo banco.

Día siguiente. Hacemos la plancha en la laguna de Mar Chiquita.

¿Dónde estamos?

¿Quiénes somos?

¿Qué nos une?

¿Ves que la emoción es más intensa que cualquier explicación?

11 de septiembre

Volvió a llevarme a su club en Tigre. No quiero salir a remar. Me quedo en la quinta, como un lagarto dejando que el sol cierre llagas, viejas y nuevas. Me duermo escuchando hablar a viejos carcamanes reaccionarios. Desespero por levantarme y gritarles: ¡No se dan cuenta de que hay pobres, que gracias a ellos ustedes pueden estar aquí y tomar vino rosado! ¡Las cárceles están llenas de rateros mientras los grandes rateros como ustedes controlan el mundo!

Huyo o me broto.

Salgo del club, cruzo la calle, camino por la costanera del Luján. Me acodo en la baranda de la ribera y miro un rato cómo los botes luchan para evitar las olas cruzadas que dejan las lanchas colectivas.

El río me pregunta qué fue de vos, qué vas a hacer de vos, y no puedo resistirlo. Vuelvo a la reposera del club. Por suerte nadie me nota brotada, igual me tapo con la toalla.

Él me encuentra ya vestida, hablando por teléfono adentro del auto. Ni por asomo se imagina qué me tiene así. Al entrar acomoda en el asiento trasero una caja con vinos.

Son de la misma bodega del rosado que tomamos durante el almuerzo. Un socio del club es dueño de la bodega y lo vende al costo, dice sin mirarme.

Por el camino escuchamos música random. Tal vez estemos juntos para momentos como este.

Estamos en su cama cuando pido que me aclare:

¿Cómo…? ¿No era que íbamos a aceptar al otro tal cual es, sin cuestionar nada ni querer modificar nada del otro?

Sí, pero el pacto admite que uno se pueda cansar, o aburrir del otro.

¿Y gritarle?

Sí.

Gritame todo lo que quieras. Después, cuando no tengas nada más que reprocharme y echarme en cara, veré qué hago.

Me viene gritando: ¡Vos nunca vas a terminar de cortar con tu ex! ¡Vos no querés separar los departamentos, le tenés miedo! ¡Miedo a que te siga dominando con sus neuras! Te tiene agarrado de aquí. Y me las agarra con las dos manos y zarandea como si quisiera arrancármelas. ¡No te hagas el idiota… que lo sabés!, sigue gritando.

Bastante razón tiene. Solo puedo hacer las cosas paso a paso.

Le repito que hace tres años vendí la Gol que teníamos, que el año pasado logré separar las cajas de seguridad. Antes de que termine el próximo año liquidaré la editorial y le daré su mitad. Y a medida que se venzan los contratos de los departamentos, veré cómo está la situación. Tampoco los voy a malvender a cualquier precio con tal de cortarla. Tu apuro es tu apuro, mi tiempo es este, le remarqué.

¡Nunca la vas a cortar!, dice con desdén al soltármelas, y se acurruca lo más cerca que puede. Ella espera que la abrace. La abrazo suave. Pongo mis manos donde más le gusta sentir la presión. Se deja tocar, se afloja, se va entregando.

Sus ronquidos, de improviso, me avisan que ya duerme. En cada uno parece desahogar algo. Son ásperos, nasales. Cada tanto uno estertóreo altera la melodía. El ruido que sale de su garganta la despierta exaltada.

No me molestan, tranquila, le susurro.

Vuelve a dormirse y ronca más suave. La imagino niña, en su cama. Miro cómo duerme y confirmo: efectivamente es una niña.

El problema de dormir juntos es que tiendo a no hacer todo lo que haría de estar solo. Tampoco dormir con ella en mi cama es lo mismo que dormir en la suya. Necesito anotar unas ideas que se me cruzaron mientras remaba, no quiero que se me borren de la mente. Abro Eladia, bajo el brillo de la pantalla casi al mínimo.

Todo amor es un acuerdo instantáneo. Mañana va a adoptar otras palabras. Mañana serás otra mujer en la que fuiste, también yo seré otro hombre en éste que te mira. Amar es reconocer esa actualización del relato.

El suave toc de las teclas hace que se dé vuelta y apoye la cola sobre mi riñón izquierdo. Entonces bajo la tapa de Eladia, apago el velador y las mismas manos que escriben esto toman cada una una de sus tetas y las aprietan.

A la mañana dice: Estuviste escribiendo toda la noche, seguro.

2017

1 de enero

Si hubiera sido al revés, él manejando mi auto, lo hubiera acribillado. Yo a él. No sé cómo se bancó lo que hice. Me distraje con la silueta de un monte recortado sobre el atardecer y no vi al perro que se cruzó. El golpe y pasarle por encima casi nos hacen volcar. Me pidió que no fuera a más de 110, venía a más. El jeep cargado hasta el techo. Al minuto él vio una luz amarilla en el tablero y me dijo: Pará ya mismo. Radiador roto. Justo a 149 km de Buenos Aires. Balizas, y esperar al ACA en la banquina. Oscuridad, abrazo, mosquitos. Cero reproche de él hacia mí.

La idea era dormir en el camino y llegar a Villa Las Rosas al mediodía del 31. Quizás nos lo arreglan en San Nicolás, dijo. La grúa llegó en dirección contraria, con otro coche ya cargado, y nos informó que solo podría llevarnos de vuelta a Buenos Aires. El mismo camino al revés, apretados en la doble cabina de un camión frontal, junto a otra pareja con dos chicos. Y el prende apaga de las balizas amarillas. El chofer no paraba de silbar. Dejamos el jeep cargado en el segundo piso del ACA y volvimos a casa.

Nos levantamos temprano, le cambiamos los neumáticos al mío, pasamos todas las cosas dejadas en el jeep, lo llevamos en otro camión hasta lo de su mecánico, volvemos a la ruta.

Ni una sola palabra de reproche por mi distracción, ni por no poder viajar a la sierras con su 4x4, ni por lo que le costará el arreglo. Un estoico. Yo lo hubiera matado.

Todos los negocios y bares de Río Cuarto y los alrededores estaban cerrados. Las 12 del 31 nos encontraron comiendo en la plaza unos

sándwiches desabridos, los últimos que quedaban en un puesto callejero. Brindamos con latitas de cerveza.

Harta de todos, farfulla al despertar de la siesta. De sus hijas, de mis hermanos. ¿Para qué llenaste la casa de familia? ¿Llenaste…? Fue tu idea que los invitáramos, le recuerdo. Tendrías que habérmela bochado de cuajo, y venir a Córdoba los dos solos, a lo sumo unos días con tu hija y mis nietos.

Todos entienden que nos borremos hasta la noche. Estacionamos su auto en Los Molles y subimos por el agua de un arroyo, agachados, abriéndonos paso entre las ramas.

La olla que nos gusta queda bien arriba. Al llegar, ella trepa hasta un peñón de rocas. Parada en la cima, alza los brazos, abre los ojos y le canta una baguala a la montaña. Su figura se recorta frente al cielo. El contraluz y los rayos anaranjados del sol se filtran entre las ramas. Sí, ella es una aparecida.

Cambio rápido de foto a video en el celu. Ella ya tiene la quena en la boca y los dedos en posición. Todavía no saca sonido. Humedece con la lengua la hendidura, estira los labios hacia la boquilla. Se anuda una tira incaica alrededor de la cabeza.

Sus soplos no logran que la membrana vibre. Insiste tres o cuatro veces, finalmente consigue un sonido. Soplo a soplo, va dando forma a una melodía sobre un fa ronco, cada vez más agudo. No sé qué es, pero irradia la profundidad de una súplica ancestral. El sonido de la quena acompasa el de la cascada.

Me saco la malla y me acomodo para que el chorro estalle sobre mis cervicales y la cintura. Estoy en pleno dolor-gozo cuando se acerca ella, también desnuda, solo con las zapatillas de agua. Camina en puntas de pie sobre las piedras. Se tira de cabeza. Al salir apoya las manos sobre mis hombros y salta como una nena.

En casa se muestra excesivamente sociable con todos. Mucho más cortés que siempre. Pregunta si están para que abramos los champanes que nos trajeron. Antes de que se definan, ya sirvió todas las copas. Se reserva la más grande. Espera que las burbujitas se aplaquen y la llena hasta el borde.

Descubre mi mirada.

Es para los dos, me dice. Y se va con la copa por ahí.

A menudo me hace pensar que no la conozco.

En la mesa el tema es si Bergoglio puede o no jugar de operador político. Mis hermanos sostienen que sería darle mucho poder a la iglesia. Algo de lo que dicen vuelve a enojarla y sale a caminar por la oscuridad.

22 de enero

El pobre no entiende nada de esto porque lo vivió desde otro lado. A los diez años lo llevaron al desfile de la Avenida de Mayo para celebrar el derrocamiento de Perón y el gorilismo anti le impregnó el cerebro. Aunque su familia simpatizara con el socialismo, de hecho eran clase media capitalista. Y clase media en lo profundo es liberalismo encubierto. La clase media coquetea con el peronismo original, repite nuestras consignas porque quiere ser políticamente correcta. Pero no está dispuesta a ceder ninguno de los privilegios que la separan del pueblo. Todo <u>contra</u> en el fondo es un procapitalista.

A pesar de su zen y su exjudaísmo, él está más cerca del protestantismo que del cristianismo.

No entiende para qué lo despierto a las 4 de la mañana. Sí, me parece importante hablar del pueblo a esta hora. Lo que quiero decirte merece que nos desvelemos.

Rodeo sus brazos con los míos y le impido prender el velador.

A ver si entra en tus esquemas que hay un peronismo mítico, fundacional, y en él los pobres representamos el pueblo elegido, le explico.

Nosotros somos el pueblo, los buenos. Los otros, ustedes, y todos los que no lo entiendan así, son los malos, los antipueblo. El pueblo es el arquetipo de la pureza, la propiedad privada es el del saqueo. La idea de lo nacional católico, el peronismo, se opone a la clase media liberal que necesita polarizar para sobrevivir. Lo nacional

católico admite el pluralismo religioso pero no el pluralismo político. Esa es la verdadera enfermedad del país, nuestro cáncer colectivo. El bien contra el mal.

Evangelizar hoy es defender lo político como fe, la única salvación del alma, y esa manito se retira de ahí abajo.

Baigorria nos invita a su casa en el arroyo Santa Rosa. Ella rema, yo timoneo. Se hizo un mosquitero con un foulard azul y se puso los anteojos de sol por encima. Cuando los remos la traen hacia a mí me dice: Tonto. Al volver con los remos hace patito solo para burlarme. Tonto. O los sacude para que el bote se desestabilice. Tonto. Las hojas rojizas de los liquidámbares se reflejan en el canal Rompani. Tonto.

Al entrar al Abra Vieja cambiamos. Al cruzarnos se abraza a mí y me retiene. Somos una peli romántica, comento. Más bien otoñal, mi amor.

Sonríe. La veo feliz. Imagino lo que se está diciendo y le pregunto: ¿Estás preparada para vivirla? Salgo corriendo, dice tironeando de las cuerdas del timón. El bote tiembla.

Me concentro en remar. El paisaje se aleja detrás de ella. De repente me pregunta:

¿No será que vos estás necesitando un gran amor?

No quiero que se me pase por alto lo que estoy viviendo.

A mí no me interesa tu película.

Bueno, entonces la miro solo.

No me corras. Ya di esa materia, tonto.

7 de febrero

Necesito lugar para moverme. Cuando tengo tiempo libre no sé qué hacer. Se me vienen encima miedos desconocidos. Últimamente tampoco él me propone nada, solo alguna peli en el Malba o ir al Tigre. Si no es por mí, no vamos al teatro. No me es fácil dar pasos hacia él, tomar la iniciativa, me resulta extraño. Cuando me dice Hoy

no puedo, parece que quisiera evitarme. Temo perder esta seguridad. Caro pagué por ella.

Agradecé lo que nos ofrecen, escribe Guenter en un mail de su agencia. Este año vas a necesitarlo. ¿Viste las últimas liquidaciones? Aceptás y después hacés la tuya. Como siempre, sentencia.

Hoy firmamos el contrato con el capo de la editorial, el gerente general y nuestro editor. En la sala del directorio hay un fotógrafo. En un bar de por ahí, Pil, nuestro Johnny Rotten, insiste en que debo tomar esto como un trabajo, así toma él sus shows. Me alivia que Pil ponga en ese rubro lo que hacemos.

Pasamos diez días en Lima, Cuzco y Machu Pichu por cuenta de la editorial. Grabamos unas cincuenta horas de reportaje

Por mensaje de texto, ella me informa que sacó tres pasajes a Nueva York, uno desde París. ¿Tres? ¿Para quién es el tercero…? Invité a mis hijas, dice. Calma, el hospedaje lo pago en cuotas, me aclara y pregunta si puede disponer del anticipo que me dieron por el libro con Pil. Digamos que es del fondo común, le escribo. No lo tomo así como así, salta. El viaje es mío y de mis hijas, no algo tuyo y mío, en los próximos meses te lo devuelvo.

No le respondo.

Pil es la estrella. Yo, el contratado para contar su vida. Ella es como es.

21 de febrero

Lo que menos quiero es tener otra pareja permanente. Ya tuve dos matrimonios. E incontables intentos. No va conmigo. Me autoconvenzo de que quiero eso pero en el fondo quedo atrapada en el viaje del otro. Mejor sería que la corte de una vez y deje de tenerlo de aquí para allá.

Él necesita más aceptación para permitirse sacar de adentro muchos personajes a los que teme. Yo no puedo dársela. Verlo en la

clase me desconcierta. No puede conectarse con lo que siente, así nunca va a ampliar el repertorio de actitudes. Evito mirarlo.

Sé que lo estoy haciendo mierda. Mis partes complicadas dañan sus pequeñas partes centradas. Susana ni le dirigiría la palabra.

Cuando vuelva de Perú se lo digo.

Una rara sensación me persigue desde que volví. Cuando me deja en la puerta y entro a mi PH arrastrando la valija, me pregunto cómo era esto, después de haber estado tan cerca, tan metidos uno adentro del otro, casi full time. ¿Cómo sigue esto? Me lo sigo preguntando cada vez que entro.

Vuelvo a pensar en mí como alguien pendiente en lo profundo de ella. A ella debe pasarle lo mismo. No sé cómo hace para pasar de pareja a amantes cama afuera.

Minga que amantes es el participio presente de amar. No me alcanza. Por momentos se me vuelve un agujero, ahora estoy adentro de ese agujero.

Las noches en que ella tiene otros grupos, tampoco tengo ganas de encontrarme con ninguna otra mujer, ni con amigos, ni de salir solo. Ni de entrar en este agujero.

Es cierto, paso mucho más tiempo conmigo. Escucho mis pensamientos y radio de fondo. Solo música, no soporto los comentarios. Ay, lo que está sucediendo en el país.

El silencio no para de hacerme recordar cosas que dejé a medio hacer, de mostrarme situaciones que podría activar. No distingo el límite, si lo hubiera, entre la obligación y hacer lo que me gusta.

Lo peor es a la noche cuando vuelvo de mear. Entre el baño y el dormitorio siempre se me cruza algún quilombo, o quilombito sin resolver, y en la cama, después, se expande en mi mente. Ninguna de las estrategias de relax que conozco logra sacarme de esa preocupación. Como quien cuenta ovejas revivo los mejores momentos de mi vida y los miro como a una película. Abro los ojos en la oscuridad. Me la agarro con las dos manos. Fuerzo los suspiros para cansarme. Todo es peor.

En algún momento renuncio a volverme a dormir. Raro que encienda la tele. Prender el velador y abrir cualquiera de los libros que tengo en la mesa de luz me parece una forma de abdicar. En algún momento, de golpe, grito su nombre. ¿Dónde te metiste…?

Antes de que la desesperación de las 4:25 se me instale como insomnio, negocio: horas de la noche despierto a cambio de siestas en la cama, y en piyama.

Necesito hacer algo para mí. Algo que no me requiera pensar, solo acompañar. Nunca sabré qué extraña vanidad me lleva a ponerme a pasar a la computadora mis notas y apuntes de otras épocas. Al hacerlo, a veces pienso que me morí y otro los está leyendo. Ese otro, por ahora, vengo a ser yo.

En el fondo de la caja donde guardo los cuadernos y las libretas, tengo varios anillados. Leo borradores fechados hace cuarenta años.

Trato de no pensar en lo que ella me diría si me viera. Y cuando no puedo y lo pienso, me dan ganas de decirle: ¿Qué…? Si vos tampoco podés dormir.

Solo la veo en Milderman los miércoles y cuando salimos, una o dos veces por semana, o cuando me acompaña al club. No siempre el otro se queda a dormir en la casa del uno.

28 de marzo

No sabe lo que quiere. Cuando estábamos en Córdoba, por momentos abandonaba las charlas grupales en la galería y se iba con Eladia por ahí. Como si tuviera algo pendiente. Siempre le queda algún algo que lo saca de donde esté. Mail que entra, mail que debe responder al instante.

Ni se me ocurra señalarle que estamos de vacaciones.

Es parte de nuestro pacto: no meternos en la vida del otro, no opinar, no preguntar para qué lo hace, no darle consejos, admitir que el otro es grande y se responsabiliza por lo que elige hacer.

Me mira abrir la botella de vino. Antes me acompañó a comprarla, puso cara de estar de acuerdo con los malbec que

compré, los pagó sin importarle que eligiera entre los más caros, hasta parecía gustarle darme el gusto. Ya sé, a él solo tengo que servirle un dedo. Al terminar el postre todavía no tomó lo que queda en su copa.

Yo necesito beber. Los días que vuelvo de trabajar, porque necesito cortarla. Las tardes que salgo con las chicas es parte del ritual. Las noches que estoy sola, bueno, si no tomo por lo menos dos copas no me banco.

Me da lo mismo que venga como que no venga. O ir o no ir a su departamento. Me pregunto quién es ese tipo, qué hago a su lado.

Hoy al terminar la clase se me acercó y esperaba que le dijera algo. No supe qué hacer, si abrazarlo o darle una patada en el culo. Le dije: Bajamos, y abajo automáticamente seguí hacia la esquina.

Antes de llegar hasta el auto volví, y él estaba ahí todavía. Yo no me acordaba de dónde había estacionado. Tuve que confesárselo. Me subió al suyo y empezamos a zigzaguear por Palermo.

Esto es una metáfora de lo que nos pasa, dijo cuando me pasé a mi auto. En otra época lo hubiera puteado.

Al único varón del grupo Membrana le digo que su tesis sobre identidad de género transmite cierto maniqueísmo y no una mirada de integración más amorosa… Al decirlo las patas de la silla de plástico se abren y caigo de culo al piso. No sé cómo tomarlo.

Todas las chicas me miran como si mi comentario hubiera sido el detonador. Desde la otra punta de la mesa, el muchacho solo atina a decir perdón, y taparse la boca como si se le hubiera escapado un pedo.

No tolero el asiento de la bici, vuelvo parado sobre los pedales.

Al llegar a casa, los dos cachetes de mi culo están bordó oscuro. Ni el hielo ni la tintura de harpagofito me bajan el dolor. Cada paso es como si yo mismo me diera una patada desde adentro.

A la Trinidad voy en taxi. En la radiografía no se ve nada que llame la atención.

Al salir tiro la receta del diclofenac y me digo: Esto no fue un accidente, es consecuencia de algo que no llego a descular.

Hoy Susana cumpliría 100 años. La reunión de todos sus exalumnos es a las 19 en un teatro de San Telmo. Me la pierdo. La idea es celebrarlo con una clase de movimiento. También lo tomo como una señal. Lo organizó ella.

7 de mayo

Desde que me fui del grupo, toda vez que hablamos del tema, terminamos en lo mismo: que siga escribiendo sin él. Sostiene que estoy recontra capacitada para hacerlo sola.

Me aterra el estilo que me sale. Sueno a maestrita. La vulgaridad new age que aparece me repugna.

Y yo que me anoté en su curso porque le quedaba bien el bronceado.

Mandó un mail contándonos que se le despertaron las ganas de escribir, que después de las vacaciones de invierno el grupo entra en receso por un par de meses.

¿En base a qué decidimos dormir solos o con el otro? ¿Quién de los dos lo decide? Nunca sabemos lo que puede ocurrir cuando empezamos a enredarnos las piernas y a pegar los cuerpos.

Volver a casa, a mi cuarto, a mi cama… el mundo se detiene para que lo observe desde lo que realice: puedo saltar de limpiar un pote vacío a responder un mail en inglés o hacer una pila de medias para tirar, de buscar una cita en un libro a descubrir una zona con polvillo y pasarle la aspiradora, o de arreglar la cortina del baño que siempre se cae a ponerle la firma a una denuncia política… Lo que se cruza marca el itinerario, todo al mismo nivel de implicancia.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Zapping?

El ir viendo siempre me funcionó en períodos de deriva. No sé cómo.

En la cama, con Eladia abierta sobre el pecho, también puedo coparme con cualquier cosa que se presente, y navegarla por donde me lleven los links.

Con ella al lado, en su casa o en la mía, esto es diferente, aunque duerma.

Imagino que a ella le pasa lo mismo.

14 de mayo

En las reuniones de docentes lo miro y pienso: ¿Quién es este tipo con quien tengo tanta intimidad y tanta distancia?

El martes, al salir de yoga, la calle era distinta. No era el Palermo alegre y liviano de siempre, con ese solcito que invita al café en una vereda. Yo estaba triste, incómoda. Caminaba abatida. Como a las dos horas, me di cuenta de que me había metido en un camino engorroso y no quería contárselo a nadie.

También yo tengo mis temporadas de dolor y de pérdidas y de incertidumbres, y entiendo que vengo tapando muchos sinsabores. ¿Cómo decirte que no te quiero traer hacia mí, que te estoy acompañando a donde vayas? Hasta donde pueda, y más.

Es mi modelo, me encanta dejarlo actuar.

Bebo porque dejo (yo) de gustarme (a mí misma). Para tolerarme este estar y no estar con él. Para que la mujer que soy después de tanta autonomía recuperada se calle la boca y deje de hacerme de reloj cucú.

No quiero a alguien así como pareja. Está enamorado del amor, de tener una relación. Cualquiera puede servirle de percha.

Cenamos en su depto. No le interesa conocer qué hice estos días ni hablar de lo que hizo. No menciona las penas que arrastra, da por sentado que las conozco. En su Círculo de Mujeres y con sus amigas igual: solo escucha. Hasta que de repente, ¡zas!, se vuelve una furia. Lo mismo cuando yo reitero alguno de mis patterns o hablo de política.

Pienses lo que pienses, siempre sos macrista, me machaca. Podrás adherir al justicialismo, pero a vos no te pesan las bases. Ni el dolor ajeno…

Nunca te va a pedir perdón, me advirtió otra noche su compañera de plantas, en una reunión en la que casi la descuartiza y debí sacársela de encima. Al rato se le pasa. Lo bueno es que no guarda rencores.

Cuando se va su amiga, echada ella sobre mí en el sillón del living, le cuento:

No se concreta la venta de la editorial. Me están presionando para ver hasta dónde resisto.

Procedés mal. Agarrá lo que te ofrecen y cerrá todo. ¿Qué sentido tiene que te pases horas y horas tan preocupado? Que no puedas dormir por culpa de una auditoría… Liberate de una vez por todas…

Desde su perspectiva, yo tendría que aceptar, decir gracias y pasar a otra cosa. Se resiste a entender que es algo más complicado que vender un auto. Por quinta vez se lo explico:

Una empresa es una dinámica. Y una unipersonal como la mía, más. No todo está reflejado en la contabilidad.

Blá blá…

Me burla pasándose los dedos por la boca.

¿Querés sacarme? ¿Ver hasta qué punto te tolero…?

Quiero que sepas lo que pienso. Y lo que no me gusta de vos.

¿Para qué estás conmigo? Si tanto despreciás casi todos mis aspectos. Si decís que la pasabas tan bien cuando estabas sola. ¿O te gusta jugarla de enemiga íntima?

Pone los ojos en pausa, y palabra por palabra desgrana:

Para mí sos una manera cómoda de pasar el tiempo. Lo repite. Sos una manera cómoda de pasar el… No, no lo escribas. El torrontés ya me está juntando unas ideas con otras y digo cualquier cosa. Si tomaras entenderías…

Se llena por tercera vez la copa sin ver que arrimé mi vaso. Cuando se lo señalo, me sirve con desdén el fondito que quedó en la

botella, y dice: Vas a ver lo bien que te hace…

Aguarda a que lo tome. Deja pasar unos segundos, inspira y como quien sabe que está colocando una bomba, dice: Necesito que dejemos de vernos por un tiempo.

Estamos sentados cada uno en la punta del sillón, ella con las piernas sobre mi falda. Los dedos de mis manos hacen sonar los de sus pies. Me dice:

Todavía no sé si quiero que seas parte de mi vida o tenerte al costado.

Cuando estoy por ponerme la campera, se para de un salto. A los gritos:

¡No te lo dije para que te vayas! ¡Quedate, no seas cagón…!

Prefiero irme.

¿Ves que no entendés nada?

Busca mi mano y me arrastra al dormitorio. No cogemos. Pero durante toda la noche no nos despegamos.

Somos dos heridas que quieren cicatrizar juntas, anoto mientras ella va al baño.

A las cuatro, cuando yo vuelvo de hacer pis, me dice entre sueños: Yo no, vos sí, vivís en el pasado. Un pasado que muchas veces ni siquiera fue… Si te sirve, anotátelo. Y se da vuelta y sigue durmiendo.

Al rato abre su computadora y se pone a revisar sitios de información política o a hacer los ejercicios del Yo soy. Después se engancha con una serie para adolescentes estúpidas en Netflix.

5 de junio

Estar borracha es mi manera de expresar los disgustos que siento por mí misma.

¿Quién se cree que es para decirme lo que me conviene hacer?

No quiero cederle ese lugar. No se negocia.

Una de mí quiere echarlo a patadas de mi vida.

Necesito no verlo por un tiempo.

Lo voy a hacer.
Estás reprobado. Eres un chico raro, mi querido.

25 de junio

En una bolsa ecológica llevé todos sus libros, las pantuflas de abrigo, el pantalón piyama, el puf puf, la Volturno, el polar que me prestó… En otra bolsa, sus arroces, tés y frascos reciclados con muesli y frutas secas.

Cuando me vio llegar a Donato con todas sus cosas, entendió al instante. No necesité decir nada más.

Levantó las cejas, tiró los ojos hacia atrás, apretó la mandíbula. No distinguí si sintió pena, resignación, compasión o alivio. Como siempre, su respuesta fue decírmelo sin decírmelo.

Al pasárselas por debajo de la mesa, me agarró la mano y la retuvo. Por arriba me seguía mirando sin hacer el menor gesto ni expresar ningún dolor.

Cuando queda desenmascarado se le forma una risita de pusilánime. Dijo: Cada libro me cuesta una mujer. Ya le había escuchado esa frase. Siempre tiene un libro de turno.

La ceremonia de devolvernos las llaves duró dos segundos. No vi si me miraba a los ojos. Se me escapó de la boca decirle algo así como No estoy dispuesta a quererte. Le dije: Bueno, chau. Y me vine a casa.

Puede vivir sin quererme. Se aleja de mí para ver si regreso. ¿Quién pierde a quién? Yo todavía no sé qué hacer con ese amor. Tampoco quiero quedarme con la sensación de haber fallado en algo. Me puse entero al asador.

No tengo del todo claro qué quiere, qué se rompió entre nosotros, qué no hice, qué hice de más. De qué quiere protegerse.

De este fracaso los dos cobramos derechos de autor.

Su último mensaje dice: El sacón azul que tenías en casa te lo dejo en la fundación, abajo.

¿Algún día entenderé?

28 de junio

No preguntó por qué, no quiso que le dijera nada más. ¿Qué hizo el pelotudo? A los pocos días volvió a llamarme. Todos los días, a alguna hora. Como no le atendía los llamados, finalmente me dejó un saludo grabado: Gracias por los dos años y medio que estuvimos juntos.

¿Tanta intimidad para esto?

Esta rotura me duele en mi tristeza.

El impostor no puede fingir más. Seguramete se irá al club.

Al terminar la clase y acercarme a despedirme y decirle el gracias de rutina, ella deja que la bese y me dice, de una: Haceme el favor de no venir más los miércoles. Si querés seguir con el Sistema Milderman, buscate otro grupo, hay varios.

A medida que pasan los miércoles y no me ven, algunos del grupo empiezan a enviarme mensajes. Les doy a entender que cortamos, evito decir que me dejó. Dos o tres de ellos me dicen que ella me sigue queriendo. No distingo si es un deseo de sus tramas imaginarias o comentarios que pueda haber deslizado ella.

Duermo solo. Hablo por teléfono con examantes. Cuando siento que alguna presiona para ocupar su espacio, empiezo a ponerme ambiguo y deja de insistir.

Aprovecho que el libro con Pil me reenamora de la escena punk, y vuelvo a frecuentar el salón Pueyrredón y a seguir a algunas bandas por los boliches. Aunque ellos también ya no son más pibes ni pibas y tienen calvas rodeadas de pelos blancos, no cabezas rapadas, y caras llenas de arrugas, me hacen un lugarcito. Algo de bola.

Hoy ella debe haber ido a la marcha.

16 de julio

Recién hoy pude responderle. Le mandé un mail:
¡Qué penosa vida la del escritor, tiene problemas con todas sus parejas! Si esta es tu síntesis, en mi caso no va por ahí. Lamento que me apliques la norma. Sí, me quedé sin proyectos y con un presente choto, no te diré por qué. El conflicto es por la enorme distancia que hay entre tus principios éticos y el que mostrás en público. No lo puedo digerir. Lo mismo en cualquier encuentro que tenemos para conversar, te rajás demasiado rápido. Bss y lo mejor, ahora sí te despido. La Mala.

Me respondió al toque. Que aquella noche en casa se fue de la discusión porque empezábamos a repetirnos los mismos motivos y porque sintió que no había más yeite. Que lo del escritor es parte de su propio folclore. Que simplemente dijo: Me pasa esto. Que yo sigo escapando a todo encuadre y eso le sigue atrayendo. Que no significo un proyecto choto para él.

Asumió como propia la contradicción que expuso en Facebook y cree que algún día entenderé lo que quiso transmitir.

Se refiere a que me hizo ruido lo que había subido, que a las marchas por la muerte de Santiago Maldonado iban millares y que semanas después a la de Rafael Nahuel, solo unos pocos. ¿El mapuche no era uno de los nuestros?, posteó. Esta hipocresía que cargamos los blanquitos ante el aborigen… Etc. Blablisky típico.

Le puse tres Me enoja en comentarios. Y prendí todas las estufas y abrí las ventanas.

La semana pasada me llama un compañero de Milderman para invitarme a su cumple de 60. Le recuerdo la situación y es categórico: Vos sos mi amigo, quiero que estés.

Llego tarde, quiero pasar lo más inadvertido posible. No quiero verme delante de ella, igual en algún momento ocurrirá. Me abrazo con todos. Fuerte, como en la clases. Algunos se guardan de hacer cualquier comentario, lo percibo.

Estoy con una empanada canastita chorreándome cuando ella aparece en la terraza. Va directo a la mesa de bebidas. Baila, charla con alguno, se integra a algunos grupitos.

Desde mi rincón la veo acercarse. Lo primero que me dice es: ¿Qué hacés aquí? Este es mi lugar. ¿Podrías irte?

Al abrazarme en la puerta de calle, el cumpleañero me susurra al oído: Andá tranquilo, el mensaje ya tiene dos tildes azules.

24 de septiembre

En la reunión de docentes volvió a sentarse a mi lado. Mientras Tetas de Plástico coordinaba una chota visualización, él me mandó un mensajito de texto: ¿Cómo estás? Recién lo veo.

Ya pasaron tres meses, debe estar por cumplir años. Setenta, es un señor grande.

También yo me estoy poniendo vieja. Necesito estar con gente joven.

Soy sanguíneamente peronista, vengo del primer peronismo. Lo mamé desde que empecé a militar, no en casa.

Cuando Perón nos echó de la plaza, ahí comencé a perderme.

Quiero estar con vos, papá. Hace demasiado que estoy sola.

Je veux être avec toi, papa. Ça fait trop longtemps que je suis seule.

Todavía no sé dónde pasaré las fiestas. Tengo que elegir. Mi vida quedó en suspenso. ¿Con quién hago familia?

Todo pide ser tamizado por lo que me está ocurriendo. Si no, ¿cuál es el sentido de este pozo? ¿Esperar que pase algo? ¿Que algún día ella se digne y vuelva a llamarme?

¿Qué sentido tiene que siga otro año acompañando a escribir a otros? ¿Hasta cuándo voy a seguir haciéndolo? Solo me interesa lo

que les pasa mientras lo hacen. Los estados que entran, el mundo que se les abre, lo que logran expresar… Después, allá ellos.

Solo quiero escribir lo que me llegue, algo que quiera que yo lo escriba. Me gusta más hacerlo que lo que queda. Ya no me importa gustar.

Recién ahora tomo conciencia. ¿Caeré otra vez en mi propia trampa?

Cada vez que me lo digo, me quedo sin palabras.

Reencuentro con amiga escritora. Ya no hay levante ni huida de por medio. Somos dos guerreros que han depuesto las armas y van en bici a la costa del río, se leen, se opinan, se celebran. Amo en ella su relación con el tiempo.

El dolor resignado que transmite la nouvelle que tiene entre los dedos (la protagonista vuelve a salir con un hombre casado que no se sabe si la sigue queriendo) me lleva a mi dolor. No me resigno. Ahora mi amor ausente debe estar en el sur de Francia, tras los pasos de María Magdalena.

Me gustaba quererla. Del mismo modo que me gusta escribir. Del mismo modo que me gustaría volver a querer a alguien.

Su rechazo me sacude una zona profunda. Toca directamente la experiencia de amar. Lo que vivo al amar. Lo que amar produce en mí. No puedo ni quiero renunciar a esto. Querría volcarlo en lo que escribo, jugarme como mi amiga escritora, en la aceptación del dolor, casi sin lenguaje.

Esta noche podría tirarme sobre la alfombra y llorar hasta que lleguen las doce.

24 de diciembre

Triste Navidad. Más que nacimiento es muerte. Se quebró algo con él, algo que no se repara. Desconfianza.

¿Qué nacerá a la luz de las 12…?

Espiritualidad, que es conducta amorosa con todos.

Nace la moderación en el comer y el beber. ¿Nace el Terma con soda? Síií.

Nace el canto y la música como sostén del espíritu.

Nace la esperanza de cambiar, de encontrar prácticas que me ayuden.

Nacen renovadas ganas de vivir.

Me propongo amarlo. ¿Cómo fue que lo dejé irse?

2018

El sobre aparece entre mis calzoncillos: 945 dólares doblados al medio. En el sobre está mi nombre y tiene impreso Findhorn Press. Puede ser parte del adelanto, me digo, o de lo que le di cuando viajó a NY. Chateamos:

Encontré algo tuyo.

Dejámelo el miércoles en la recepción.

Prefiero dártelo en mano, fuera de la fundación.

Me cita el jueves al mediodía en su bar, el Conde. ¿Para qué quiero dárselo en mano? Viene de su grupo autogestivo de los jueves, parece apurada. No, no quiero tomar nada, almuerzo con mis nietos.

Pongo el sobre sobre la mesa y la mano encima.

Encontré esto, la mitad es tuya…

Lo abre y comenta:

Nunca vienen mal. Guarda cinco billetes de cien en su cartera, me devuelve el sobre con lo que queda y se levanta. Ya de pie, me pregunta:

¿Por qué fue que nosotros dejamos de vernos?

Algún día, si de veras querés saber…

Me vengo olvidando de muchas cosas.

La veo irse del bar.

Me vendría bien aprender algunas cosas de ella.

12 de enero

Desde que nos vimos, evité pensar en él. Al subir a su auto olvidé lo que iba a decirle. En verdad, no sabía qué le diría. Su amiga Claudia

lo invitó a un asado en Dique Luján y me preguntó si quería acompañarlo. Se sorprendió de que la conociera. Hacia el fin de los 90 Claudia me convocó para enseñar en Casa XI. De paso estreno la malla francesa, pensé.

Acepté ir para volver a verla a ella y agradecerle lo que hizo por mí aquella vez. No, no hay nada serio entre nosotros, le aclaré a Claudia cuando preparábamos la ensalada.

Durante todo el día estuve dudando de si había hecho bien o mal en aceptar venir. En la pileta nos rozamos varias veces (muy raro). Dos veces me descubrí tomando abiertamente lo que él iba dejando en las copas. Sospecho que los Lernoudes, la otra pareja invitada, intuye cierto revival entre nosotros. Él se la pasó charlando con otro escritor, no recuerdo su nombre, recién salido del placard.

En el camino de vuelta, me distraje y comenté en voz alta: No sé qué esperamos para volver a estar juntos…

Que llueva, respondió sin mirarme.

Confirmado: es el mismo de siempre. Quedamos en vernos durante la semana.

Me cuesta decidir si quiero.

Primero me dice que ninguno de los dos tenía razón. Después, voy a volver con vos. Le pregunto:

¿Descubriste por qué rompimos?

Habías aparecido antes de tiempo.

En todo quedo siempre en offside.

Sí, señor. Espere el pase sin pasarse de la línea.

Necesito intimidad.

Hacé algo para que la tengamos.

Salgamos de aquí.

Nuestra separación no tuvo explicación porque no tuvo motivo, digo, e inmediatamente me corrijo: No tuvo un motivo evidente. Tu partecita que gustaba de mí perdió espacio ante la que se resistía, a

la que en el fondo nunca le gusté… Yo tampoco gusto de muchos aspectos míos.

A medida que le confieso cómo me veo desde ella, su cara se vuelve más y más distante. Como si le hablara de otras personas. Y con esa misma cara de nada me pregunta por qué no hice nada para que volviéramos a estar juntos.

31 de enero

¿Cómo es que de repente vuelvo a andar otra vez con él? Es extraño, todavía me lo cuestiono. O casi. Me cuesta imaginármelo. ¿Qué me atrae él? No puedo definirlo.

Camina erguido, derechito. El grupo lo adora. Llega, todos lo abrazan. Él sigue siendo el mismo Figuretti de siempre. El que estuvo en otro lugar, el que ya pasó por esta, el que puede sentirse en casa donde caiga y siempre es el que estuvo en otra parte. El amplio, que reconoce en mí a alguien tan boyante como él.

Puedo prescindir de vos, me dijo varias veces.

En verdad, disfruta del espacio interno que le produce sentir que se caga en mí. Aunque sea de su boca para adentro.

Me enamoré un poco de él la vez que me prometió y juró y rejuró que nunca más iba a volver enamorarse de mí, si alguna vez lo había estado. Que me iba a amar, recalcó, haga lo que haga, desde ese lugar, y como una pendeja boluda lo consideré viable. Me pareció ver que en algún repliegue de esa mentira había algo de cierto. A mí me pasa lo mismo. Haga lo que haga, podría sentir lo mismo por él. A pesar de todo…

Creérmelo me guarece de mí en lo profundo. Más allá de las heridas, las desilusiones, hasta de mi pérdida de expectativas. Me hace hogar.

Ni Susana podría entender qué mierda me pasa con este infeliz que se las tira de feliz. Me diría: Nena, nunca vas a aprender.

Otra vez lo tengo en mi cama, su cuerpo pegado por detrás, con mis tetas en sus manos, buscando que tomemos y larguemos el aire

al mismo tiempo, sin dejar de estar abrazados.

Así es, Susana. Esto necesito por las noches.

Una hora antes yo pensaba que volvería a casa y descongelaría una milanesa. Veinte minutos después, al abrirme la puerta de su departamento, aparece su cara de No hay nada que hacerle, me rindo, pasá de una vez…

Hay una diferencia con antes: ahora tengo presente que en cualquier momento puede volver a darme otra patada en el culo.

No soy yo, es mi manera de ser. Me lo advierte varias veces. Igual compro.

Hace dos horas, yo estaba inmerso en un trabajo de experimentación de la muerte en el cuarto piso de la fundación, y ella bailaba, eufórica, entre sus alumnos al son de la *Marcha de San Lorenzo* en el primero. Ahora duerme hecha un bollito en mi axila.

Cuando estábamos en el baño le dije que hoy estaba dispuesta a ser amable con todos como parte de la reprogramación de mi guerrera. Por favor no, no, me pidió haciendo muecas frente al espejo. Compré la mala, decía él.

Reemplaza banderas y lemas. Justicia social por Pasarla bien. Cubrió la ventanilla trasera del jeep con una wiphala. Vamos a Traslasierra a ver si hacemos algo en mi campito, no subo desde que se incendió, y de paso paseamos unos días. En Gracias a la Vida nos ofrecen un cuartito en el anexo. Al salir de Rosario, me pide manejar. Antes de llegar a Roldán, ya cabecea. No bien retomo el volante, ronca.

El traqueteo la despierta. A los pocos segundos dice:

Muy rara esta luna de miel.

Los dos solos.

Solos aquí es otra cosa, ¿no?

14 de febrero

Habíamos cogido cariñosamente al amanecer y vuelto a dormirnos cada uno por su lado. No sé cómo armó un desayuno continental con las sobras y lo trajo a la cama. El golpeteo de la lluvia en el techo por momentos abrumaba, en otros no se oía, o nos habíamos acostumbrado. Pretendía que nos quedáramos acostados todo el día. A lo sumo adentro del cuarto, o de la casa-estudio donde estamos parando. Leer largo y tendido, cocinarnos algo caliente, jugar al Scrabble, responder mensajes y mails, lo que sea.

No dije que sí ni que no.

Tomemos el día para hablar de lo que nunca hablamos, propuso con los pies en el borde de la ventana. Intimidad regulada.

A las once y media ya estaba harta de mirar cómo se nos pasaba la vida. Para colmo, los solitarios se me cortaban bastante antes de dar vuelta todas las cartas. Y no quería empezar a tomar desde la mañana.

Él sí dio unas pitadas y se copó con un Beckett que le regalaron en el Malba. Una fuerza me eyectó. Me puse su campera de jean, tomé las llaves del jeep y le dije: Me voy un rato por ahí. Él solo me explicó cómo conectar la doble tracción y pidió que cargara nafta.

Por dentro se me infló un globo de satisfacción que había perdido hacía mucho.

Poder estar sola dentro de algo así como una relación. Él puede ser cualquiera. No me da cosa admitirlo. Cualquiera con su onda, claro.

Una parejita me hizo dedo, casi podrían ser mis nietos, qué importa si empapan el tapizado. La chica se sentó sobre las rodillas del chico, acomodaron la guitarra atrás. Percibí mucha tensión entre ellos. No les pregunté nada. Al pasar la escuelita, el chico dijo que tendría que bajar ahí. Nada más, ni gracias.

Después la chica me contó que es de Palomar, no sabe cómo llegó a estar tan colgada con alguien y que si pudiéramos entrar por la calle de la terminal sería perfecto.

Sus rulos mojados colgando a los costados de la cara le daban un aire nouvelle vague que me llevaba a mis años del cine Lorraine. Iba a escondidas de mis compañeros de la militancia. En ese momento, sentí la misma clandestinidad dentro de la clandestinidad.

La chica me preguntó si podía sacarle un pasaje, me devolvería el importe no bien llegase a Buenos Aires. Inmediatamente me acordé de los dólares que tenía en la cartera.

Entre que fue y volvió a la boletería paró de llover y apareció el sol. Pensé que venía a despedirse y agradecerme. Estaba por decirle No me debés nada cuando se subió de nuevo y me miró tiernamente. ¿Y si no me voy nada y nos vamos juntas por ahí? Nunca había escuchado un por ahí tan explícito.

La luminosidad daba al paisaje otro colorido. Algunas nubes habían quedado incrustadas en el Champaquí, el cielo estaba azul azul. Las dos éramos las únicas en el arroyo. Hasta llegar a mi olla predilecta casi no hablamos. Fue ella la que primero se sacó la ropa. Nunca había tenido un cuerpito así entre mis brazos, contra mi pecho, entre mis piernas. Después cantó para mí. Lamenté no haber llevado la quena.

La pulpería a la salida del pueblo tiene una pared forrada con libros y un piano. A la mañana se juntan los ajedrecistas del valle. Uno de ellos es el que hace los mejores sándwiches de bondiola en la feria de la plaza.

Venimos con las dos compus. El que se aburre primero va y hace las compras.

Estar por unos días con tanta posibilidad de naturaleza y pasármela ordenando ideas sueltas sobre la dinámica de la creación artística es medio una excentricidad. Para cualquiera, no para mí. En casa no hubiera podido registrar esta cantera de ideas. Sin ella, que me da este mix de contención y permiso para cualquier cosa, quizás tampoco.

17 de febrero

Su campito es impenetrable, lo único que tiene es mucha vista desde el lado de la pirca y un hilo de agua. El olivar y todas las mejoras que hizo hace diez años se las llevó el fuego. Después todo

se cubrió de espinillos. Lo recorremos imaginándonos cómo sería hacernos una casita.

Un delirio desde donde lo miremos. Excesivamente aislado, demasiado por hacer, el riesgo de que vuelva a incendiarse, y salvo que vendamos algún depto, quedarnos casi sin reservas.

Del puente que construyó apenas si sobrevive la estructura de hierro. Yo crucé por abajo, él agarrándose de los barrotes. En un momento pisó en el aire y se vino en banda. Piernas, brazos y pecho con arañazos y cortes.

Una señal, dijo al irnos del dispensario. Le repetí el latiguillo de Susana: Tendrás que aceptarlo. Sueño del campito punto final. Vendelo cuanto antes y dale la mitad a tu ex.

Camino de las Altas Cumbres. Arco del Cielo. Todos los autos pasan en caravana. O se detienen para sacarse selfies con la inmensidad de fondo. O para comprar piedras.

Dudo hasta de la realidad, me dice. ¿Te das cuenta de dónde estamos? Mirá cómo planean los cóndores ahí abajo.

Copina. Quiere subir hasta la cascada encajonada. Por el sendero, una tremenda puntada en la pantorrilla derecha me inmobiliza toda la pierna. Me siento sobre una piedra. Ella sigue hasta los puentes colgantes.

Una hora después, dice: Esto es un oasis.

Panamericana. ¿A cuál de las dos casas volvemos?

22 de marzo

Duermo la siesta sobre el pasto. Es más blando que el colchón del cuarto de servicio que me ofreció Claudia. Abro los ojos a pocos centímetros de una hormiguita que carga sobre sí una hoja siete veces mayor que su largo: Vos sí que la tenés difícil, le digo. Él está a mi lado y se ríe.

Podría llegar a amarlo.

En la fundación rechazan mi propuesta para coordinar un Programa de Expansión de la Conciencia. Dicen que levantaría demasiado mi protagonismo (sic). Prefieren que la lleven adelante todos los docentes. Conmigo no cuenten, es lo primero que comenta ella.

Me roban la idea, y encima quieren usarme para que convenza a los demás. Los voy a mandar al carajo, le digo.

Tomalo como un trabajo sobre tu ego. Entregalo. Ponete al servicio del proyecto, no de dirigirlo. Trabajo sobre tu ego, lo recalca.

Escucharla es una bala que repercute en mi coraza rompeolas. No me perfora, me confirma que es por ahí.

No sé si agradecerle lo que me señala o pedirle que se corra de ese lugar. ¿Acaso no aprendiste con tus parejas anteriores?

Es el mejor señalamiento que recibo en años. Desde donde lo mire. ¿Cómo no amarla?

P/alumnos.

Si no tengo seguridad con el otro, no logro intimidad. Si no la hay, no puedo jugar sin riesgo. Cualquier cosa quiebra un límite. Si digo lo que siento, no me va a querer. Por no herir a veces digo sí aunque no quiera.

La tendencia es a reaccionar siempre. Como siempre. ¿Cómo salirme de esas cajas que me armé? ¿Donde quedó mi cuerpo de luz, el que se deslumbraba y disfrutaba porque sí? ¿Cómo fue que perdí eso? ¿Qué me introdujo resistencias?

Quedó en algún lugar. Subconsciente, sombra, corazas, carácter… Sé quién está en la foto, me veo y me acuerdo.

Caí en una familia donde todos estaban lastimados y apagados. No había intimidad porque nadie se exponía. El que se abría asustaba a los demás y se ponía en un lugar vulnerable. Le clavaban un cuchillo. Y sufría.

5 o 6 años. El dolor se me hizo cuerpo y apagó mi luz. Oculto lo oscuro. Oculto la que soy, creo secretos, desarrollo mi vida íntima. El bosque, lo que nadie puede saber.

Experimento el dolor de no ser real como una contracción en el cuerpo energético. El cuerpo del dolor ama y disfruta del drama: repite historias, especulaciones, estrategias. Es adictivo.

Cuando menos me escondo, más intimidad experimento.

Somos independientes el uno del otro. Estamos cuando estamos y cuando no, no. No necesitamos estar juntos para estarlo. Somos imperfectos. No necesitamos compartir todo, en especial lo de nuestros trabajos. Nos lo decimos. Yo le cuento, a ella no le hace falta decirlo.

Empieza a manifestar cansancio. Desinterés porque crezca su trabajo. Las clases la recargan. El vino la aplaca. Nunca sacamos el tema de su dependencia. Cada día o dos descorchamos otra botella y parece celebrarlo.

25 de abril

Hoy todos los del grupo fuimos a cenar al Mexicano. Como siempre, antes del postre, me fui cambiando de lugar y charlando en grupitos de dos o tres, saliéndome del rol de maestra. Parece que capturé muchos fonditos de las copas que había por el camino y que empecé a decir pavadas, a agarrarles el brazo o a hablarles dejando caer la cabeza demasiado cerca de sus caras. En el momento no me doy cuenta. Lo reconozco por el embotamiento que me agarra después.

En la otra punta de la mesa, estaba él y se mantuvo callado. Al llegar a su casa, le pregunté si me había pasado mucho y asintió con la cabeza. Acordemos una seña y cuando me esté pasando, hacémela, o usemos una palabra clave. Y si no te hago caso, seguí alertándome. Es un pedido oficial, le insistí. No te borres: sos parte de mi adicción.

Alerta uno, alerta dos, alerta tres, alerta cuatro, alerta cinco, te saco de la escena sin derecho a resistirte.

Lo dijo a la medianoche y repitió varias veces durante el día. Uno levantaba el pulgar, dos estiraba el índice, tres se tomaba con la otra

mano el del medio, cuatro estiraba bien hacia atrás al dedo. Cinco la otra mano sacudía el dedo meñique.

Su sadismo me causa gracia. Es tan infantil. No sabe cuánto amor representa asumir el cinco. Tanto como para mí permitírselo.

Los martes mejor no hablarle. Prepara las playlist para las clases de los miércoles y jueves. Selecciona en base a lo que les viene pasando a los del grupo y a ella en el contacto físico y emocional que tienen. O a la idea-acción que quiere proponer como eje. Solo de verlos bailar sabe en qué anda cada uno.

Hasta la semana siguiente, lo único que la tensa es la próxima playlist. Al menos en lo visible. Los martes vive a monosílabos.

16 de mayo

Nadie dejó de bailar cuando entramos a la fiesta de Andrés. Andrés recién se acercó a recibir nuestro regalo cuando su mujer se lo mostró, ya abierto, y me abrazó como un hijo grande. El agradecimiento y la complicidad de todos iba más allá de los besos y abrazos. Andrés está entre en mis orgullos. Junto a Carla y Agustín, son de los jóvenes de la generación siguiente que mejor incorporaron el Sistema Milderman a sus vidas. En el apretuje una mano me pasó un vasito, el vasito mezclaba varias bebidas blancas. Chupé el limón como lo hacía de chica, el jugo ácido picó entre mis dientes. Levanté los brazos y me dejé llevar por la música. Ahí vamos, mi amor, a donde sea. Aquí no soy la maestra, a guaguar cuanto quieras.

Alguien me sostuvo por atrás. Después me pasaron otra copa y todos brindamos siguiendo el ritmo que traíamos. Él también estaba contento, me abrazó y besó en la boca. Dice que me dijo al oído: Alerta 4, princesa. Puede ser. Y que le acusé recibo tocándole debajo de las bolas.

Cuando escupí un reflujo líquido en el patio, los que habían salido a fumar lo tomaron como algo natural y me sonrieron.

Colgaba de los hombros de Andrés y de él. A través de los vidrios, veía que adentro todos se seguían divirtiendo. Las arcadas no paraban, no podía sostenerme en pie. Andrés insistía en llevarme a su dormitorio. Yo necesitaba aire, salir un rato. No quería que me viesen así. Los dos me arrastraron por el pasillo hasta la calle. Estaba segura de que se me pasaría en unos minutos. Disculpá el espectáculo, Andrés, le repetía.

Todo está bien, todo está bien, me decía amorosamente él.

Apenas arrancó el jeep, vomité encima de la guantera. Una sopa verdosa con restos de los canapés y pedacitos del pernil. El tablero, el lugar de los pies, el pantalón de seda negro y los zapatos, todo enchastrado. Me tranquilizó ver mi cartera con el teléfono y la billetera colgando de su cuello.

En una esquina frenó, dio la vuelta por adelante y abrió la puerta de mi lado. Desde el asiento vi entrar el vómito directamente en el desagüe de la cloaca. Muy de él, pensé. Me quedé un rato con la cabeza hacia abajo, su mano me sostenía la frente.

De la garganta para adentro era fuego, carne viva. Hasta el aire que respiraba me quemaba. Me costaba inspirar. Creí que me ahogaba.

Empecé a desvestirme en el palier, iba dejando caer las prendas. Metí la cabeza directamente en el lavatorio. Le pedí que abriera la canilla. El agua corrió entre mi pelo. Vi su torso desnudo al revés, sus brazos extendidos sobre mí. Recién entonces el cuerpo volvió a responderme, y pude ir hasta la cama sin su ayuda. Después me puso una toalla húmeda sobre la cara. Creo haber dormido un rato, recuerdo como un sueño borrado.

Seguro que mis alumnos deben haber sentido mucha lástima por mí. Seguirían bailando sin querer recordar el otro lado de su maestra y amiga. Eso fue anoche y parece que hubiera pasado hace un siglo, o le hubiera pasado a otra persona.

En la fundación ponen el Programa de Expansión de la Conciencia el mismo día y a la misma hora que las clases del Sistema Milderman.

En el tercer piso, mi rol se limita a crear un hilo conductor antes que los trabajos de los otros coordinadores. En el primer piso, ella cree que somos un rejunte. Una parte de mí, la que no está totalmente de acuerdo pero transa, también.

Se supone que conozco todas la actividades del Programa, desde la Biodanza a la Meditación theillerdiana. Todas tienen nombre oficial: Tensegridad, Sanación Energética, Vórtex… A lo mío le decimos Bitácoras. Las armo con los emergentes de lo que presumo será cada encuentro. Antes del mediodía del miércoles, mando un mail al grupo con autoindagaciones relacionadas a lo que experimentarán por tal o tal otra técnica. La idea es que respondan en sus cuadernos. No están obligados a compartirlo con nadie. En la primera media hora, abro el espacio para explicarles el sentido de lo que harán.

Raramente participo de las clases que siguen. Me embolo y huyo. Cuando paso por el primer piso, veo a mis compañeros de Milderman trenzados. Camino por el barrio, me tomo un café en el Borges, la espero.

15 de julio

Vendió la editorial, vendió la casona donde vivía con su familia. Quiere mudarse del PH, tener un taller de carpintería, un jardín, una pelopincho. Me propuso seguir como separados que viven juntos. Tener dos dormitorios, dos estudios, el resto en común. Dormitorios sí, estudios no. Quiero dejar de trabajar como psicóloga, las cartas las puedo hacer en el living.

¿Quiero volver a vivir con alguien? ¿Estar en pareja? ¿Compartir todo? ¿Hacerme cargo de algunas cosas suyas? ¿Dejarlo entrar en mi vida íntima? ¿Volver a lo mismo? Me asusta que termine igual que siempre. ¿Acaso no estoy bien así? ¿No estamos bien así? Si desarmo mi departamento, ¿a dónde vuelvo si pasa algo? Estoy cansada de reconstruirme. ¿Abdico, dejo correr? ¿Cómo se piensa esto?

Ahora él mira el partido tirado en mi cama, con mi bolsa de agua caliente sobre su panza. Yo me aburrí de no encontrar cartas pares para que me salga este puto Pirámides. No tengo entusiasmo para empezar el solitario de los 40 ladrones. Dedico estos fracasos y este cansancio a la copa vacía.

Estaba contento, se sentó en el sillón de los pacientes y me pidió que le contara. Le conté todo lo que me inquieta y bloquea. Su silencio, su dejar llegar y mi no guardarme nada me envalentonaron y le confié que él me atrae y al mismo tiempo me asusta. Me gustaría quizás vivir con vos, pero también puedo pasarla bien sin vos o con vos como ahora, sin agenda de convivencia, cada uno en su casita, le dije.

Parecía comprender desde qué zona de mí le hablaba. No necesitaba explicarle. Tiro cualquiera, dijo.

Y dijo que las preguntas que me hago estaban hechas desde mis miedos, que algún beneficio yo debía sacar al seguir manteniendo ese personaje. Y que él sabía que había otra en mí queriendo salir.

Al rato vino y me propuso un ejercicio random: escribir una palabra, cada uno en un papelito, y después cotejar. Los dos escribimos <u>mamá</u>.

¡Qué novedad! Como si nunca me hubiera visto en ella…

En una primera capa, mamá puede significar la persona que mamá hubiera querido ser y por equis motivos no se animó o no pudo o no la dejaron, y finalmente se llevó esa aspiración insatisfecha, no resuelta. Yo todavía no pude repararla en mi vida energética. Ser la mujer madre que hubiera aspirado mamá. Atravesar esa barrera… ¿Tanto se me nota? ¿Todavía?

Si me pongo en ese lugar de mamá, lo que necesito es hacer las pases desde ella con un papá respetuoso de mi ser mujer fuerte con alguien. Esto sería lo más sagrado.

Arreglar una casa, hacer salidas juntos, dormir abrazados. ¿Cuál es el proyecto juntos? Me achaca que le parece una forma pavota de esperar la muerte juntos. Que en cuanto a dar al mundo, ella ya dio

lo suficiente. Hasta lo de escribir sobre el Sistema puede pasar. Que yo todavía necesito hacer algo importante, por mí, no por los otros. Que Figuretti quiere envejecer a lo grande. Ella solo quiere volver a aprender. Revisar todo lo que fue tomando de a pedacitos y acomodarlo mejor. Viene repitiendo: Todo el mundo quiere un pedazo de mí.

19 de julio

Gabriela, su amiga abogada, que fue alumna o ex, no me importa, le ofreció el piso de una sucesión, el juzgado aceptó venderlo directamente. Está totalmente destruido, pero sobre una de las calles más hermosas de la ciudad. Me pone loca que me diga que no sabe si puede permitírselo. ¡Yo siempre soñé con vivir en ese barrio! Se lo dije al bajar de la primera visita y evaluar en un bar, cerca del Adventista, todo lo que habría que hacerle. Tiene la plata para comprarlo y refaccionarlo. Hizo cuentas y todo le sale más barato de cuanto valdría arreglado. Es su dinero.

Yo no opino, prefiero gastarme lo que vengo ahorrando en otro viaje. Todavía no sé si ir a Peruggia o a Grecia, María espera una respuesta. Quiero ir sola, o con una amiga, no con él.

No quiere que aporte nada ni que ningún % del departamento figure a mi nombre. Me está cobrando todos los líos que aún no resolvió con su ex.

El pulóver verde que me compró en París no tiene nada que ver conmigo. No bien me lo da se lo digo: Si te queda bien, quedátelo vos. Si no regaláselo a la empleada y dame a mí el pañuelo que le trajiste a ella. O no me des nada. Para mí el mejor regalo es que hayas vuelto y no me dejes solo con la obra.

17 de octubre (Día de la Lealtad)

Mañana viene un flete a buscar todas mis cosas. Lo incluyó en los presupuestos. Me prometió llevar las macetas en su auto.

Me cuida y me permite ser quien quiero. ¿Y yo… me lo permito? Él me resulta funcional a esta etapa de mi vida. Es calentito, no ronca, no se desespera por saber todo de mí, tenemos el mismo tipo de piel, sé que puedo dejarlo en cualquier momento y saldrá a flote. Su hermano dice que se tira al agua y nada. Puedo romperle el corazón en mil pedazos y le sigue funcionando…

Me maileó un decálogo:

1, No pretender cambiar nada del otro.
2. No aplacar, sostener la idea.
3. No esperar nada a cambio.
4. Hacerle la vida más cómoda al otro.
5. Dejar ir lo que tiene que irse.
6. Dejó cinco libres. Agregué tres:
Solo hablar cuando se tiene algo para decir.
7. Hay muchas formas de hacer el amor.
8. Salir es cultura (importante, al menos día por medio).
Fuera de decálogo: fondo común, cuentas bancarias separadas.

Debí convencer al arquitecto de que sí, el lavavajillas cabe abajo del horno eléctrico. Después sostener el desprecio del plomero, que martilla sobre el piso como si lo hiciera sobre mi cabeza para que instale un caño e invente un desagüe. Ella nos dice a todos los varones que no sabemos lo que significa para una mujer dejar de lavar platos.

Lo probamos con unos pocos platos y vasos de vidrio que dejó el propietario anterior y yo iba a regalarle al hijo del electricista. Resplandecen de tal manera alineados sobre la mesada que parecen nuevos, recién desempacados.

Me sigue pareciendo un gasto excesivo e innecesario, le digo cuando se van todos y volvemos a ponerlo en marcha. Me refiero al costo en detergentes especiales para dos platos y unos pocos cubiertos. Manoteo una de sus copas antes de que la meta y la froto

con detergente y agua caliente. Al terminar el lavado y secado, la que ella tiene en la mano izquierda brilla más.

Supongo que me va a decir: Toda la vida soñé con tener uno. Termina de sacar toda la vajilla que trajimos de su casa y de la mía, y antes de mezclarla y guardarla en su aparador azul, comenta al pasar: Así te quiero a vos de ahora en adelante. Me mira a través de una copa y después me besa.

24 de octubre

Me río al verme en las fotos de la fiesta de inauguración del departamento. Una túnica azul me cubre la cabeza, a él alguien le puso una capa de goma eva violeta. Nunca habíamos jugado al Romeo y Julieta. Aquí vamos a vivir juntos. La vida actúa en golpes de teatro, decía Raúl ante cada paso que dábamos.

Triple vuelta de piernas. Primero entrecruzar los fémures al máximo, hasta sentir su chochona sobre mi cuádriceps y que los suyos me aplastan las pelotas. Después doblar con suavidad las rodillas y buscar pasar las tibias y los pies por debajo de los del otro. Ese nudo nos une más que la cucharita.

Por las mañanas, un tiempo para decir lo primero que se nos cruce…

Todavía no abrimos los ojos y ya me torea:

A ver… Vos que eshtudiashtesh, ¿qué es el ego?

La ficción de un universo individual. Lo que te contás a vos mismo.

¿Y la identidad?

Un maquillaje.

¿Y el recuerdo de sí?

Lo que dejamos como restos.

¿Y el alma?

El espejo de la conciencia. La parte inmortal.

No. Es el vínculo entre lo que conocemos y lo que no.

Quiero correr a anotarlo.

Ni she te ocurra.

Lo dice trabándome las piernas.

Dentro de un rato voy a penshar otra cosa.

Todavía desnuda, levanta la persiana y a contraluz sentencia: Todas las mañanas tenemos que jugar un rato a las definiciones inexactas. Si saltás de la cama no bien te despertás, ese día olvidate de mí.

¿Por ese día?

Para siempre.

11 de noviembre

Me gusta que esté cuando yo vuelvo. Y si tiene preparada la cena, mejor. Me gusta que estemos a dos pasos de la Clínica Adventista, comprar tartas y comerlas sin frisarlas. Siempre encuentro lugar para estacionar en la puerta de casa. Él dejó que acomode todo a mi gusto (salvo en su estudio). Me agradece que le haya insistido con poner planteros en las ventanas y aire acondicionado en la cocina y en mi estudio. Tengo placard para mí sola y dos tercios de los percheros y estantes del cambiador. Reduje mis gastos fijos, cuento con otro alquiler, repartimos gastos, cuando salimos paga él. Y ni qué decir de Monsieur Puf Puf. El gel vaginal se termina más rápido que el dentífrico.

No me gusta: vivir en un barrio de chetos gorilas ricachones, decir a mis amigos que vivo sobre esta avenida, que me digan que me deje de joder y curta vivir aquí. Me molesta que no quiera compartir el estoqueo de vinos ni la factura del teléfono de línea. Debí desasnarlo. ¡Si hay un corte general de luz, este es el único que va a seguir funcionando! No me gusta su exceso de positividad. Que coma mandarinas en la cama. Quiere regalarme una bici. Puso un cartel debajo de la pantalla de la lámpára de su escritorio: Si me ves encendida, no lo interrumpas. Usa mi aspiradora de mano para juntar el aserrín del taller.

Dos dudas: ¿Cómo hacerle saber que quiero estar sola cuando ni yo misma lo sé? Y si dejarlo o no que junte las herramientas que eran de papá con las suyas…

Lo que no puedo tolerar es que yo necesite todo esto.

Si bebo es porque me pongo ansiosa.

Ella quiere pasar Fin de Año con sus primas en Barracas. Yo, con mis amigos del alma en Dique Luján. Cuando le propongo ir cada uno por su lado al suyo, pega una patada en la puerta de la cocina y me desafía:

¿Para esto vinimos a vivir juntos?

¿Y vos, no era que te cagabas en las convenciones sociales?

El ritual de mi familia es solo una vez por año. A tus amigos los vemos siempre.

Es solo un ritual. Andá con tus primas y hace el tuyo, y yo hago el mío por mi lado.

¿Y a las 12… brindamos por celular?

Hagamos uno ahora y otro a las 3 o 4 de la mañana, cuando volvamos.

Si no venís a lo de mis primas, te lo aviso, me tomo todo.

2019

Hasta marzo no tenemos compromiso con ningún curso ni grupo. Ella se da más tiempo para cada situación. Baila, sí, baila en todo lo personal y lo doméstico, con música o tarareando. Hace días que dobla la ropa que no usa más y la mete en una bolsa de consorcio. Con tal de salir va a cualquier lado. No se exige terminar nada. Escucha los temas hasta el final, me pide que le traduzca algunas letras. Ve series a cualquier hora, los capítulos que aguante, sin importarle dormirse por la mitad.

Yo sigo enganchado con las cosas que pospuse durante el año. Cambiar una puerta para que nadie pase por nuestro dormitorio al ir al baño, estudios clínicos, arreglos que dejé por la mitad. Y como siempre, retomar algunos escritos empezados, promover el último libro, asegurarme de que el siguiente será con un adelanto. Duermo unas horas más pero de día mi cabeza sigue ahí, compulsiva en escribir, no acompaña el ritmo del verano.

Todo puede esperar a que volvamos de Epuyén, me lo señala varias veces. Pipo y María nos prestan su cabaña, ellos ocuparán mi PH durante unas semanas. Apenas nos los propusieron, aceptamos sin consultarnos.

Desde la segunda o tercera vez que sale el tema del viaje, me pone una condición: ir los dos solos, sin Eladia. Apenas con los celus.

Cuando te ponés a escribir, no existe nada más para vos, dice.

Es así. Y ella es así. ¿Qué espero para aflojar?

(Desde la compu de María Ponti).

Epuyén, 8 de enero. Mis queridas amigas, compañeras de grupo. A las que me mandan waps preguntándome cómo estoy y se alegran

de verme contenta, les cuento que estoy en un lugar soñado sin ir a Europa ni por Latinoamérica. Ni que lo hubiésemos planeado. Fíjense en la foto en la que estoy en piyama entre las flores al mediodía, amplíen mi cara. Ahí está todo cuanto puedo contarles. Es el jardín de nuestra vecina, María Ponti, una amiga de los Lernoudes, los que nos prestaron la casa.

Él solo camina medio kilómetro. El dolor en la pantorrilla lo detiene. Cuando se agacha y empieza a frotarse la pierna, sé que me acompaña hasta unos pocos metros más. Yo sigo, no me pierdo una.

Ahora se copó con armar un banco de madera para el parque de María. Hace días que hace dibujitos y prepara encastres con un serrucho que le prestó otra vecina. Quiero que antes de volver nos saquemos una foto sentados con este fondo de flores, me dijo. Como ven, chicas, yo tomo y él siempre está tomado por algo.

Mis excursiones sola son de medio a un día. Todo es diferente aquí. Nunca sé lo que va a pasar después.

Al volver está en la cabaña o en el lago. Una amiga francesa le presta una canoa, puede estar remando o con las piernas colgando del muellecito.

Todos parecen de nuestra misma manada. Aquí solo se trata de llevar la mejor vida que una puede, saber que estamos en la misma y que cuando nos necesitamos hay con quien contar.

Admiro a las mujeres y parejas que se vinieron a vivir al sur, con todas las inclemencias que se cargan al hombro. La naturaleza es todo aquí, mucho más que paisaje. A mí no me alcanzaría para vivir el año entero. Además de que soy hipotérmica, todavía necesito trabajar con los grupos. Son mi pertenencia. Ni fantaseo con vivir aquí.

Figuretti es tan forastero como yo, y sin embargo todos lo reciben como uno de los suyos. Él, chocho, escucha fascinado sus historias, les regala alguno de sus libros. No hay día que no tengamos alguna invitación.

Hoy almorzamos en la casa de otro francés, dueño de una bodega en Mendoza, que nos vende un malbec de exportación a menos que el Alma Mora en los chinos. No me hizo ninguna seña de

alertas. Cuando el francés le contó que había sido chofer de los Rolling Stones, se puso en record y le escuchó fascinado todas las aventuras. Una fue cuando lo metieron en cana para cubrirlos por un asunto de drogas.

Ya no espero que Figuretti cambie ni un poquito. Es así.

No tengan miedo, no voy a decirle que también lo admiro. Y que empiezo a admirarme por poder estar juntos. ¿Seguir? Nunca sé.

¿Ya hay fecha para el próximo Círculo de Mujeres?

Las quiero.

Aceptarla tal como es ella me resulta mil veces más fácil que aceptarme tal como soy. Puedo entenderlo con la cabeza, ponerlo en práctica me sigue costando.

Reemplazamos la crianza de hijos tomando cursos y talleres sobre los mismos temas espirituales que cada uno viene investigando desde hace mucho, al menos treinta años. Ahora no necesitamos adherir a la línea de ningún maestro. Podemos tomar sus ideas como lo que fueron, cosmovisiones que ellos descubrieron en sí mismos, y dejarlas caer adentro nuestro sin ninguna intención. Los dos tenemos cuadernos llenos de apuntes. Ella dice que estamos recursando materias para poner en presente esas ideas antes de volver a casa. A mí todavía me cuesta incorporar que esto es Eso. Que puedo ser este.

15 de enero

El viaje a Grecia tuvo un sentido ratificador de lo que nos decía Susana. Sin lo corporal en interacción con lo mental, las plásticas dionisíacas y apolíneas no se construyen (desarrollar p/alumnos). El paisaje de lo eterno está ahí desde siempre. Cuando una lo visita lo confirma por sí mismo, lo eterno es la confirmación. Lo que viví en las islas no ocurre, sucede. No lo leí en ningún libro ni me lo dijo nadie: lo experimenté yo, me sucedió a mí, Miss Barracas.

Es tiempo de que empiece a amar la vida. Dejar de pelearme con todo, de ser la que sabe más, la que ve lo que los otros no ven, la que debe señalarlo todo, la que no es responsable por la evolución de nadie, la que puede empezar a recoger.

Recién ahora puedo ser amable sin sentirme una boluda, lo compruebo aquí en el sur. Nuestro acuerdo: él no escribe, yo soy amable.

La idea se me viene encima: sí, soy digna de ser amada. La vida me está amando.

¡Qué boludeces estoy escribiendo!

El amor es lo que tenemos en común. Solo eso. No le pidamos más.

¿Qué me une a ella? Si lo supiera…, les respondo a los del equipo de filmación, los cuatro en un mismo dormitorio, veladores apagados. El cámara, el son y el dire son tres cuarentones que me consideran par, no un hombre mayor. De los chistes tontos pasamos a hablar de nuestras mujeres, de lo que nos une secretamente a ellas, y me sorprende lo que acabo de confesarles. Hace dos días no los conocía, ni ellos a mí. Lo chupado y fumado en la peña todavía sigue activo. Más o menos les conté que en el hecho de amarnos hay algo que ingresa en mí sin lógica, sin imaginarios de lo que es, puede ser o sería una relación amorosa con ella, más que en sentido conyugal.

Es un sentimiento que me excede. Excede lo que considero el deseo, mi subjetividad, mi cuerpo, el para siempre.

Ese ir hacia sería el único motor, el único destino. Y como soy el mayor de los cuatro en ese auto, les aclaro que esos hilos transparentes me pueden. Y que lo mismo me pasa con Cafrune, por eso acepté venir a Cosquín y hacerles un preguión para la peli. Todo parece parte del mismo impulso.

No sé si me entienden, no es lo más importante. Ya me pagaron.

29 de enero

Gestos y rituales mudos que ni siquiera nosotros logramos entender. Por momentos creo haberme metido en una relación equivocada. Hay mucho dolor en este anhelo. Siempre que me ocurre espero que esto pase rápido. Con nosotros dos sucede lo mismo que con los militares y la Iglesia. Solo nos entendemos nosotros. Nuestros usos y costumbre los practicamos puertas adentro. Para los demás son incomprensibles, hasta ridículos.

Me lo recuerdo cada vez que cualquiera de los dos se queja de que el otro es insoportable.

Todavía no vaciamos las valijas y otra vez está de viaje. Cosquín, una peli, una buena guita extra. Si le hubiera dicho que me parecía una locura que se metiera en otra tan rápido, se las hubiera agarrado conmigo.

Vaya, mijo, vaya. Cabalgue hacia el horizonte. No quiero ser la mujer que saca al héroe de su misión. Vaya con su sed de eternidad.

Estoy furiosa, mejor paro con esta tormenta de mierdas.

Mi querida, te amo no sé por qué. Si lo supiera, no te amaría. Estaría amando lo conocido por alguna razón preexistente. Así que espero no conocerte del todo nunca y siempre tener algo para descubrirte. Nuestro contrato es al instante. Los sustitutos del amor no son nuestros motivos. El canto busca al cantor, bailemos con lo que ocurra. Volvemos mañana. Mi mano extraña tu cola.

31 de enero

Mi querido, sos alguien que encontró algo más interesante que el sexo. Tu pene perdió la palabra (para vos, no para mí). Los hombres siempre regresan al monte. Siento algo que no quiero sentir. Mis diálogos internos son demasiado veloces para el wap. Me gustás porque me sostenés la mirada. Cuando no te veo se me comprime el pecho. A bientó mijo, me voy de botellón con las chicas.

21 de febrero

Cada vez que pienso en vos, papá, pienso algo distinto que la vez anterior. Esto me gusta.

¿Qué fue de mi cuchillo? Lo envolví en terciopelo. Aparecés, desaparecés, reaparecés. Siempre estás presente, papá.

Ya no tenemos que explicarnos lo que sentimos por el otro. Tenemos una química distinta a la inicial. No tengo que demostrarte nada, no necesito ninguna conexión más profunda. Puedo relajarme.

Se me cae la cara. Tengo colgajos por todos lados. Ya nunca más seré la que era.

Envejeceré en esta larga boda. Sé que cuento con vos, papá.

Enseñar es un verbo sobrevalorado. El grupo de Expansión de la Conciencia se autobautizó Sopita Caliente. Nadie entiende qué pito toco yo en esa historia. Si yo no estuviera, el grupo quizás funcionaría igual. Por momentos me veo como el celador que pasa lista y recoge los deberes. Currando con mi presencia.

Una participante escribió que cuando los docentes compartimos cosas que nos importan, ella está dispuesta a considerar la posibilidad de que también le importen a ella. Pero nota cierto desinterés al respecto en quienes impartimos los cursos.

Me la deja servida. La charla que se dispara a partir de permitirnos sentir lo que sentimos resulta imposible de parar y la profe de Taichi se inquieta cada vez más.

Uno de los tres participantes varones, exingeniero, sube la mano e impide que el grupo se levante de sus sillas. Y cuenta que cuando se enteró de que al ser interferido el fotón se divide y sigue su camino en dos dimensiones paralelas, se le partió la cabeza.

Aquí está ocurriendo algo similar. Propongo que de ahora en adelante solo consideremos lo que cada uno percibe, el resto es interferencia. Lo digo sin saber de dónde lo saqué. La profe de Taichi es la única que no aplaude.

Hoy en el Malba revisamos las distintas tradiciones sapienciales: los egipcios, Giordano Bruno, Pitágoras, Pico della Mirandola, Spinoza, Gurdjieff, Jung… Los miércoles nos levantamos contentos y antes de entrar al curso de Pinkler desayunamos en Le Pain Quotidien de Salguero. A los dos nos entusiasma más aprender que enseñar.

19 de marzo

Mi querido, ahora en el cuarto piso, deben estar tratando que las pincitas de los cables encuentren tejido sano en tu corazón para mandarle electricidad.

Te quiero, te odio. No podés irte así, ahora. Me lo hiciste probar y cuando empiezo a sentirle el gusto, volvés a dejarme como todos los hombres, que siempre me dejan cuando más los necesito a mi lado. Porque al estar mal sí que sé arreglármelas sola, pero cuando por fin parece que encontré un lugar en el que me sobrellevo bien con uno, zápate. Aparece otra, o ustedes se me mueren.

Cargo el maleficio por no haber sido dócil en otras vidas. Atraigo este tipo de situaciones. Dudo de que puedas captar la esencia de mi dolor, no te corresponde.

Por favor, que te encuentren los cablecitos. No solo por vos, también por mí. No me veo sola.

Solo recuerdo que era domingo y habíamos vuelto del Tigre. Además de remar, yo había jugado un doble al tenis y al levantarme del sillón de mi estudio me escuché decirme: Uy, qué mareado que estoy, con cuánta fuerza me viene… Ahí se me corta la conciencia.

De golpe estoy en el living charlando con ella y me parece redescubrir todo. Lo único familiar son las vetas de la pinotea del piso, la tela de los sillones, las copas de las tipas en las ventanas. Sí, me pasó algo, no puedo especificar qué. Puedo pararme, caminar solo. Entiendo que fue grave, más grosso que una lipotimia.

Ella sube con un médico y un enfermero. Me hacen pruebas elementales, tipo cuente de diez a cero, qué hizo hoy. Al terminar el

electro, me preguntan si me acuerdo de dónde tengo el estudio anterior. Sé exactamente dónde lo guardo. Ese pico ya estaba, dicen. Le convendría hacerse ver por un cardiólogo.

Ella me cuenta que escuchó un ruido fuerte y me encontró tirado sobre la alfombra, que me paré con su ayuda y volvimos a la cocina. Que se me veía normal pero que al hablar desvariaba. Ella calcula que entre la caída y que volví en mí, pasó cerca de media hora. La ambulancia tardó catorce minutos.

¿Por qué estoy en salida de baño? Por más que me repite que acabo de ducharme, yo pregunto varias veces lo mismo. Ella no sabe si no la escucho o no registro.

Al acostarme, todo me parece normal y al mismo tiempo irreal. Todavía no puedo contarme lo que sucedió. Es una extrañeza que me viene de las entrañas. Entrañamiento, le comento. Por favor anotame esta palabra en cualquier lado.

Me despierto normal y voy a pie al ICBA, catorce cuadras en bajada. Por el camino no percibo el menor cansancio. En la guardia, antes de terminar de tomarme el pulso, la enfermera me pide el teléfono de un pariente cercano. El de mi mujer es este, el de mi hija este otro, le muestro en mi celular.

Terapia intensiva, ya conectado a un dispositivo externo. Por primera vez aparecen en mi cabeza las palabras arritmia, muerte súbita y marcapasos asociadas directamente conmigo.

Me lo ponen al día siguiente. Un trámite, casi. Al otro día me dan el alta. En casa cada vez que me paro siento un leve mareo, por momentos me asciende un calor incontenible, temo volver a caerme. El médico dice que es normal. Hago lo imprescindible, me dejo cuidar.

A los diez días vuelvo a despertar entre las cortinas de terapia intensiva. Esta vez no sé qué pasó. El médico del piso nos informa que se soltaron algunos cables y que reemplazarán el marcapasos por otro. Uno triple. Con desfibrilador y resincronizador.

Volviste a desplomarte y perder el conocimiento, me cuenta ella. Pensé que te habías golpeado muy fuerte.

¿Así que me caí para atrás? ¿Dónde me golpeé exactamente?

No recuerdo nada de lo que me cuenta.

Sí, pude haberme roto la cabeza al caer. Pero esa sería la consecuencia. ¿Qué me volteó? ¿Un infarto, un ACV, otra arritmia?

Tuviste otra alteración en el suministro eléctrico. La amnesia vino del shock, me explica el médico.

Todavía no sé del todo quién soy.

Ya volverás a ser quien eras mi querido, lamentablemente.

Ella me agarra una mano y mi hija la otra.

Termina el horario de visitas, las dos se van, quedo solo. Aceptarlo, esto me pasó a mí, me está pasando todavía. ¿Pasará? ¿Volverá a voltearme? ¿Y si se me corta del todo el suministro?

El mismo cirujano de la primera vez pasa a informarme que a las siete me llevarán al quirófano. Me mira fijo. Espera que le pregunte algo.

¿Corro riesgo de morir? Haremos todo lo posible para que no ocurra, dice. O sea… ¿puede ocurrir?, pregunto. Arquea las cejas y dice: No piense en eso y trate de dormir.

Un enfermero entra con un sedante y un vasito con agua. Más tarde lo tomo, le prometo.

Boca arriba, pecho cableado, cánulas en ambos brazos, mi cuerpo se hunde en el colchón, yo lo permito. Miro la penumbra. Ningún aroma, ningún sonido, ni siquiera frío o calor. La paz aséptica. El reflejo verdoso del monitor marca las oscilaciones de mi corazón, mis pulsaciones, números veloces que…

2 de abril

Esto no puede estar pasándome a mí. Todo cambió en un instante. Es como estar en medio de una rompiente, no puedo con la ola. ¿Qué tengo que ver yo con toda esta historia? ¿Con este tipo? ¿Necesito pasar por acá para admitir lo que siento por él?

Ahora hacer, no pensar, ser eficaz. Después se verá al precio de qué. Veremos, dijo un ciego, decía papá, y se cayó dentro de un pozo. Largo como pedo de víbora. Cagada como poste de gallinero. Más rápido que el hambre. Así se me va este hombre. Demasiado antes.

Ya no está en mis manos. Nada depende de lo que pueda hacer o no hacer, pensar, angustiarme, implorar. No me pesa no ver más a mis hijos ni a ella ni a quienes quiero, ni que no me vean más. No siento necesidad de terminar nada, ni saber qué ocurrirá después, ni cómo seré recordado. Tampoco me despierta culpa encontrarme con este tipo de egoísmo. Me libera, me alivia. Me voy por una alfombra. No necesito hacer nada. Solo dejarme deslizar sobre ella.

Veo mi biografía como un tráiler, transcurre como si fuera de otro. Reconozco el arenero, los brazos de la abuela Golde, el colegio Ward, la primera redacción donde trabajé, convirtiéndome en adulto…

Veo cómo todos mis actos, aun los quiebres, se ponen en movimiento e hilvanan en una trama que trasciende lo que imagino de mí.

Ninguna de las personas que se presenta me guarda rencor, todas parecen haberme perdonado por no haber estado a la altura de muchas circunstancias. Mantienen una sonrisa cómplice. Hiciste lo mejor que pudiste en cada momento.

Algo me lleva a acercarme a cada uno y decirle gracias, gracias. Todos entraron y salieron de mi vida en el momento justo. Todos, hasta la relación más accidental, estuvieron ahí para transmitirme, o que yo les transmitiera, algo más que lo manifiesto.

Las imágenes se suceden cronológicamente y llegan a un hombre de setenta y cuatro años que hasta hace unas horas avanzaba por la vida sin la remota idea de que estaría aquí, en este trance.

¿Tengo o no tengo miedo? ¿Lo estoy negando? ¿Debería sentirlo?

El goce de lo que percibo, el alivio que me ha tomado, la precisa liviandad con la que todo se presenta, la sensación de estar hecho, todo me hace ver que las preguntas son irrelevantes.

El miedo no es una parte consciente de mí.

Ni el hecho de estar tan tranquilo me intranquiliza.

No te hagas el tonto, hace tiempo que te preparás para este momento.

Bueno, diría que llegó.

Cada dos segundos pienso algo distinto.

3 de abril

Siempre me tocan a mí los momentos como este. Con mamá, con papá, con mi hermano mayor. Ahora él, el bueno que se va. Yo, la mala que se queda. Su cardiólogo es un soberbio al cubo, no supo ver que la arritmia ya estaba. Además discutió con el cirujano que le salvó la vida. Si se muere me quedo sola de nuevo, con este caserón, con todas sus cosas, con todos sus libros en obra. Sin él.

Ya respondí todos los mensajes. Me quedan unas pocas horas para dormir. Quedamos a las 7 con su hija para meditar juntos en el cuarto antes de que se lo lleven al quirófano.

Que no haya tres caídas, con dos me alcanza. Aprendí. Desconecto.

También recuerdo haber visto la hora en un monitor del sismógrafo: 03:51.

Dejar este cuerpo, dejar esta vida, desaparecer…

¿Cuáles serían las afirmaciones y las preguntas correctas para la ocasión? ¿Cuáles las incorrectas?

No me da miedo que al reemplazar el aparatito ocurra algo con lo que me queda de corazón, menos de dos tercios de masa, oí comentar. Ni que alguno de los nuevos electrodos no encuentre dónde hacer contacto.

6 de abril

Ando por la casa como una extraña y a la vez la considero más mía que nunca. Cuando alguien va a verlo, me vengo al Conde, leo Página, trato de tomar distancias de lo que estoy viviendo.

Mientras caminaba para acá, vi claramente lo que me pasa. Lo que pasó ya pasó. No sé cómo hice para ser tan pragmática. Todavía estoy tomada por esa fuerza, se mezclan tantas de mí, tantas de mí me sostienen al borde del precipicio.

Tengo miedo de que le pase de nuevo. No hay nada que yo pueda hacer para impedirlo. Todo depende de él, y ni siquiera.

Si se muere, tendré que volver a mi casa o al departamento que primero quede libre. Quedarme aquí es demasiado caro. Tendría que compartirlo, alquilar cuartos. O ir vendiendo cosas (todo menos el lavavajillas). ¿Dónde estaría la mitad de lo que hicimos juntos durante estos cinco años? ¿O se consideran solo los meses que convivimos?

Me veo horrible planteándome ya estas cuestiones. No soy yo. O lo soy y no quiero verme.

Tengo miedo de que esta vez no le caiga la ficha de lo que realmente le pasó. Aunque ahora el corazón le haya vuelto a funcionar, algo le pasa en el cuerpo. No sé si es consecuencia del impacto o que quedó así por el susto. Está bastante más perceptivo. Cuando quedamos solos me toma de la mano de otra manera. O mueve la cabeza como diciéndome: Por las que pasaste, eh. Como si a él no le hubiera pasado nada. En ningún momento lo veo llorar. Ni una lágrima.

Con su hija todavía no habló a fondo del tema. Es la hija del sargento, me dijo varias veces antes. Lo comprobé. Apenas se enteró se ocupó tanto de él como de mí. Es de las mías, una madre coraje. Si él se muere, seríamos algo así como socias en el…

Sensibilizar los registros. Pasar de palabras a registros. Improntas que recuerdo sin necesitar ponerle palabras. Salir de la lógica (conocida) de las formas (conocidas), abrir espacios a la conciencia desconocida sin crear otras formas.

En rehabilitación me dicen todo lo contrario. Trascienda el cansancio. Cuente. Razone. Causas, consecuencias. Hágase a la idea. No se dé manija. Respire.

También me da por las pelotas que vengan a casa y me digan: Tenés cuerda para rato. ¿Qué saben de mí para decir que me voy a recuperar rápido? ¿Para qué me cuentan cómo les fue a otros que les pasó lo mismo?

Prefiero fumarme solo este porrazo.

8 de junio

Me propuso compartir todo lo material, que dejemos de trabajar y nos dediquemos a lo que más nos guste. Tenemos los medios, repite, la herencia es un error de cálculo.

Si dejo de trabajar, ¿qué pasa con las muchas yo que soy? Se irán apagando, y de vuelta a ser la temida, el bosque, el llamado que asusta… ¿Qué hago con todo lo que sigo percibiendo? El presente (vivir en él, tomar toda circunstancia como una meditación, Susana dixit) no me alcanza.

Dejar de trabajar del todo tampoco me entusiasma. Lo único que me permite volver a las otras mujeres que fui, y soy, es viajar, viajar es lo único que me despierta curiosidad. Saber de dónde vengo, a qué realidad pertenezco, repatriarme de este exilio…

El cable se me vuelve a desconectar y mi corazón no resiste un tercer bloqueo, la fantasía es recurrente.

Cada vez que giro la cabeza, me mareo. Pierdo fuerzas. Bajo doce kilos, no me reconozco con ojeras.

Todas las mañanas despierto sin saber quién soy. Ni dónde estoy. Necesito resetearme varias veces por día. Recordar que todavía estoy aquí, que vengo de todo lo que recuerdo haber vivido, que este es nuestro dormitorio, que ella entiende lo que me pasa. Y no me abandonará.

16 de junio

Me cuesta sostener el decálogo que firmamos, acostumbrarme a no meterme donde no me pidieron, no hacer comentarios en voz alta, no preguntarle: En qué andás.

Me cuesta pedir bola. Para él basta con abrazarme en cualquier cruce, o verme pasar a su lado. Me cuesta no correrme unos centímetros en el sillón, apenas, para insinuarle que quiero que se me tire encima.

Todo el mundo quiere un pedazo de mí. Todo me cuesta mucho más. Elegir las músicas, preparar materiales para los alumnos, ir a mi grupo, charlar con mis hijas, encontrarme con amigas, soportar los días. Una vez que el día se encamina, menos.

Él está comiendo en la esquina. Y yo aquí, sin saber qué hacer…

Si algo se vuelve previsible o repetitivo, hay que dejarlo. El enemigo es la costumbre.

¿Podés dejar de tomar por unos días?

¿Vos podés dejar de escribir todo el día?

¿Podés solo tomar una copa por hoy?

¿Vos podés escribir solo un par de horas por hoy?

Choque esos cinco, compadre, digo levantando la copa.

Ella prepara una caponata para llevar a lo de Claudia. Todavía sigue la música repetitiva de Steve Reich que usó para experimentar giros derviches en el living. Sobre la mesada, entre la bacha y el exprimidor, la botella de anoche. Ya corté aceitunas, abrí las latas de atún. Ya cambié la bolsa de basuras. Todavía es temprano para salir.

A Eladia le gusta que la apoye sobre la mesa de la cocina. Le hablo a la pantalla:

También quedarse sola en casa, ¿no, Eladia?

Ella está rompiendo las galletas marineras en mil pedacitos. Se sirve lo que queda en la botella de anoche y la usa como palo para

seguirles encima. Hace caras de estar aplastando a alguien. Tomá, tomá.

Sigue distante de mí.

¿Cómo no amarla?

6 de julio

Me había olvidado del sacón bordó que compré en el Marché aux Pouces por 7 euros. Estaba colgado debajo del tapado negro, como esperando a que me decidiera a usarlo. Me queda divino. Quedo divina en el personaje que me crea. No importa la forma sino la idea-corazón. Tengo ciertas ideas que me ordenan las demás.

El sacón bordó me vuelve más real, es mi número de oro, mi proporción sagrada para pasar del mundo interno al material.

Tendría que ponérmelo de noche, cuando me despierto y me cuesta tanto volver a dormirme. Necesito viajar a algún lado. Con él o sola. Adonde pueda bailar desnuda adentro del sacón bordó.

Me lo pregunta de una:

Si te pasa algo, ¿qué hago?

Me hacés cremar y me tirás al viento desde la terraza.

No, boludo. ¿Me quedo aquí, en este departamento?

Claro.

¿Tu hija me lo permitirá?

Se lo dije y está de acuerdo…

¿Y si cambia de idea?

La requeteconocés.

Sí, pero no quisiera pasar mis últimos años pobre.

¿Querés que lo escriba y lo firme ante un escribano?

Me sentiría más tranquila.

Le corresponde, me digo.

18 de agosto (mail)

¡Buen día! Cuando dejes de trabajar vení a la cocina.

Con Alberto Lóizaga terminamos en cuarenta días un libro sobre estar atentos al ahora. Como pasta base, usamos lo que nuestros respectivos bobazos nos abrieron el bocho. El suyo terminó a corazón abierto.

Yo todavía me resisto a tomar todo lo que se me da como algo natural.

Hay una promo para ir Cartagena, grita ella, contenta. Me alcanzan los puntos para que vayamos los dos. Si me pagás el precio de tu pasaje, vamos, aclara.

No me entusiasma que viajemos solo para aprovechar puntos. Si de veras tenemos ganas de ir a Cartagena lo pagamos y chaupinela. Y si dan más puntos, mejor.

También me hace ruido pagárselos. Dice que usará ese dinero para sacar otro pasaje a Francia. Si quiere ir a donde se le cante, ella puede tomarlo del sobre azul. Ahí está el punto: me gustaría que usara nuestras reservas, la sentiría más cerca. Este canje me coloca en una posición de asimetría.

Tengo el talón de su pie en la palma de una mano, su rodilla clavada en el esternón. Le jugueteo con los dedos entre las bolas y más atrás. Aprieto su próstata. No sé a quién de los dos pertenece el pulso que siento. Sube y baja como si pasara un flujo, uno tras otro. Acompaño el ritmo a presión leve. El pito se le va cargando de sangre. Sigo. La envergadura es más grande que mis dedos. La aprieto, la revoleo, se la escupo. Nos duchamos juntos. Después, no antes.

Por momentos se me hace que dejé de gustarle. Que me ve como un objeto adosado, o un mal necesario. Soy su peor es nada, el parche que hace más llevadera la soledad del atardecer, las mañanas, los fines de semana, las borracheras.

A mí me pasa lo mismo. Me molesta tapar el vacío con su presencia. Cuando estoy con ella no puedo entrar en mis mundos.

Converso hacia afuera, no me escucho.

Ahora bien, ¿por qué me cuesta tanto pasarla bien y dejarme de joder? ¿Tiene que ver con mi miedo a ser feliz? ¿A recibir de la vida? Por las mías nunca hubiera elegido venir a Cartagena. ¿Para esto volví a nacer?

5 de septiembre

No pasaron tres días y ya estamos podridos de caminar por la muralla, recorrer museos de despojos coloniales, hacer tours por la bahía, entrar en librerías garciamarquetizadas, sentarnos en la Plaza del Reloj a mirar pasar personajes raros, sonreírles a todo tipo de putitas, rechazar ofertas, ir a las playas de Crespo en busetas, tomar ron con borrachos en Donde Fidel, bailar salsas entre las mesas.

Anoche en el Havana un mafioso me miraba tan lascivo que debí optar: irnos o acercarme y preguntarle: ¿Qué hay conmigo, compadre? Con voz de radioteatro, me pidió que le concediera una pieza. Jamás imaginé que un tipo con ese aspecto pudiera mover las piernas con tanta sensualidad, seguirme con tanta independencia. Durante cinco minutos entré en un clima de pertenencia total. Al terminar, le volvió su cara de despiadado y nos invitó a sentarnos con sus "amigos". Las comillas las puso él con los dedos. Después le bastó levantar la mano para que nos trajeran una ronda de Mil Demonios.

Como siempre, Figuretti solo mojó los labios. Cuando contó que era escritor, el mafioso le dijo que al único al que leía era a Bukowski y yo pasé al olvido. Con la morena que se nos había pegado bailé como pude una rumba pesada, hasta que dejamos de encontrarle sentido.

Vinimos a la isla Mucurá. Apenas salimos de Punta Chinchimán, se desató una lluvia torrencial. Lancha de línea, techo de lona, ninguna protección lateral, dos monstruosos fuera de borda al mango.

Por más que nos dicen que las tormentas huracanadas son pasajeras, viajamos cerca de una hora debajo de los asientos. Vos ya estás acostumbrado a morir, yo no. De esta no salimos. Perdí la cuenta de cuántos pises me hice.

¡¿Sobreviví a dos arritmias severas para venir a morir en esta lancha colectivo de mierda y que me coman los tiburones?! Diluvia, por más Caribe que sea. Nunca había estado acurrucado debajo de un banco de plástico sintiendo en mi propio pecho los panzazos de las olas. Parecían querer acabar con el casco y con nosotros. Nunca me la imaginé tan cerca, ni así. Ya no dependía del buen o mal funcionamiento de mi corazón. Ella se había escondido dos bancos más adelante.

Después me contó que lo había vivido como parte de la aventura: Necesito esto, necesito esto, se decía a sí misma.

Dejaré que durante estos cinco días los acontecimientos decidan por nosotros.

Flotar en aguas celestes hipertransparentes, tibias, comer langostas enmantecadas, que te traigan vino blanco helado a la tumbona, escuchar los poemas de Marie Oliver que me lee en voz alta, chuparnos salados, coger en el mar, acabar y sentirlo acabar, dormir entre sábanas de un hilo endiabladamente suave. Es fuera de temporada, en todos lados estamos solos. Todo es demasiado perfecto.

El gerente del hotel nos llevó a conocer Santa Cruz, un islote artificial construido con chatarras sobre corales y pilotes. La gente que trabaja en los hoteles vive ahí. Solo se puede ir después de almorzar, a las cinco sube la marea y es peligroso andar entre callecitas hechas con tablones y cuartuchos flotantes.

A cuatro minutos de lancha de ahí, otro islote que es solo un enorme rancho de dos pisos en medio del agua. Varios cruceros amarrados.

Lo que ustedes quieran… de la mejor… chicos de cualquier edad…, nos informa el gerente del hotel. Los dejo y vuelvo a

buscarlos cuando me avisen… No tengan vergüenza, de todo el mundo vienen parejas como ustedes…

Estoy a punto de bajar de la lancha, él no. Paso, dice. Si vos querés, andá, no problem.

Volvemos sin hablarnos. El gerente rehúsa cobrarnos el tour.

Si se animaba, se salvaba para siempre.

No importa, igual me acompaña hasta mis límites cinco.

Al volver a Cartagena, me lleva a conocer el barrio de Getsemaní.

Continúo siendo un maldito, un K crítico. Voy a votar a Alberto y a poner la mejor onda para defender los ideales. Pero sigo sosteniendo que me parece un enjuague para que Cristina no vaya en cana. Esto me pone en la vereda de enfrente de ella, que me dice: ¡Por qué no te vas a la concha de su madre y la cortás con eso!

No es la primera vez que me lo recrimina. Lo mismo mis hermanos, dicen que no existen pruebas para condenarla.

Me chupa un huevo que me consideren un traidor y desconfíen de mí por no creerme el relato de los Fernández.

Toda la vida fui así, no puedo cambiar. Por eso los voto.

¿Justamente vos, que vivis de tus relatos?, dice ella y me saca la lengua.

Volvemos de llevar una bolsa de verduras a la olla popular que funciona detrás del mercado de Bonpland. Lo hacemos todos los martes, y al volver siempre una chispa enciende la discusión entre nosotros y terminamos peleados.

Hoy ella fue concluyente:

A fin de mes me vuelvo a mi casa.

¿Todo porque dije que Alberto es un títere y Cristina va a hacer todo lo posible para impedirle gobernar?

No, porque faltaste a tu palabra.

¿A cuál de ellas?

Que me firmarías el usufructo de por vida o la posibilidad de alquilar el departamento de Melian por si te pasa algo.

Antes de irte, por favor abrí el sobre blanco que hay en el cajón grande de tu escritorio. Está ahí desde hace más de un mes, fijate.

Dos copias certificadas por tu amiga la escribana.

En medio del beso, dice: Alberto es peronista y basta.

Soy un eterno aguafiestas, sorry. Desde chiquito fui entrenado para pensar así.

20 de octubre

Necesito naturaleza, su falta me está matando. Campo, contacto con lo natural, basta de estar encerrada entre paredes y ventanas. Necesito cielo, embarrarme las manos, ver crecer lo que como…

Pensamos que convivir en una chacra con un grupo de personas afines sería una opción. El cohousing se nos pinchó. Los demás son más jóvenes, tienen más tiempo. Y todas mujeres.

Volvemos al plan uno acompaña al otro. Al irnos del proyecto, Claudia sugiere que lo intentemos cada pareja por su lado y juntos. Con los Lernoudes, los seis. Lo que fuera con tal de no seguir en la ciudad, le digo.

Mi vida aquí puede volverse demasiado monótona para los años que me quedan. Quiero volver a decidir por mí, de acuerdo con mis ganas, acomodarlas. Temo adaptarme a algo que no me haga feliz. No quiero pertenecer a lo nuestro, necesito sentirme libre.

Él vive gracias a mí. Por Dios, que no haya tres caídas, dos me alcanzan.

Ahora confía más en mi capacidad de elección y está dispuesto a sumarse, siempre y cuando no ponga en riesgo ninguna de sus necesidades de estabilidad básicas. Las contradicciones que no podemos resolver nos unen más que el amor. Igual me siento respaldada cien por ciento por él, como si mi ciempiés durmiera cucharita delante suyo.

No estoy aquí para hacer feliz a naides.

Soy amorosa y terrible.

Me llama la tierra, el verde, la tranquilidad a cielo abierto, como decía papá. El gen nómade busca lo que nunca podrá alcanzar. Yo estoy dispuesta a seguir mi propia utopía hasta donde pueda.

Ganamos las elecciones. Siento una libertad que nunca tuve. No todo está perdido. Vamos al búnker de Chacarita. Ningún conocido. Son de otra generación, vienen de otro lugar. Sigo siendo una de ellos.

Quiero volver a Epuyén y recorrer más. El año pasado nos limitó el hantavirus. Volver y remar por el lago, sentarme a charlar con María Ponti en su jardín, ir a lo del francés, conocer Piedra Parada, imaginarme un águila en los cañadones, ir a ponerle una flor a Santiago Maldonado… Quiero.

2020

Epuyén, 29 de febrero

On est venu ici que pour ça… Alguien lo grabó en el dorso de la medallita que me regaló el francés. No importa quién lo diga ni en qué circunstancia, dijo al dármela. Papá hubiera amado esta frase.

Cuando tomo a la par de otro que también toma, el vino no me voltea. Me da otro tipo de presencia.

El francés me ofrece representar su bodega en Buenos Aires. Venta directa, nunca lo hice. Podría hacerlo. ¿Para esto me vine preparando toda la vida?

Quiero vivir en domingo.

Este año el acuerdo incluye tampoco traer los cuadernos. Me mando por el celu notitas y palabras sueltas. Aunque no tenga señal, en algún momento llegan.

Panza arriba miro a los escaladores colgados de las paredes de La Buitrera. Miro desde lo alto el río que corre al pie del cañadón. La miro a ella, que se acerca al borde y mira el abismo…

Al atardecer nos bañamos en el río Chubut. Esta misma agua agradable que se desliza por nuestros cuerpos es la que congeló a Santiago Maldonado hace unos meses. Los rayos de sol sonrojan aún más las rocas oxidadas.

Día entero en piyama y pelis en lo de María Ponti. Charlas sobre las enfermedades de cada uno.

Vemos a Sophie preparar dulces de frutos rojos. Le compramos frascos para todo el año y regalar a nuestras respectivas hijas.

Kermesse en el predio de los artesanos. Suéter mapuche.

Caminar entre las ramas que rodean al río.

Posibilidad de que hagan una represa eléctrica para abastecer a las acerías de Bahía Blanca.

Aviones que pasan y dejan líneas de humo…

Dicen que con el frío el Covid se pondrá peor, que por varios meses no podremos salir de casa, que te podés contagiar hasta de un picaporte.

3 de marzo

Ya no creo en nada. Ahora quieren disimular el escándalo de Vicentín. Alberto nos tiene encerrados y arrugue tras arrugue. Cada vez que miro lo que pasa afuera de esta casa veo otra pandemia dentro de la pandemia.

Me veo sin edad. Ni a mi misma generación pertenezco. Más envejezco, más me vengo de la que no fui. Se me está cerrando un círculo.

No sé qué pasará con nosotros. Ya tuvimos casas separadas, ya hicimos una juntos. ¿Esto sigue así? Necesito riesgo. Aunque más no sea, un riesgo común a los dos.

Estoy perdiendo la capacidad de disfrutar. Estoy demasiado acostumbrada a él. Necesito magias en las que creer. Algo que me motive. Un sueño.

No soy una con vos. No espero que satisfagas ninguna de mis necesidades ni que llenes ninguno de mis vacíos. Nuestra relación no es lo que más me interesa en la vida. Mi dolor es mi dolor, mi alegría es mi alegría, mis miedos son mis miedos.

No me pidas que le ponga onda.

Yo represento algo mayor a lo que soy y a lo que ves en mí.

Extraño mi deseo por vos.

Todos los bares debieron cerrar, mejor que me ~~*habitúe*~~ haga habitué de mis mañanas en casa. Recién al terminar mis deberes domésticos puedo armarme momentos como este. Necesito esta media horita

previa para salir del modo orden y limpieza, y dejar que me aparezcan otro tipo de oraciones.

Escribir, por ejemplo, que todas mis relaciones anteriores quedaron como un paréntesis entre aquel niño perdido y este personaje de mí que apareció hace casi un año. Mi entenado ahora se permite decir todo lo que pasa por mi mente, aun a riesgo de ser incoherente. ¿El marcapasos tendrá algo que ver?

Hoy escribiré sobre la formulación del lenguaje poético, del partir sin saber a dónde iré y de eso otro que recuerdo sin decirme que grabé con Hugo Mujica. Hasta la hora de cocinar, nada fuera de esto existe para mí.

6 de abril

Tengo lo que siempre ansié. Encontré espacios propios para crecer, investigar y desarrollar otras cosas. No quiero ir más a la fundación, no necesito una institución detrás. Mi nombre ya está instituido. Ahora se trata de anunciar el cierre de los grupos… y dejar entrar el pánico subsiguiente.

El pánico es igual al que tuve cuando mi primera hija quiso dejar de estudiar y trabajar. Ser ya, tener hijos, dijo. Ahí operó en mí el miedo de mamá. El miedo no, el dolor, el dolor de que ella no pudiera seguir estudiando. Me viene del miedo a lo que sentí cuando, ante la misma disyuntiva, me puse a estudiar y a trabajar, a pesar de todo, a pesar de los hijos y ocuparme de la casa.

Atravesar mi escena traumática transgeneracional provocó la posibilidad de recibir en la familia un nuevo ser.

Con que esto ya aparezca en mis nietos podría darme por satisfecha.

Cada vez que me escucho decirme ¡Ya está! ¡Ya está!, entro en el abismo.

Ella insiste con eso de que no quiere que yo la quiera. Ni quiere que se lo diga. Quiere, y a la vez no quiere. Quiere básicamente no

sentirse obligada a quererme.

Hasta hace unas semanas íbamos al teatro, al Tigre, a recorrer librerías. Entrábamos en un bar, ella pedía algo fuerte, me lo daba a probar, nos dedicábamos a observar. Cualquier cosa nos asombraba.

Que ahora no hablemos, o que uno de los dos no hable, no significa que esté enojado o le pase algo con el otro. Tampoco después tenemos que contarnos por los mundos donde anduvimos.

Durante los primeros días de la prohibición de salir a la calle me olvido de ella, y me permito ignorarla. Con todo, de tanto en tanto necesito un gesto que me lo confirme. Sé que le gusto como soy, así, con mis rigideces plásticas y mis ideas frías.

Encuentro, estar solo y dejar estar solo al otro, estar solo, así.

El encierro empieza a complotar contra toda pauta.

14 de mayo

Mi trabajo no funciona sin la presencia. Bailar cada uno en su living, solo frente a la computadora apoyada en el piso, no es dejar que mi campo entre en el campo de otros y nos permita intervenirlos de la manera que surja. Así es muy difícil interactuar y dejar que emerjan nuevos personajes. Hacer la clase desde sus casas a los alumnos solo les sirve para no olvidar este espacio. Por eso dejé de cobrarles.

En las cartas natales también me falta el otro enfrente, veo menos interrelaciones.

En verdad, no sé que hacer, no sé no hacer nada. Necesito aprender a disfrutarlo.

Zoom para seguir trabajando, zoom para asistir a cursos, zoom para reunirnos con familias y amigos, zoom para visitar museos digitalizados, zoom para ver obras de teatro caseras, zoom para charlas temáticas…

Vivo en modo zoom. Tantas horas frente a la pantalla, mi emocional se reduce a caras y frases. La vivencia queda acotada.

Mi estudio, mi soledad, compartir reuniones, saber del otro, el nulo contacto, la vida misma. Cuando vuelva Internet buscar el significado de nuda y ver si aplica a esta percepción de la vida. La nuda vida.

Dejar de ver lo que me falta y sacarle el máximo jugo posible a lo que hay, lo había olvidado. Ahora soy el que pasa horas sentado. Ser solo eso.

No saber si las paranoias son reales. Si tomar la pandemia como un aviso del cosmos para parar y sintonizar. El espacio interno, entrar en lo que se me revela por esa vía. Darme cuenta de lo que realmente nos estamos perdiendo.

Desde hace dos semanas, todos los días ella pega en mi lámpara verde un sticker con una palabra diferente. Casa. Milagro. Verdad. Extremos. Volver. Habitar. Enigmáticos. Facilitar. Ilesos. Sensatez. Hoy puso tres palabras: Salir del simulacro.

29 de mayo

Tenemos dos Scrabbles. En el suyo las fichas son de madera, en el mío de plástico. Jugar con un solo tablero ya no nos resulta… Se nos volvió monótono. Empezamos jugando como si fueran dos partidas simultáneas. Ahora nos permitimos intercalar letras de un juego en el otro como si fueran el mismo. Una cinta de pintor une los tableros por debajo y el que engancha una palabra que pase por los triplica puntos palabra de los dos tableros, sextuplica. También admitimos palabras en francés. Inglés no porque no sé. Y cuando uno gana más de tres partidas seguidas, está obligado a facilitar al otro la letra que necesite. Y si no la tiene, debe decirlo.

Ya no me gana siempre.

Al terminar no doblamos los tableros por la mitad sino uno sobre otro. Ya no guardamos las fichas, solo las ponemos boca abajo sobre la mesa del living y ordenamos para que formen un rectángulo.

El vecino de arriba me declaró la guerra por dejar la bici en el recodo de la escalera. Llegó a grabar con el celular opiniones de otros vecinos. Perdió el control sobre sí mismo. Lo ignoramos, tratamos de que solo se lo banque su familia. Ella le manoteó el celular y le dijo que si me volvía a gritar, los tiraba por la escalera a los dos, al celu y a él.

Cada hora o dos hacemos el circuito cocina, patio, lavadero, taller, vestidor, dormitorio, pasillo, living, cocina. Por lo menos diez veces. La vuelta incluye comentar en voz alta los detalles observados sin detenerse. Vale agregar lo que se nos pase por la mente.

A caminar por el barrio salimos de a uno. Zigzagueamos las seis cuadras a la redonda permitidas como si hiciéramos un relevamiento. Las casas se ríen de nosotros. Nosotros moriremos, ellas quedarán.

Hoy se le fue la mano con el espray de lavandina sobre las verduras y mi chaleco azul está lleno de puntitos blancos.

19 de julio

El mejor momento del día sucede entre que me despierto y que abro los ojos. Todo negro, puedo no hacer nada, pensar cualquier cosa, no tomar ninguna decisión. No estoy. Recordar ese momento es lo que me salva durante el día.

Como vengo no pudiendo dormir, anoche él durmió en su estudio. Si está a mi lado prefiero estar sola. Cuando duerme en su estudio quiero que venga.

Hoy me quedé todo el día en la cama y aproveché para dejar ir mis sentimientos. La pandemia revela lo que me oculto de mí. Zonas a las que no entro porque no quiero quebrar su secreto.

Ser cruel me salta como un resorte. Cruel para que nadie se atreva a ser cruel conmigo otra vez. Y si no salta ese resorte, salta el de mi hartazgo congénito. O el que me hace creer superior cuando sé que no es así. Mirándolos bien, muchos de mis personajes ocultos tienen su sentido. Son mis refugios.

A él ahora creo estar viéndolo como es y no como lo veía.

Había olvidado lo de la vuelta de Epuyén. Al terminar las montañas, cambiamos y manejaba ella. Pude dedicarme a ver el paisaje. La primera vez que la rueda mordió la banquina no dije nada, seguí mirando la estepa pelada. De repente, en menos de un segundo, debí tomar el volante con la mano izquierda y enderezarle las ruedas. Estuvimos así de hacernos mierda. La maniobra la despertó, frenó, volvimos a cambiar. No le dije nada. Se volvió a dormir a mi derecha, la mandíbula le colgaba, roncaba delicadamente.

Lo recordé anoche al volver de llevarle unas carpetas a su nieta. Veníamos en su auto, manejaba ella. Hicimos esas quince cuadras infinidad de veces. La segunda vez que pasamos por la misma esquina y tomamos para el lado opuesto a casa supuse que quería pasear un rato. Volvió a doblar, una y otra vez, y pasamos de nuevo frente a la casa de su hija. Siguió, y antes de entrar en la avenida estacionó y me dijo: Estoy perdida.

Hoy a la mañana, al salir del súper, se tragó un auto y abolló toda la trompa. Quiere que esta madrugada, cuando nadie nos vea, le haga lo mismo con el mío y le hunda el baúl para decir al seguro que la hicieron sándwich.

23 de julio

De chico te mentías y vivías en función de los cuentos que te hacías y dabas a los demás. No sé hasta qué edad creíste que ese que te hablaba por dentro eras realmente vos. Si fue porque eras el menor y no estabas a la altura de lo que te exigían, o buscabas una realidad mejor, no hace diferencia.

Tu grado cero es no poder salir de los mundos que se te crean en la imaginación. De todo eso que te construís. No encontraste nada mejor que convertir tu vocación en identidad, oficio, medio de sustento e inserción (en ese orden) y finalmente en tu éxito-trampa. Te creés lo que escribís, lo usás como fachada para vincularte con

los demás, y pretendés que se te considere por lo que irradia tu presencia y por lo que pusiste en palabras, ordenaste, publicaste y suponés que leímos.

No te creíste ni te creés la fama. Te alcanza con saberte conocido por algunos raros como vos.

Lo único patológico que se advierte es tu compulsión. Desde antes de abrir los ojos ya estás pensando en cómo seguir lo que tenés empezado. Esa pulsión es la que sugiero revisar. Esa sed permanente.

Fijate si no estás trasladando el miedo a morirte al miedo a no escribir más.

Informe a pedido del interesado. Mi firma. Matrícula 16791

Cuando escucho sus gritos estoy acomodando los platos y tazas relucientes que saqué del lavavajillas. Repite mi nombre desesperadamente…

¡Vení! ¡Vení de una vez!

La encuentro tirada en el piso del baño, todavía mojada. Me patiné al salir de la ducha, me cuenta. La levanto, la envuelvo con la toalla, la seco.

Se toma el brazo derecho. Me dice:

Me lo hice mierda, estoy segura

Clínica Adventista. La guardia no recibe accidentes. El Centro de Traumatología de su prepaga está a quince minutos. Llegamos en diez.

Mientras le toman una radiografía, respondo los acertijos que aparecen en un monitor colgado del techo y pienso en lo frágil que se está volviendo todo. La médica de guardia, una venezolana que parece recién recibida, le ata la mano derecha con una soga y la pasa por encima de un brazo metálico, arriba de la camilla. Del otro lado, cuelga una bolsa con piedras. Le va a doler, dice. Se lo hago para ver si evitamos operarla. Vamos a reacomodar los huesos que se desplazaron. Grite cuanto necesite.

Le sostengo la otra mano. Me clava las uñas en los dedos.

El yeso hasta el hombro la limita casi totalmente. Le cuesta aceptar que yo deba ocuparme de todo en casa, ayudarla a vestirse, responder los mails por ella. Sus amigas quieren venir a verla, sus alumnos se ofrecen para lo que necesite.

Vivo por celular, dice y se enoja apetrándolo con la otra mano.

A la semana volvemos por otra radiografía. No hay nuevos desplazamientos. Le dejan solo una venda. Ella no para de mover los dedos. Quiere pasar por una carnicería y que agreguemos dos o tres vacíos a la bolsa de verduras para la olla de Bonpland.

Después que la dejamos, me insiste con ir a Liniers a buscar dos sillitas plegables para la terraza. Pasamos por la dietética de una amiga en Devoto. Durante el trayecto mueve de más la muñeca y hace como que no siente nada. Se niega a tomar calmantes, solo árnica. Al llegar a casa, insiste en hacer tareas que figuran debajo de su nombre.

¿No te dijo la médica que tu brazo derecho necesita otra semana de reposo absoluto antes de iniciar la rehablitación?

Hoy te debo muchas, me dice cuando vuelvo al cuarto después de lavar los platos de la cena. ¿Hasta cuando me vas a aguantar?

8 de agosto

No me conoció de joven, cuando todos se volvían locos por mis piernas y mi culo, y mi cara era más angulosa y no me colgaban estas bolsas. Él dice que mi piel conjunta con la suya, que las blancas leche no le levantan llama. Que transpiro apenas y que también, cuando transpiro y estoy húmeda, lo excita refregarse sobre mi cuerpo. A mis lolas, ahora grandes por gorditas, también las agarra toda vez que puede. Las busca de noche, cuando pasa por detrás en la cocina, cuando manejo. Siempre aprovecha para acariciarlas. Cuando me monto sobre él, las sostiene y exhibe como trofeo.

Además tiene una relación de amor extracarnal con mi chochona. Nunca se duerme sin haberla registrado con la palma de su mano o

haberla hurgueteado un poco con los dedos. No busca calentarme, sino decirme que también le gusto ahí, sin necesidad de meterme su remolona. A mí me divierte hacer canastita en sus bolas, como si estuviéra pesándolas, sin intención de que se le pare. Agradezco a Dios que no sea de esos hombres que si no se las chupan creen que una no los quiere.

Soy mucho más libre que él. Puedo amarlo aun sin amarlo, decirle lo primero que se me cruza sin importarme en lo más mínimo cómo le caiga, decirle algo y al rato repetírselo, o todo lo contrario. Puedo comerme las tres últimas aceitunas sin la menor culpa. Lo tengo agarrado desde otro lugar. Adora las libertades que me tomo.

Ahora que por la muñeca rota no puedo manejar, siento que le gusto más porque le permito que me cuide. Los jueves me lleva al grupo y espera en un bar con Eladia o un libro. Hoy me acordé de que lo había dejado en un bar recién cuando pasé delante de mi auto estacionado y no recordaba dónde tenía las llaves. Se lo conté y se sonrió. Mis despistes lo divierten.

De ahí me llevó a un kinesiólogo que le sacó los mareos después que le pusieron el marcapasos. Entró conmigo al consultorio. Solo le faltó decir: Aquí le traigo a la nena, doctor.

Al volver me pidió que le cantara Luna cautiva. Lo que yo menos ganas tenía. Es parte de la rehabilitación, lo dijo seriamente, como si supiera, o algún médico lo hubiera indicado.

¿Cuál rehabilitación? ¿La de mi muñeca?, le pregunté. Y me contestó: No, la mía. ¿O te pensás que a mí no me pasó nada con tu caída?

Tanto me corre por ese lado que aflojo y deja de pesarme que me quiera así, piantada.

Tanto sé que le gusto que no sé, no sé. Hago como que soy suya hasta creérmelo yo misma.

Solo puedo decir que la soledad de a dos es un poco mejor que sola.

Los dos esperamos las 10:30 de los miércoles, esa hora nos llega el link para entrar al curso de Pinkler. Durante la semana, volvemos a

poner las grabaciones. Conectamos alguna de las computadoras al televisor del living y nos sentamos en el sillón con el mousse a mano para retroceder y tomar notas más tranquilos.

Circula el link entre varias de sus amigas. Los míos no se copan.

Entra al estudio y anuncia a plena voz:

El año próximo no abriré ningún grupo. Solo voy a continuar el instructorado, y solo por pocos meses más, hasta que se gradúen dos o tres alumnas y pueda dejarlas al frente de las clases.

30 de agosto

Esto no es algo aislado. Hay un cambio de era. Es la única vía que la vida tiene para advertirnos que todo lo que hacemos está mal. Para decirnos: No, no es como creían. Para que la escuchemos. Nos lo dice de mil maneras y no la escuchamos.

El mayor problema es que no confío en lo que percibo o no pienso que sea realmente así, tan fulminante. Me desespera, me desborda, me quedo igual que como muchos pacientes que venían y solo podían enumerar hechos, no la trama.

El virus del Covid vino a eliminar a los que sobramos. Lo lanzaron los grupos de multimillonarios que ya se están preparando para sobrevivir al colapso. A través de las vacunas nos están metiendo chips radioactivos. El objetivo es adormecernos. Nos quieren muertos en vida.

Siempre supe que esto ocurriría. Por eso de joven me gustaba tanto la ciencia ficción, y ahora que la estoy viviendo me aterra. Todos los trabajos que vine haciendo conmigo fueron para esto. Mi cuerpo sabrá defenderse de cualquier intruso.

Dicen que en verano el virus aflojará. Puede ser, pero algo me dice que después volverá más virulento.

A la mañana me pide que nos ignoremos hasta la noche. Y que evite mirarla a los ojos.

Ella es solo el fantasma de la casa. Hago trampas: no cierro la puerta de mi estudio, sigo pendiente, observo sus movimientos, su distancia. Por momentos parece decir: Estoy muy feliz en mi mundo. En otros: La llevo como mejor puedo. En otros parece haber entrado en una tristeza sin retorno, o que no hubiera nadie detrás de sus ojos. O recordarme algo que yo no quiero ver.

Y sin embargo veo. Sé que estamos en un paréntesis. Y sé lo que significa un paréntesis dentro de una frase: otra vida.

Yo vivo adentro de ese paréntesis. Me río solo. Canto para mí: Te vi pasaaar… Y cuando llego a tan hondo y sensual, me escucho decir: tan libre y formal. Me gusta cómo se da la combinación en vos. Quizás sea eso lo que mantiene mis ganas de estar juntos. Tu aceptación de la desesperanza, y al mismo tiempo tu altanería.

Me armo un plato de comida. Subo por escalera a la terraza. El sol todavía no se ocultó entre los edificios. Raro que hoy ella se pierda este poco de aire.

No sé si el juego de no vernos sigue o terminó.

5 de septiembre

Diferenciarnos sin distanciarnos. Desidentificarme de él, de qué me pasa, de lo que pienso. Dejar de mentirme con tal de ser feliz.

Tengo dos jaulas: cuando estoy con él y cuando no. El celu es asomarme a los barrotes. A él le conviene este encierro obligatorio, lo justifica. Estar con él delante o al costado, o atrás en la cama, es mi tiempo de estar bien. Querría contagiarme de él. En concreto, el vínculo que tiene con su desencanto. Dice que no le pertenece.

Me echo en su diván y espero a que se dé vuelta y me dirija la palabra. Esté en el mundo en que esté, siempre que me mira siento que tiene presente que llevo un desgarre en el alma. Me habla y me escucha desde ahí.

No le pregunto qué está escribiendo.

De lo que hablemos, terminará diciendo que le hago bien al corazón.

Nos abrazamos largo. Reconozco su toque y me recuesto sobre su cuerpo, espero ahí. Pasa los brazos por encima de los míos y me aprieta sobre su pecho, y se queda, más sintiendo que buscándome. Quedo imantada.

Después vuelve a lo suyo, y yo a la islita que me armé en su estudio.

Miro el aire, leo, anoto. Releo el nuevo libro de Claudia. Me cuesta entrar en la historia de las hermanas, la veo a ella. A cómo sé que es ella. Su bondad y la belleza con la que narra me permiten tolerar su costado burgués. Los dos la sentimos una amiga, hacemos familia con ella y su marido.

Ya manejo. Por Internet conseguimos un permiso para ir a verlos. Asistencia psicológica, puse en motivo. El paciente sería Guille. Ir a San Andrés es como ir a Europa de polizón.

Visitamos una casa a dos cuadras de la suya y a mitad de camino de la que alquilaron los Lernoudes. Jardín, parrilla, pileta, espacio para huerta, dos cuartos enormes, chimenea… Ofertamos un año adelantado. Un día por semana volveríamos a la ciudad. No puedo creerlo: tendré, tendrá, tendremos más espacio.

Al Scrabble ya no jugamos al que suma más puntos. A la noche solo contamos por partidas ganadas. Los solitarios ya no tapan mis angustias.

Dirán de mí que prefería caminar tres cuadras de más para ir a encontrarme con la mirada dulce de la farmacéutica.

Hay otros mundos, están en este. No hay hechos, solo interpretaciones. La ruptura del hábito produce el cambio. No quiero mentirme ni un poquito así.

Cada uno llega por el mejor camino que puede.

Sí, busco el componente emancipatorio. Sí, soy un come personajes. Sí, me estoy volviendo un poco más loco, ¿no?

Así y todo, contento.

17 de septiembre

El campo electromagnético del encierro me atraviesa, lo siento hasta en la piel. Ya no son mis rayes los que me vuelven loca. Es el complot, la impotencia, el no poder hacer nada para escaparle.

Todo me aburre. Todo es previsible, chato. No sirvo para vivir en la meseta. Me estoy volviendo una rígida. Quiero cambiar de ideas y no puedo. El mayor conflicto es que parece no haber ningún otro más allá de que nos contagiemos y muramos.

Tampoco sirvo para la complacencia. Me falta una pasión. Un lugar para mi entusiasmo. Las clases de canto por zoom no me alcanzan. ¿Volveré a subirme a un avión, a caminar por una ciudad que no conozco, a verme otra que no sea esta que me tiene tan cansada?

Vida, dame otra ilusión, mentime. Cualquier cosa es mejor que este embole.

Él dice que del encierro forzado saldremos más humanos, que necesitamos menos para ser felices, que esto nos hará ver que hay otra vida en esta vida. Yo soy menos optimista.

Dejamos de pelearnos. Ya ni discutimos. ¡Me aterra!

Me permito sentarme en la cocina y mirar la llama azul del gas hasta que el agua hierve y atraviesa el café molido. Hablo en voz alta.

Después habría que lavar, frotar el mármol y secar la bacha, agrega ella al pasar.

Uno frente al otro, uno contra el otro, uno en torno del otro. Ella dice estar satisfecha por el solo hecho de sobrevivir el día a día. En el brillo de su mirada creo ver otro grito de auxilio.

7 de octubre

Hoy el tema fue el nigredo, cómo entrar en la negritud, en lo desconocido, lo oscuro. El que entra es el ojo del alma, dijo Pinkler como si dijera dos más dos son cuatro. Descender, descender a

lugares peligrosos, vivenciar emociones básicas, vivenciar lo no consciente… Todo viaje pasa por lo oscuro… Podemos asustarnos o darle un sentido.

Solo meter el cuerpo en lo oscuro los llevará al sí mismo, nos decía Susana.

Si pataleo y me pongo a llorar y pido que me saques de aquí, le estoy poniendo paños fríos y no dejo que nada se transforme en mí. Cada día necesitamos más tranquilizadores. El gran tranquilizador es la mente explicadora.

Lo irracional no puede controlarse… Si no vamos hacia abajo, solo subimos con la cabeza… Nadie baja por bajar… Descender no es un castigo, es entrar en el magnetismo…

Para ascender primero hay que descender… Entrar en el sufrimiento, en la violencia, en el dolor. Y poder salir.

En el Sistema Milderman, buscamos ese dejarnos caer, descentrarnos, perder la estabilidad (fija, conocida) que nos da la versión a la que estamos acostumbrados. Dejarnos caer facilita considerar otras versiones y observarnos desde ellas. Eso establece otras lógicas de acción y reacción.

La idea-acción es no aplacar (el conflicto). Para acceder a la oscuridad (conectarse, crecer) necesitamos hacer el foco en los roles y situaciones encubiertos que nos conflictúan, escuchar su voz, respirarla.

La idea es que el personaje habitual nos domine menos, repetía Susana. Que la mente lo sepa y lo olvide es diferente a que no nos demos por enterados y que sigamos engañándonos. Los vacíos se llenan con una acción.

Esto puede servir como apunte para los alumnos.

Si no lo escribo antes de morirme, no habré pasado la posta. A Susana se la pasaron los hermanos mayores. Por eso decía que era discípula del Yo soy. Pero yo no sé cómo seguir, cómo transmitir su mensaje por escrito.

Tengo que responder a su pedido.

¿Para qué querés que escriba, Susana? Decímelo… ¿Para dejar de ser crítica? ¿Y que por el camino me dé cuenta de que por ahí no voy a ningún lado?

La insumisa cede, se rinde: voy a pedirle a él que me tire alguno de sus salvavidas.

Hoy, apenas se despertó, le pregunté por dónde empezaría él. Me imprimió esto:

Tomaría la voz de Susana y me permitiría decir lo que ella diría al respecto de cada tema que vos quieras desarrollar. Seguro que en lo que le hagas decir también va a estar su voz. Eso fue exactamente lo que te pidió. No sé… Creo… probá…

Ella es yo, ella es una de las muchas que soy. Puedo ser ella. Yo soy ella.

La dueña de la casa que íbamos a alquilar por todo el año rechazó nuestra propuesta. Optó por venderla, no tiene idea a cuánto. El matrimonio pegado a lo de Claudia y Guille se va al sur y no quiere dejar la casa vacía ni alquiláserla a cualquiera. Sin verla, ofrecemos transferir una seña. No es necesario, nos retransmite Claudia. Dicen que les traigan el dinero el mismo 28 que ellos salen de viaje. Tiene varios cuartos, pueden invitar a hijas y amigas, agrega.

Segundos después, nos llenan de fotos los celus. Un jardín que se ve desde el comedor y los dormitorios. Una pelopincho enorme, con sistema de autofiltrado permanente. Cama kingsize. Vajillas heredadas. Huerta…

Quedan nuestras cosas, escriben, pero les hacemos lugar en todos los placares. Solo tienen que pagar al jardinero cada quince días. No tiene lujo pero nuestro rejunte funciona.

Asumo la responsabilidad de alimentar y cuidar a Cata, una enorme perra cualunque. En la foto parece la verdadera dueña del lugar. Pasaremos Año Nuevo y dos meses ahí.

22 de diciembre

Si me pongo a pensar en vos, dejo de amarte. Hacé algo para que no deje de amarte.

Permitirse ir tan abajo permite ir tan arriba. Amplía el espectro.

Vivo en la calle Melián y cago en el living en tetas o vestida de reina.

Soy yo que le ofrezco estas escenas. Por lo menos tendría que ocuparse él de que todas las noches tengamos un vino razonable.

Brindo por la casa que conseguimos en San Andrés. Chin chin.

Tanta abundancia nos hace decidir pasar la Nochebuena con los que viven en la calle. Una alumna de ella coordina células de apoyo. Nos asigna un recorrido y dice los nombres de los que encontraremos en cada lugar, sus características, los rayes respectivos.

Dialogamos con cuatro personas de las que no queremos ver cuando pasamos delante. Como si fuéramos amigos. A la mujer de Cabildo al 500 ella no le puede sacar los ojos de encima. Se parece a la foto de Madame Blavatsky, me dice por lo bajo.

Ninguno de los que visitamos menciona su situación sino conflictos con otras personas.

Nuestro pavo de Navidad consiste en sentarnos en la vereda y picotear algo de las tartas que llevamos. Pasan autos que van a fiestas.

Lo que hicimos no alcanza, me dice al prender el ventilador de techo. Nuestro compromiso fue hasta ahí, pero ellos siguen durmiendo en la calle.

Son cerca de las tres. No doy más.

Vuelvo de mear. La siento moverse entre las sábanas. ¿Estás despierta? Desvelada. ¿Qué te pasa? Me quedé sin sueños, confiesa en tono de resignada.

Estiro el brazo. Mi mano sobre su cadera le hace casa, afloja. Está desnuda, de espaldas. Yo, boca arriba, agarrándomela con la otra mano.

Me olvido de qué tengo ahí. Ni el contacto ni la presión de los dedos producen efecto: ni me excita ni me duerme. No puedo calcular cuánto tiempo pasa entre esa última constatación y que noto sus piernas buscando entrelazar las mías.

Quiero confirmar si el cosquilleo obedece a que se me está parando o es un mero recuerdo. Ella me desvía la mano y con esa voz que le sale cuando se queda sin fuerzas, dice: Me dejo, hacé conmigo lo que quieras.

Tampoco sé cómo la encuentro a caballo, salvaje, frotándose contra mi pelvis, ni qué me hace salir algunas gotas de amrita.

Me había olvidado de lo que es irse, dice al dejarse caer. Una de mis manos tantea sobre la mesa de luz. La oscuridad no me impide anotar: Acabo de acabar, ella acaba conmigo, el cielo acaba de cogernos.

23 de diciembre

Yo soy Susana Milderman. Soy de la misma familia de seres que vinimos a reparar quiebres en las encarnaciones de los demás. Vinimos para reestablecer el contacto con la fuente a través de nuestras propias vidas. No importa lo que decimos, ni siquiera lo que hacemos. Solo lo que vivimos. El ritmo expresivo. Vivimos entre lo que recibimos del entorno y lo que irradiamos. A esto llamamos con muchos verbos: pulsar, contactar, expresar, bailar.

Expresar: sacar afuera lo que se nos fue adhiriendo. Sean capas de la personalidad o gestos, posturas físicas o creencias, personajes o tabúes. Hasta quedar frente a frente con esta consciencia de no ser solo quien me creo.

Yo sé y no sé quiénes son mis hermanos mayores. Los reencontré leyendo a Pitágoras, Teilhard, Madame Blavatski, a Spinoza, a Mamerto Menapace… Puedo afirmar que los conozco porque muchas veces estuve con ellos. También soy ellos. Somos un mismo organismo energético. Puedo ser cualquiera de ellos.

No tengo la edad de mi cuerpo cronológico. Desde que descubrí el uso de razón, casi permanentemente me reconozco como esa niña con consciencia de pertenecer a esa familia mayor, sin tiempo.

La tarea nos continúa en este plano.

Mientras nos vestimos para la cena de Nochebuena le comento:

Sí, puede ser un buen arranque.

De título quiero ponerle Mi vida es mi mensaje.

Un tanto Evita, ¿no? ¿Es deliberado…?

Evita fue mi hermana mayor desde que desperté al mundo.

2021

Fiesta de Fin de Año en San Andrés. Todos brindamos sobre el muelle del laguito artificial. Después de besarme largo y apasionadamente, ella me dice, muy dulce:

Si antes de la próxima primavera no tenemos un rectángulo de tierra lejos de la ciudad y con algo de horizonte, me voy de casa y lo nuestro se acabó. Vos hacé lo que quieras.

10 de enero

Tenemos una cama más ancha que larga, con mesetas en el medio. Para estar juntos hay que desplazarse, como quien va de visita. Por más que no tomo ni un sorbito de vino después de cenar, palmo antes de que él termine de lavar los platos y la cocina. Ni ganas tengo de tirarme en la reposera bajo la pérgola o sobre el pasto y mirar las estrellas. Ni de meterme en la pile, que es tan agradable de noche. Cuando lo hago me siento bien, pero me cuesta arrancar. Anoche él me levantó de la cama y me llevó a caballito, en tetas. No sabía si estaba soñando o era algo real, nuestras pieles y después el agua me hacían sentir recibida por un ámbito perdido, añorado, cada vez más cercano.

No tengo fuerzas para nada, apenas para esto. De a ratos, le hablo al celu y veo cómo mi voz se transforma en texto. Al instalarme este programa, dijo que el próximo leería mis pensamientos, hasta encontraría palabras para mis emociones.

No puedo terminar el libro de Claudia, sigue abierto sobre las sábanas, ni coparme con ninguna serie. Los ojos se me apagan.

Se sienta a mi lado. No saca la vista del frasco de nux vomica. Dice que los dos estamos percibiendo la víspera, que algo grosso se viene en el mundo y que como no tenemos respuesta lo estamos procesando en lo no consciente y en el cuerpo. Remarca la y. No quiero darle la razón. Si dejo crecer mi desesperanza, me voy al carajo. Y después necesito empastillarme.

No me hace falta ver ese otro cuerpo en el espejo. Lo veo cuando bajo los ojos, cuando me palpo. Lo que me pesa todo. ¿Qué me derrumbó tan de repente? El correlato es el desánimo. Cuando trato de subir, no encuentro de dónde agarrarme. ¿Qué fue de mi alma de hierro? Necesito salir de esta antes que sea demasiado tarde. Es como cuando se me fue el pie al salir de la ducha. La caída me sigue. Este verano es para recuperarme. Sí o sí.

Mañana vienen Anamé y Jose. Quiero estar bien, ofrecerles lo mejor, como cuando ellas me invitan a su chacra en Colonia.

La raíz Milderman es lo único que me respalda. Más que su sentido filosófico existencial, el sentirse en el estar que proponía Susana. Es lo único que todavía no se me disolvió. Solo puedo estar. El resto va y viene.

Antes me distraía y perdía objetos, prendas. Ahora olvido. Necesito hacer un esfuerzo para recordar lo que acabo de pensar.

Apoyo una mano en tu barriga. Reconozco la redondez, la textura. Adentro, algo bulle diferente.

Si te estoy irradiando, que la energía vaya a donde deba ir.

Permanecés así. Finalmente, reclinás el rostro sobre mi hombro y te dejás mirar de frente. Tu cara resplandece, mezcla de extrañeza y de la armonía en tus rasgos de siempre. Nos clavamos los ojos en el entrecejo.

Los tuyos irradian una transparencia que deja ver que te está pasando algo fuera de tu control y que no podés más que ofrecerte a eso.

Sin el menor dramatismo. A tu manera.

Me mirás como si yo no estuviera. Por momentos parece que me sonrieras.

12 de enero

Salí a caminar con las chicas. Buen diálogo hoy. Íbamos tomadas de los brazos. ¿Qué esperamos de nosotras? ¿Qué tipo de viejas queremos ser?, les pregunté. Claudia, María, dos rebeldes burguesas y con rentas. Una muy militante, ecofeminista. La otra, hipernaturista. Una quiere ser reconocida como escritora heavy. La otra se refugia en no parar de hacer, siempre bajo un aura místico.

Yo también soy una burguesa y me contentaría con una vida simple, anónima, activa y sin exigencias, como el amor que nos tenemos las tres. Las tres pasamos por muchas. Aquí hay cuerda para rato, tiramos para el mismo lado.

Sus estilos son muy diferentes. Trabajé mucho más sobre mí. Ellas todavía están muy en la mente. Les llevo diez años. Dentro de pocas semanas cumplo setenta.

Yo, setenta. ¿Te das cuenta?

O es muy sabia al no distraerme cuando escribo o no le importo. Lo que sea, me tranquiliza que esté ahí, por la casa, en mi vida. Estar solo no es mejor ni peor: es otra sensación.

18 de enero

No estoy triste, estoy atrapada. No aguantaría vivir todo el año en un barrio cerrado. Necesito verde sobre verde, no verde sobre medianera. No quiero alquilar. Necesito que sea mío, o de él, que es muy generoso conmigo, especialmente desde lo de su corazón. Quiero poder deshacer y hacer lo que se me cante el moño. Cuando cubro los tomates para que no los piquen los pajaritos, digo: Si se los comen no me importa, también les pertenecen. Yo hubiera organizado la huerta de otra forma. En el departamento me estaba ahogando. Me daba cuenta y no podía hacer nada más que abrir las ventanas.

De hecho, soy yo el que se ocupa de la huerta, el que intenta hacer todos los cuidados necesarios para que las verduras no sucumban a la sequía y al picoteo de los pájaros. Hago esto con las mismas manos con las que escribo y con las que la acaricio cuando duerme.

Las manos son un sentido en sí mismo.

Me las miro como si esperase una respuesta de ellas.

26 de enero

Ayer salimos en el barco de Guille. Fuimos a un lago escondido en la segunda sección del Delta. Todos se tiraron al agua. Yo no sentí deseos y me quedé acostada en la proa: miré las ramas, escuché ruiditos, me la pasé observando la nada. ¡El aire tiene vida!

El bamboleo… Nada. Me olvidé de lo que iba a decir del bamboleo.

Volvimos de noche. No recuerdo cómo se fue la tarde. Al pasar por los Bajos del Temor, desde la iglesita nos saludaron como si nos conocieran.

Dormí hasta recién. El bamboleo se fue. Pero desde el mediodía vengo con reflujos. Habían preparado panaché de verduras, ni probarlo pude.

Fabián y David son nuestros huéspedes de esta semana. Todavía no les vi la cara.

No bebe más, le cuento a Fabián. La cortó con el alcohol. Le cuesta creerlo:

¿De un día para otro?

A fin de año. Como cuando dejó el cigarrillo, sola, sin ningún otro acompañamiento que su entereza.

¿Qué hago entonces con los malbecs que le trajimos?

Preguntale a ella.

8 de febrero

Insistía con que nos hagamos el test. Podemos tener Covid asintomático, dice. Me lleva a la fuerza a la Rural y escupimos en un vasito. Los resultados llegaron al celular antes de que hubiéramos vuelto. Negativos.

La sensación de malestar en mi panza y rechazo sin embargo persiste. Me resisto a interpretármelo.

No sé cuántas semanas van desde que vinimos. Recuerdo que unos alumnos vinieron a pasar el día y que la hija de él y el novio ocuparon unos días el otro cuarto. Y que ella tocaba el piano.

Insiste, él, con que si no vamos a la Adventista a que me hagan una tomografía me lleva dormida. A veces hago lo que quiere como si yo tomara la decisión.

Si estoy comiendo más sano que nunca, ¿de dónde mierda me viene esta acidez?

Duerme casi todo el día. ¿Tendría que empezar a preocuparme? ¿Tomar la iniciativa? Ella se resiste a la medicina oficial. Yo dependo de una batería y de cuatro medias pastillas diarias. ¿Hasta cuándo dejar que decida ella lo quiere hacer con lo que le pasa?

Es como cuando se acababan las letras del Scrabble… No encontraba dónde poner la Q y la Z que le habían quedado. Se tildada mirando el tablero.

14 de febrero

Ya ni el té me pasa. En la juguera mezcló zanahorias crudas, pepinos, apio cortadito, jengibre, limón. Por él metería también todas las verduras que se ponen blandas. No lo dejo. Insiste en que tome esa crema de arroz sosa que me prepara y se pudre en la heladera. O un sorbo del aloe vera con miel en agua tibia que toma en ayunas. Todo me asquea. Algo tengo que comer.

Después necesito volver a tirarme. Me llevo la almohada a la reposera. Y le doy otro rato más.

Mientras yo duermo, él se instala frente a Eladia. Encontró una mesita plegable de la misma altura que la pileta y escribe desde el agua. Está tomado. Prefiero que esté ahí y no pendiente de mí.

En algún momento aparecerá Claudia en la ventana, moverá la manito, dirá: Buen día chiques, estoy por salir a caminar… se suman?

Él se queda. Agradecido de que me saquen a varear, lo sé. Guille también se queda, tampoco le gusta caminar, la excusa es ocuparse de su huerta. Por el camino enganchamos a María. Pipo también prefiere quedarse. Cuando nos vamos, los muchachos se juntan para actualizar un libro sobre la huerta que escribió Guille. Figuretti solo aporta su experiencia de editor, quiere avanzar con el suyo antes de que volvamos a Capital. Trajo un cajón de plástico con libros, carpetas, cuadernos, cartucheras, cables. Las fotocopias de las clases de Susana y mis apuntes están en un fólder transparente. ¿Qué espero para sacarlos de su canasto?

La miro dormir. La admiro. Me produce un tipo de amor-respeto.

Me da la oportunidad de protegerla. Asumo el rol sin cuestionarla.

Tampoco quiero ser el que le impone nada.

Yo me emborracho dando lugar a este personaje de mí.

Ni que me mire necesito.

Al verme llegar a la galería de su casa, Guille me pregunta:

¿Qué te pasa?

No sé cómo estoy procesando todo esto. Me salva encerrarme en el cuartito.

No sé cómo podés escribir, hermano.

Al volver de hacer las compras, paro el jeep debajo de una sombra, al costado de la avenida, y dejo que pase la larga caravana de autos que venía detrás.

No encuentro un hilo a lo que hago, no sé a dónde estoy yendo.

¿Qué hago con lo que me pasa?

20 de febrero

Hoy salimos del barrio y de la zona de otros barrios del Opus. Todos son San o Santa la concha de su abuela. Fuimos en auto hasta Puente Evita y para evitar el pueblito y las villas, caminamos a salto de matas por la orilla de un canal hacia el río Luján. Esto es lo más salvaje de la zona. Creemos estar explorando. De ruralidad, nada.

Todo se me representa como un antes de la chacra que teníamos con Raúl. El Tigre da para remar, mover el cuerpo, ver los árboles desde el río, pasear en lancha, no como residencia en la Tierra.

Volví sin fuerzas para nada.

¿Cuándo fue que fue esto? ¿Hoy o ayer?

A la hora de la siesta, mi energía decrece, la digestión me tira a dormir. Ella no quiere que me quede en el dormitorio cuidándola. Me dice:

Andá nomás, cualquier cosa te llamo.

Yo estaba en el otro extremo de la cama, miraba el cielo a través de la ventana.

Al levantarme, escuché su voz muy débil:

Dejalo ahí, después lo pruebo.

Irme sin preguntar nada parece ser lo mejor que puedo hacer para ayudarla.

Debo hacer algo, debo hacer algo… Se me repite. ¿Hacer qué? No lo sé. Pero igual tendría que hacerlo.

22 de febrero

A la mañana me despertó con una crema de arroz tibia, recién hecha, espolvoreada con frutas secas molidas. Sabe que es lo único que tolero. Insiste en que tome su tintura de regaliz. No entiende que todo me da náuseas.

Ayer vinieron los jardineros. Cortaron el pasto, vaciaron la pile, limpiaron el fondo, se llevaron hasta la última ramita. Los veía desde el cuarto y pensaba en hacer el esfuerzo de ir sola. Fui. Desde la pelopincho, vi que habían brotado más tomates en la huerta.

El agua estaba tibia. Él, en el cuartito. Siempre me pide que me meta al agua con él. Lo llamé con el pensamiento y vino.

Mientras yo hacía la plancha, estiró la palma de su mano por debajo de mi cadera. Lo dejé sostenerme y pasearme por la pileta sin ofrecer la menor resistencia. Como si estuviera muerta.

Cuando bajé los pies, me dijo que era un trabajo para entrar en otro mundo.

El que está en otro mundo es él.

Pipo y María andan buscando una casa para comprarse en Santa Catalina o San Benito. Pasado mañana se termina febrero. La pandemia sigue. No sé qué mierda me entusiasma de volver a Capital.

El gastroenterólogo del Adventista no anda con vueltas. No es operable, dice al vernos y apoya el informe de la tomografía sobre el escritorio. Ella lo gira hacia nuestro lado. Lee sin que se le mueva un solo músculo. Yo trago saliva, aprieto sus dedos. El médico capta nuestro silencio, espera que le preguntemos algo más.

En esos pocos segundos que van entre sus palabras y que redacta la orden para otro estudio, se confirma lo que nos resistíamos a sospechar.

Caminamos las cinco cuadras hasta casa sin soltarnos la mano. Imposible pensar, imposible hacer cualquier comentario.

En el ascensor, mientras la abrazo, me pide: Decime que todo esto no es verdad.

En el living todavía están las valijas sin abrir.

Al lado, sobre el sillón, queda la bolsa de plástico gris con el informe que vino a arruinarnos la vuelta. Era una posibilidad, dice llevándola a su estudio.

Pido un turno para el PET. Ocuparme me excusa de hablar. Ella sigue con convulsiones y arcadas. Donde le agarren, el estruendo

resuena por todo el departamento.

Piernas abiertas, cola sobre el piso, se aferra al inodoro y espera que llegue la próxima erupción. Al ayudarla a incorporarse, me mira a los ojos como si no supiera qué más hacer.

Ayer, a esta misma hora, nadábamos desnudos en la piscina de San Andrés, me dice. Me hacías sapito en la cara. Ahora ni siquiera puedo escupir esto que me sube. Este puto fuego.

Ella revisa una por una todas las placas en colores. De la pelvis para arriba, en todos sus órganos, hay manchitas blancas. Bolitas por todos lados.

Yo me canso de leer palabras difíciles en el informe: Se detectó nódulo sospechoso, 10 mm…, 11 mm… Ella suspira.

Estoy tomada por todas partes, hasta el cerebro, dice.

Estamos en la cama. Leeme, me pide. Lo que vayas encontrando.

Hace cinco minutos uno de sus alumnos subió un videito con subtítulos. Deja ir lo que ha pasado. Deja ir lo que pueda venir. Deja de lado lo que está pasando ahora. No trates de averiguar nada. No intentes hacer que nada suceda. Relajate, ahora mismo, y descansá.

Ponele un corazoncito a Tato, me pide, y se duerme.

Toda la noche mi cabeza es un GPS esperando una dirección, un nombre, una señal que me indique por dónde seguir, a quién llamar. A las cinco, apenas vuelvo del baño, ya lo tengo: Lorena.

Lorena, la médica que una noche de lluvia fue a tomar una clase de Milderman con ella a un estudio en la otra punta de la ciudad y le ofreció trabajar en la fundación. Lorena, la que publicó un libro sobre el cáncer y ahora tiene un centrito de salud propio. Necesitamos hablar con vos, le escribo en el wap. Recién a las 7 aprieto la flechita verde.

Estuve pensando en llamar a Lorena, me dice ella apenas abre los ojos. ¿La llamarías?

Parece que tengo unos tumorcitos en el pulmón, le cuenta, y con la mano me hace gestos para que salga del dormitorio. Podría

esconderme en el pasillo, escuchar su versión. Sigo hasta mi estudio, entrecierro la puerta, pactos son pactos.

A las 9:45 corre el sillón, acomoda el living para el grupo de los jueves, baila sola, se sienta sobre el piso, dialoga a través del zoom, dibuja con los crayones sobre una enorme hoja blanca. Largos trazos blancos cubren a los rojos y provocan un gris rosáceo que eclipsa a todo lo que pueda haber debajo. El dibujo queda sobre el piso del living.

A las 12 ya estamos en el Instituto de Oncología, frente a una experta en contingencias no operables. Una mujer de mediana edad, supuestamente bonita. El tapabocas solo muestra sus ojos. Después que lee los informes, le sugiere por ahora duplicar el Reliverán. Esto para los vómitos, dice.

¿Y para lo otro qué hacemos?, le pregunta ella. Por primera vez la noto al borde de descontrolarse.

La voz de la médica es otra al decirle: Yo la voy a ayudar. Entiendo perfectamente lo que le pasa. En cada momento voy a buscar lo más eficiente para usted, déjelo en mis manos. Ya mismo le estoy pidiendo otros estudios. Hágaselos al salir de acá.

Durante toda la entrevista la médica observa el grip plateado de la lapicera que asoma del bolsillo de mi remera.

Aquí está mi número. Vuelva el lunes, indica. Si durante el fin de semana me necesita o si no puede venir, me llama. Yo voy a ser su médica aquí.

Yo me encargo de guardar la tarjeta en el bolsillo de la lapicera.

Volvemos a casa adentro de la burbuja de asepsia que irradió la primera consulta. Solo quiere llegar.

La clase con el grupo me dejó muy cansada, dice en el ascensor, recostada sobre su doble en el espejo. Se mira y saca la lengua. Al entrar al departamento, apenas se libera de la mochila, se desploma sobre el sillón del living.

Al rato, se asoma a mi estudio. Aferrada al marco de la puerta, encoge los hombros y dice: Volví a vomitar, no sé qué había.

La meto en la cama, le cambio el agua del vaso, pongo a cargar su teléfono. Entre que voy a la cocina a calentar agua para la bolsa y vuelvo al cuarto, ya está dormida.

A esta altura, un baño vomitado se limpia así como así.

¿Qué hace Figuretti cuando va a la farmacia por más Reliverán? Paso por una librería artística, compro una Lamy rosada, vuelvo al instituto y se la dejo a la oncóloga. Por el camino, imprimo las veinte páginas del plan de alimentación que mandó Lorena.

Después de leerlo detenidamente lo tira sobre la cama y me aclara:

Nada que no conozcamos, dice.

Ya son las cuatro, se sobresalta. La charla explicativa, me explica.

Lorena, con un póster de su centrito holístico como fondo, enumera todas las etapas del proceso, sin medias palabras. No deja pregunta sin responder. Todo tiene que ver con todo, veamos cada parte. Susto, interrelaciones cuerpo-mente, círculo familiar, actividad lúdica, nuevas actitudes… Concluye con que hay tres frentes básicos: alimentación, calidad de vida y psicoterapia puntual.

¿Te vas a bancar una terapia psi… a estas alturas?, le pregunto. Me contesta: No sé, pero le voy a dar una chance. Por ahí es preparatoria…

Sube las piernas al sillón. Tiene chuchos. La cubro con la mantita pólar de Avianca.

No quiere que la lleve a lo de Lorena. Veo alejarse su auto por Melián. Regresa antes de lo calculado. Contenta, como si en la sesión hubiera comprobado algo que sabía, y que de eso se trataba. Quiero saber:

¿Y…?

Me encantó manejar.

Y aprieta las llaves del auto.

No tengo la menor idea de qué hacer. Estoy y veo. Hago lo que haga falta. Insisto con lo de la psicóloga. Cara de pena. En voz baja:

Solo sabe repetir lo que aprendió en la facultad. Me salió con que escriba sobre mis ancestros…

Tal vez para ir familiarizándote con eso de ser tu propia antepasada.

No estoy para bromas.

Y se encierra en su estudio.

El horizonte perdido 1

Sura vivía frente al mar. Cuando había tormenta el agua salpicaba las ventanas del tercer piso. La casa, construida con ladrillos y barro por los albañiles genoveses, resistía. Era fuerte, estaba hecha por expertos de la zona. Vivían varias familias. En el tercero, ellos.

Su mamá había muerto al parirla. Sus abuelos la criaron como hija. ¿Ella lo supo? ¿O lo supuso alguna vez? Parecería que no. Se hubiera filtrado en los relatos familiares de tantos años y tanto viaje. ¿O era un secreto guardado para protegerla?

Perdió el horizonte a los 15. Vino en viaje de tres meses. A hacer l'américa. No la hizo. El conventillo, el hacinamiento, los malos tratos y golpes del marido pescador, rebajado aquí a changarín, se lo impidieron.

El horizonte perdido 2

Mamá nació en el conventillo. Hecho por expertos, no era fuerte. Las pisadas resonaban en las escaleras de madera y los pisos flojos. Vivían en el segundo piso. El agua del Riachuelo no salpicaba las ventanas. No había horizonte, solo ropa tendida en la soga por roldana.

Décima hija. Cuatro de sus nueve hermanos murieron. Al nacer, de 2, 10 y 31 años.

Qué dolor y desamparo cuando muere el hermano varón, el mayor, el amparo de la familia frente al padre alcohólico.

A los diez años, mamá abandona la escuela para cuidar a una sobrina que vivía con ellos, se cierra el horizonte del conocimiento. A los 14, la fábrica. A los 28 se casa.

Para qué mierda recuerdo esta historia. A esta altura de la soirée, esta pendeja me viene con que busque recuerdos encubridores… ¡Ma sí!

Hasta aquí llegamos, Lorena. Gracias, mandame los honorarios. Soy yo quien escribe. Dos mensajes más abajo del mío espera la carita de la oncóloga del instituto con el puntito verde tintineando.

¿Cómo sigue su señora?

Igual, menos.

Convendría que la interne unos días.

¿Para…?

Tenemos que investigar un poco más los tumores antes de determinar el tipo de tratamiento.

¿Puede haber remisión?

No responde. La llamo. Hablan ellas. Yo solo sostengo el celular. Su voz cambia cuando le dice:

No le vamos a hacer nada que pueda causarle dolor. Comprendo que tenga miedos. También con eso la vamos a ayudar.

No hace falta. De mi cabeza me ocupo yo.

Esperá. Necesito recorrer la casa, me dice al pasarme el bolso. Camina por el living, se mira en el espejo del cambiador, acaricia la copa de cristal verde, abre y cierra las puertas del placar del pasillo, endereza el cuadro de Renata, se acomoda el pelo en la nuca, entra al baño, cierra la puerta, sale secándose los ojos. Nada, nada, andá llamando el ascensor, me dice. Vuelve al cuarto y trae las bombachas francesas sin estrenar. Si no es ahora, ¿cuándo?

El bolso no pesa nada.

Manejá despacio, me pide. Cada piedra es una patada en mi estómago.

Irme de casa, dejar todo como está, saber que tal vez no vuelvo más. Tá que me parió, dice.

Esperamos a que le asignen una habitación. No tengo miedo a morir, me comenta. A lo que le tengo miedo es al trámite.

Todas las enfermeras me preguntan lo mismo:

¿Usted es el acompañante?

Acompañante, mi alias de aquí en más.

A la noche, me reemplaza su hija mayor. Andá y descansá, mañana a la mañana viene mi hermana, me dice. Vos venite a la tardecita y te quedás hasta el jueves…

La entrego, vuelvo a mí. Empiezo a admitir que estoy perdido. Más que nunca.

En el estante de los libros que edité sobresale el lomo de *El buen morir*. Le mando un hola a Hugo Dopaso. Un hola suyo hace cling en mi celu mientras revuelvo sus cajones en busca de estudios anteriores. Al describirle la situación, descubro que es la primera vez que me incluyo en el relato. Lo que me pasa, todo esto. Le pido, sin vueltas:

Dame instrucciones, Hugo. Para mí.

Anoto. Presencia cercana. Estar. No es reversible. Solo es cuestión de tiempo. Si te dicen que vamos a frenarlo es ilusorio. Los médicos lo saben pero no quieren asumirlo. Hugo me habla con voz muy dulce. Lo importante es cómo ella viva este tiempo. Remarca ella.

¿Cuál es el aporte médico, Hugo?

Que no haya sufrimiento.

¿Qué lograrían haciéndole quimio?

Bajarle el nivel de conciencia final, mantenerla esperanzada. El objetivo es llegar a que solo le den morfina. Apuntalar terapia paliativa (otra palabrita que lo dice sin decirlo). No preocuparse por si come o no. No aceptar la sonda gástrica, sería agregarle otro sufrimiento. Hacer todo lo que ella quiera.

Hugo recalca otra vez ella.

¿Cómo convenzo a la médica?

Te paso una estrategia. Preguntale si en julio podrás llevarla a París. Te va a decir que no se puede saber si para entonces va a estar mejor. Recién ahí hacele la pregunta concreta: ¿cuánto tiempo le da de vida? Y ahí, diga algo o lo deje flotando, le decís que decidieron no hacer otra cosa que no sea evitarle el dolor.

Cuando le leo los apuntes de Hugo, ella consiente con los párpados. Después me pide que vaya y averigüe cuántas enfermeras hay en el piso y cuántos son varones. Ocho y tres. Comprá ocho pañuelos de seda y dos echarpes de lana pura, dice, y ponelos en bolsas separadas.

Otro día. La médica entra en la habitación.

Traigo buenas noticias. Hay una nueva droga que puede contener el tumor cerebral. Es una pastilla que se toma cada veinticuatro horas y frena el avance de los oncogenes…

La ~~escucha~~ escuchamos.

¿Pero cura?

No, solo mejora el cuadro. Permite convivir con la enfermedad. Es una suerte que no tengas metástasis cerebral, eso sí que es difícil de frenar.

¿Y debo tomarla de por vida?

Durante tres o cuatro años.

¿Y después?

Es la única alternativa.

La médica desenfunda la Lamy rosada y anota Lorlatinib, y debajo un teléfono.

Llamen a este importador de mi parte. En cuarenta y ocho horas podemos tenerlas aquí.

La notita va directo al bolsillo de mi remera.

Antes de que la médica salga, ella le dice:

No quiero hacer quimio ni rayos, ni probar con nada. Ningún veneno va a entrar en mi sangre, doctora. Solo pido que me dejan

en paz.

31 de marzo

Hoy es mi último cumpleaños. Si para algo vine, ya está. Me devuelvo a la vida. Les agradezco los mensajes, no puedo responder a cada uno. El dolor no anula la belleza del momento.

Quiere ir al baño. Me pide ayuda para ir con el perchero móvil de las bolsas, ya lo hicimos otras veces. Al bajar de la cama, se me escabulle de las manos y cae al piso. Las piernas ya no le responden. La bata se le desata por detrás, la curva de su culo parece incrustada en la base de la espalda. Le sostengo la mano mientras hace fuerza.

Evita hablar conmigo. Cada vez que le pregunto o empiezo a contarle algo, mira hacia otro lado.

Ahora no sé si duerme o finge. Veo todo desde afuera y lucho contra eso. No encuentro palabras para decirme lo que va sucediendo. Escucho un tipo de vacío que me aturde. No puedo reaccionar a lo que ~~estoy~~ estamos viviendo.

Le mando otro mensaje a Hugo:

Todo más complejo. Necesito instrucciones, plis.

Al toque, las dos barras se ponen celestes. Está escribiendo…

Expresá tu rabia, el dolor se va solo.

Me dejás afuera de tu mundo. Entiendo cuando me decías: En esta vos no participás, quedate a mi lado pero no quieras llevarme a ninguna de tus cosmovisiones. Tu comprensión es meramente intelectual. Vos no podés entrar en lo que me pasa, no es que te falte trabajo, estás muy formateado. Yo también lo estuve y atravesé muchos procesos de dolor y de pérdida y de incertidumbre para entender lo que venía tapando.

A tu mente no hay morfina que la pueda. No necesitás palabras para decírmelo. ¿Te parece que no te entiendo? No te quiero retener ni imponer nada. Ni siquiera sugerirte nada, solo te estoy acompañando. A donde vayas. Hasta donde pueda. Y más.

Desde antes de que te cayeras en el baño y me llamaras a los gritos, desde antes de que el año pasado en el lago Cholila te pusieras a llorar desconsoladamente frente a tanta transparencia y ese celeste brutal del agua, yo ya percibía que se te había movido algo, que algo, no sabía qué, se te había quebrado para siempre con vos misma, con quien sos. No conmigo. Conmigo estabas más amorosa que nunca antes, me abrazabas más seguido, tomabas la iniciativa, me repetías:

Tantas vueltas tuvimos que dar para llegar a esto, mi amor.

Yo había dejado de ser el que te buscaba, el que te iba detrás, el que remaba para que el río siguiera su curso, y vos habías dejado de ser la buscada, la que se dejaba llevar en lo que hiciéramos juntos. Si yo representaba la figura masculina del hacer en la pareja y vos la del ser, la de estar en contacto con su propia voz interna, desde mis episodios cardíacos algo empezabas a reconocer en mi nuevo estado de sobreviviente. Te gustaba recordarme: Todo lo que estás viviendo es un regalo, siempre fue así. Ya no me decías bobo. Me llamabas mi querido. Nos dejábamos llevar por la corriente.

En su momento no tomé suficiente conciencia del shock emocional que te produjo verme tirado en el piso y sin poder reaccionar. Todavía estaba sorprendido de haber vuelto a la vida de todos los días. No podía sentir lo que habías sentido con mis muertes súbitas. Tu cara parecía decirme ¿Y si tenes otra?

Y a medida que lo fui reconociendo y te lo fui diciendo, empecé a comprender que te venías preparando para que en algún momento volviera a dejarte sola.

¿Qué nube de ~~pedos~~ amor se me cruzó por la cabeza cuando asumí la responsabilidad de que pudieras tener tus flores, tu huerta, tu espacio para tirarte y mirar las estrellas? Que yo había venido a

sacarte del agujero negro y a ofrecerte horizonte, a ver lejos… ¡Mi dios! ¡En qué raras construcciones quedo atrapado!

Yo sabía que había algo contra natura en mi actitud, y alimentaba el juego porque en algún lugar te veía desprotegida. Mi muerte te superaría. Ahora me pasa lo mismo. Quisiera hacer algo y no sé qué. Estar, decirte que por momentos no sé qué va a pasar conmigo cuando te hayas ido… y sin embargo te digo lo que querés escuchar de mí: Prefiero perderte a que vivas sufriendo… Ya me las arreglaré.

No soy el que conociste. Soy el que te llevás. ¡Grabátelo en el alma!

Solo hay turno a las dos de la mañana. En el Británico, la otra punta de la ciudad. Es el último, no quiero más estudios, me lo dice con una voz baja, muy precisa. Sin despegar sus ojos de los míos.

Ahora está en algún consultorio. La trajimos en silla de ruedas adentro de la ambulancia. Durante todo el trayecto no solté su mano libre. La otra seguía entubada, con una bolsita.

Espero sentado en el hall, entre el chofer de la ambulancia y el enfermero que vino con nosotros.

La mujer que empuja la silla nos dice: En media hora estarán los estudios y la lleva directamente a la ambulancia. Ella va mirando hacia el costado.

El informe llega a los cinco minutos. Lo único que entiendo es que en las placas hay más zonas blancas que negras o grises. En casi todos los párrafos dice: "más allá de los límites tolerables", o frases terminantes como "en expansión acelerada".

En el camino de vuelta, le pregunto al chofer si podríamos pasar frente a la iglesia Santa Lucía. Ella vivía a la vuelta, fue su primera Virgen, refuerzo.

En la esquina de Montes de Oca y Martín García, el chofer estaciona, baja y corre a abrir la puerta trasera. La asoma para que pueda ver la plaza y las torres iluminadas alrededor de la Virgen.

Consultorio de la oncóloga. Hija mayor y yo le explicamos cuál es su voluntad. La médica menea la cabeza:

No. No puedo ordenar eso. Es prematuro…

La hija estalla:

Prematuro las pelotas. Es lo que ella quiere.

Yo me mantengo cool:

¿Esperar a qué?

La médica reflexiona unos instantes. Finalmente levanta la vista al techo y dice:

Aquí es imposible, tendrían que prepararle una infraestructura en su casa.

Yo me la imagino en casa e improviso:

Ella no quiere volver. Aquí se siente muy contenida, no queremos quitarle esto.

La médica nos deja llorar. La Lamy rosada gira entre sus dedos largos. La golpea contra el escritorio y propone:

Déjenme conversarlo con ella.

Al apoyar la mano en la manija de la habitación, la médica nos detiene:

Ustedes esperen afuera.

Quedamos pegados a la puerta. Al minuto escuchamos gritos: ¡Nena, sacate el delantal y ponete en mi lugar! ¡No quiero ser una cabeza sin cuerpo!

Al pasar delante de donde estamos la médica desliza:

Esto queda entre nosotros.

Vuelvo a casa. Antes de terminar cada cosa ya estoy en otra. Pongo al fuego la Volturno. Recién al servirme y ver cómo la taza se llena de un líquido transparente me doy cuenta de que no le cargué café.

Al poner cada frasco en el lugar exacto que ella le adjudicó, recién entonces me cae la ficha de que no estará más aquí y empiezo a buscarles otro orden. O ninguno. Qué tanto. Todo puede quedar así.

Le hablo en ausencia. No me preguntes qué hice durante el día. Ni yo sé dónde estuve. Me sacaste el piso de los pies. Veo todo fuera de foco.

La energía se le va retirando. Lo que agoniza es su presencia física, me digo. Por la expresión de su cara, no parece tan tremendo para ella. Una transición digna, a su altura.

¿Te sentís bien?

Dejé de sentirme.

No veo miedo en sus ojos, solo rastros de inexistencia. Está y no está.

En ningún razonamiento me cabe todavía la posibilidad de que no siga viva. Pronto ni siquiera esto. Debo estar mucho más alterado de lo que puedo registrar. Me cuesta percibirme. Verla así y no desesperar, yo. No lo necesito. No es eso lo que siento.

Ella tiene los ojos abiertos, mira hacia la puerta. Le escucho decir:

Me voy a morir.

Los dos nos vamos a morir.

Sí, todos.

Eso también nos une.

Nuestra historia.

Lo que nos vinimos contando y lo que no…

No, no digas nada.

Querés taparme la boca. No podés levantar la mano, te falta fuerza.

Decís: ¿Cuándo se termina todo esto? Y me mirás como si yo pudiera saberlo.

No vas a tener dolor, no vas a estar sola, le digo.

Se le arquean las comisuras de los labios.

La tomo de las axilas y subo hacia la almohada.

Ella queda de costado, con los ojos cerrados. El reflejo de la ventana acentúa sus rasgos demacrados.

El enfermero exprime la bolsa de suero en el lavatorio, del gancho vacío cuelga una segunda bolsa de morfina. Me mira:

Le vamos a administrar solo esta. Y cuanto necesite.

A trasluz todas las bolsas parecen tener lo mismo.

Ella parece más viva. Como si bajo los párpados viera una película. De golpe abre los ojos, bien grandes, y me pregunta:

¿Escribís?

Trato de leer.

Leeme.

Me acerco con Eladia en bandeja y leo, pronuncio cada letra, cada espacio: *No tiene que ver ni con la fidelidad, ni con la pasión, propia o ajena. Es otra cosa. Es un sentimiento que sobrevive a todo. Creo yo que, cuando ha existido, no se acaba, no se acaba nunca*.

Sonríe apenas.

¿Es tuyo?

No, de Aurora Bernárdez.

¿Una escritora?

Ella no sé. Su exmarido sí. Era Cortázar. Se lo dijo cuando él se estaba muriendo en sus brazos.

No me doy cuenta si todavía falta o estoy mejor.

Acomodo la pantalla delante de sus ojos y abro el videíto en el que ella sopla la quena al borde del arroyo. Desvía la vista y me pide:

Dejá solo la música.

Yo la veo ida.

Ella me dice:

Estoy en vos.

No sé desde hace cuándo estoy al borde de llorar. No puedo, querría, lo espero, no me sube, no se cómo se hace para que salga. Se me bloquea aquí, en el pecho. El dolor me ahoga.

No me imagino qué cara puedo estar poniendo ahora.

Me sonríe. ¿A dónde se irá este mirarnos? Bella forma de empezar a despedirnos. Un adiós a nuestra altura.

Tan adentro mío estás que tu irte no me desgarra. Tampoco quiero olvidarte.

Su mano se escabulle de la mía. No quieras retenerme, le oigo.

Este llanto bloqueado va por mí, por el que me despertaste, por el de mí que quiero que te lleves, mujer.

De repente, algo la altera:

¿Quién anda ahí?

Soy yo, mi amor. Soy yo…

¿Qué hace aquí, señor? ¿Qué quiere de mí? Váyase… No lo conozco.

Soy tu chinito… Monsieur Puf Puf… Figuretti.

Me hace señas para que acerque mi oído a su boca y susurra:

La próxima encontrémonos más jóvenes. Ese…

Sus ojos vuelven a mirar al mismo punto fijo. Giro para ver lo que ve. En la pared yo solo veo la pared. Andate, le dice ella.

Froto las yemas sobre los nudillos de su mano libre. Huesitos, piel sin carne, tibieza tirando a fría. Acerco una mejilla a su boca. Su aliento ya no es su aliento. Aprovecho que ando por ahí y apoyo mis labios sobre los suyos. Vengo por los que fueron nuestros besos, le aviso bajito. Espero así, un movimiento, por mínimo que sea, una respuesta que no llega.

¿Cuántas veces más tendré la oportunidad de estar tan cerca?

Estoy inclinado sobre su cuerpo, abrazado lo que permite la baranda metálica. Levanto sus brazos y los paso por detrás de mi cuello, como cuando hacíamos bufanda. Las mangueritas lo permiten. Sus manos me rozan el pelo. El suyo todavía guarda las

ondas que se le formaban por las noches, todavía se dejan estirar cuando las peino con los dedos.

Liberate de mí, ya es hora, me dice.

Querría cualquier cosa. Ahogarme en una olla de lágrimas, meterme adentro tuyo y acompañarte desde ahí, irme con vos.

Sus codos parecen colgar de una cuerda inexistente y los brazos se le levantan y mueven delicadamente alrededor de formas que solo ella ve, acarician el aire, o se inmovilizan como los de una estatua viviente. Quiere decirme algo: Vinieron a… El resto no le sale. Repite: Vinieron a… Mueve la mano en el aire como si firmara, o saludara a alguien y me pregunta:

¿Vino?

Sí, ya pasó la escribana. Sí, ya firmaste todos los poderes y papeles necesarios. Hasta el cero ocho.

Sacame un poco de la cama.

La levanto en brazos y acuno sentado sobre el sofá cama. Canto: Mmmm, mmmm… Abre los ojos, me mira fijo, imperturbable, y ordena:

Anotá en el cuaderno amarillo que en este momento soy infinitamente feliz.

Vuelve a preguntar, asustada:

¿Quién anda ahí?

Soy yo, soy yo, fui al baño.

¿Y ese tigre? Echá a ese tigre del cuarto.

Su mano cableada señala arriba mío. La otra mano no responde a mis presiones. Hasta ayer todavía se la apretaba y daba algún indicio. Ahora ni siquiera un reflejo.

Acerco los dedos a su boca, no reconocen el poco aire que sale.

¿Estás ahí?

Claro, todavía no me fui…

¿Te da para contarme qué es eso que dijiste de los diarios a tu hija, eso de que junte nuestros cuadernos?

Eso mismo.

Los ojos se le iluminan al repetir: Eso mismo.
¿No entendés?

Me ubico a los pies de la cama, de espaldas a ella. Alzo el celu lo que dan mis brazos y disparo una selfie con mi cara vista desde arriba. Ella aparece al fondo. Los ojos cerrados, la boca entreabierta, las manos flojas, la manta caída.

Cuando recorro hacia atrás la serie de fotos, mi propia voz me reprocha: ¿Qué estás haciendo? ¡Borralas inmediatamente! Sigo hasta la primera, en la que todavía ella tiene los ojos abiertos y los brazos cruzados sobre el pecho. La amplío con los dedos y la veo sonreír en secreto, como cuando al despertar payaseábamos y me decía que estaba conmigo porque yo le permitía hacer cualquier cosa.

No es de noche ni de madrugada. Hasta los enfermeros ya cuentan las medias horas que les faltan para terminar su servicio. El sofá cama se puso más duro que antes, ha de ser para mantener alerta al acompañante. Duermo sin dormir, imposible atrapar un solo pensamiento. Má sí, desfilen…

Dos lucecitas rojas tintinean en la pantalla.
Entra su enfermero favorito:
¿Qué le pasa a mi tesorito?
Acomodame las almohadas, Marquitos.

A él le habla claramente. Marcos todavía le está regulando el paso de la morfina cuando ella empieza a roncar entre dientes. Jadea alivio. Cualquier movimiento es demasiado para sus fuerzas actuales, todo es mucho. Mejor que empiece a familiarizarme con este tipo de interrupciones entre nosotros.

¿Cómo será quererte sin que estés?
Olvidame, siempre estaré a tu lado.

Leeme, me pide al verme con su libro de María Sabina.

Soy mujer que mira hacia adentro.
Soy mujer luz del día.
Soy mujer luna.
Soy lo que no pasa.
Amo y me aman como soy.

Y vuelve a dormirse.

El enfermero de la mañana repone las bolsas de morfina. Necesito saber:
¿Cuántos días puede durar sin suero?
Siete días, seis, cinco… Lo que resistan sus reservas.

Cuando las amigas vienen a despedirse, todavía hay instantes en que vuelve a estar consciente. En la mesa de luz, bajo las esencias aromáticas, sigue su cuaderno amarillo. Me lo llevo. Las dejo solas. Todas llegan con barbijos y adentro se lo sacan.

En la segunda página, un listado a dos columnas: Mamá, Papá, el nombre del hermano vivo, de las hijas, del yerno, de los nietos, de las amigas que subieron. En la columna de la derecha, Susana Milderman aparece primera, yo tercero, después de Raúl. Junto a mi nombre clavó dos signos de exclamación. ¿Podré algún día descifrar qué quiso decir con ellos? Hay un blanco y debajo tres anotaciones sueltas, descifro:

En el trabajo y en el orden.
Soy todas.
Confirmalo en el universo proveedor.

La miro. Imagino que del otro lado hay muchos que la quieren tanto como nosotros y la aguardan felices de volver a tenerla entre ellos. También imagino que prosigue el mismo viaje que se legitimó el día que conoció a Susana Milderman, y al terminar el trabajo, en el vestuario, Susana le preguntó si creía o no en la reencarnación, y ella, que nunca se lo había respondido a sí misma definitivamente,

se escuchó decirle: Sí, obvio. Susana la miró fijo por el espejo y fue mercurial:

Si no estás convencida, mejor no entrés en el Sistema.

Varias veces me relató la escena como si fuera su verdadera comunión.

¿Todavía no me fui?

No, seguís aquí.

Le repito la frase sosteniéndole la cabeza con las manos, por detrás de sus orejas. Ella apenas levanta un párpado, y en cada comienzo de palabra hace fuerzas para que le salga voz. Sin mover la mandíbula, silabea: No estrés tris tre.

Esa ere después de la te es una clave de reanimación mutua. La usábamos para sacar al otro ante cualquier atisbo de desilusión. Significaba: No vale la pena, confiá.

Observar cómo su cuerpo se reduce día a día, cómo su rostro adopta una expresión de gracia infinita, cómo sus manos quedan suspendidas en gestos difusos, o con un dedo levantado, reforzando algo que intentó decir, me cambia de órbita.

¿Puedo estar feliz en la tristreza?

Le hago preguntas bajito, con la boca pegada a su cara:

¿Dónde están tus diarios?

De la suya apenas sale un hilo de voz:

En el hueco detrás del último cajón.

La beso, sin remilgos. Su boca no responde. Paso una y otra vez mi lengua por sus labios, mojo sus dientes hasta donde puedo. Su lengua se deja arrastrar por la mía.

Su corazón no late. Aprieto el timbre que tiene pegado a su mano libre. En una nada de tiempo, la enfermera me toca la espalda y da a entender que me aparte. Se inclina y queda en una posición parecida a la mía. Sin despegar la oreja de su pecho dice:

Todavía hay signos vitales. Salga un minuto, voy a higienizarla.

Reconozco los arabescos del pañuelo que asoma bajo su delantal.

Entra su familia.

Me recuesto sobre una pared del pasillo. Las escucho llorar.

Cuando me hacen pasar, pido quedarme unos minutos solo con ella.

Está boca arriba, como si la hubieran preparado. La manta roja con estrellas solo deja ver su cabeza. Me acerco a peinarla. Su pelo huele como la tierra minutos antes de que se largue a llover. Me dejo caer en el sofá y la miró. Le saco fotos desde ahí y desde otros ángulos. ¿Para qué? Ella me había prohibido fotografiarla sin su permiso y después, cuando se las mostraba, me pedía que se las enviara a su compu.

Ahora el que no respira soy yo. Debo hacerlo voluntariamente. Inspirar y empujar el aire hasta lo más bajo posible, retenerlo hasta que no puedo más. Lo suelto suavemente sobre su cara.

Recién media hora después, viene otro enfermero a desconectar los censores digitales y a sacarle las sondas de los brazos.

Me llaman de la administración para pedirme su DNI. Del otro lado del vidrio, una cara de bruja me informa:

Para obtener la partida de defunción hay que presentarlo con el certificado médico.

¿Me lo devuelven, no?

La empleada me responde sin levantar la vista de la pantalla:

No, también se destruye.

Crematorio municipal. El empleado, duro:

Tendrá que esperar hasta el 18 de mayo. Cada día nos llegan entre cuarenta y cincuenta muertos de Covid. Además venimos muy pocos.

Figuretti lo coimea y consigue turno para el día siguiente. A la hora indicada, me hacen pasar y reconocer el cajón. Después lo

deslizan sobre unos rieles hacia las llamas del horno.

Puedo ver cuando barren las cenizas y las dejan caer a través de un embudo de aluminio. Cuando salgo con la urna entre las manos, ninguno de los que vinieron puede hacerse a la idea de que ahí dentro esté ella.

No sé quién organiza un velorio en el salón grande de Ruma Huasi, donde ella daba clases los lunes. Amplío una foto anterior a la pandemia. Durante toda la ceremonia, ella mantiene la sonrisa que les gustaba a todos. Debajo está la urna con sus cenizas. Una muchacha de piel morena y larguísima cabellera acaricia gongs, golpea tambores, estira sonidos guturales. A medida que van llegando, todos se suman a una danza libre. Sacha, el médico que guiaba sus ayahuascas y plantas sagradas, se lleva a la boca una botella alargada y sopla ráfagas de agua florida sobre el altar que se armó. Lo que menos hay es clima de despedida.

Nadie se conduele de mí. Tanta naturalidad me confunde. Por momentos tengo la sensación de estar en mi propio velorio.

Durante los días siguientes, familiares, amigas y alumnos cercanos desfilan por casa y se llevan collarcitos, ropas, suéteres, zapatos, pañuelos, libros, aros, collares, guantes, cerámicas, sus objetos queridos. En los estantes del cambiador, cajitas, estantes de su biblioteca y todos sus espacios van quedando huecos. Hasta sus cremas francesas desaparecen del botiquín. Nos lo pidió explícitamente:

Dejen que todos los que me quisieron conserven algo material de mí.

Solo falta que alguien se lleve el tapado negro largo y sus ojotas.

En el cuaderno amarillo queda escrito que su Mac es para mí. Ya copiaré mis archivos en ella. Aún no sé qué será de vos, Eladia.

Doy vueltas por el departamento. Todo está en su lugar, como si aquí no hubiera pasado nada. También a mí me parece que no me

hubiera pasado nada. Tampoco llego a darme cuenta de lo que pasó. Cada vez que giro la cabeza me pregunto:

¿Por dónde sigo?

Sin darme cuenta, me descubro en su estudio, frente a la cómoda, corriendo el paño que cubre la urna. Saco un puñado de cenizas y lo esparzo en la maceta de las azaleas de su ventana. Ella hubiera hecho lo mismo.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

